MENSAJE

AMERICA LATINA VISTA DESDE EUROPA
ANDRES COX B.

EL SANTO CURA DE ARS
MONS. FOURREY

LA GENERACION LITERARIA CHILENA DE 1950 (III)
FRANCISCO DUSSUEL

LOS PADRES Y LA EDUCACION RELIGIOSA DE LOS HIJOS
SERGIO VILLEGAS

REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO
IGNACIO GREZ

AGOSTO — 1959 N.º 81

Agosto 1959 Vol. VIII - N.º 81

SUMARIO

Pág.

INQUIETUD ESTUDIANTIL — Editorial ... 281
AMERICA LATINA VISTA DESDE EUROPA, por Andrés Cox B. ... 285
EL SANTO CURA DE ARS, por Mons. Fourrey ... 290
LA GENERACION LITERARIA CHILENA DE 1950 (III), por Francisco Dussuel ... 294
EL PADRE HURTADO, FUNDADOR DEL HOGAR DE CRISTO, por Carlos Hurtado E. ... 300
LOS PADRES Y LA EDUCACION RELIGIOSA DE LOS HIJOS, por Sergio Villegas M. ... 301
REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO, por Ignacio Grez R. ... 306

SIGNOS DEL TIEMPO:

Las Iglesias Orientales ... 314
Hacia la unidad del Oriente Cristiano ... 316
El Próximo Concilio Ecuménico y las Iglesias Separadas ... 317
El levantamiento Tibetano ... 320
El VII Festival Mundial de la Juventud ... 321
Legión de María ... 323
Anoche dormí en el Hogar de Cristo ... 325

CINE:

Chaplin en 1918 ... 327

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA: ... 333

DOCUMENTOS:

El cristiano y los organismos internacionales ... 333

•

DIRECCION: Av. B. O'Higgins 1801 - Cas. 10445 - Fono 60633 - Santiago de Chile
DIRECTOR-FUNDADOR (†) R. P. Alberto Hurtado Cruchaga, S. I.
DIRECTOR: Gustavo Arteaga Barros, S. J.

SUSCRIPCION ANUAL:

CHILE		EXTRANJERO	
Ordinaria	$ 2.500	Países del Convenio Postal:	$ 3 U. S.
De bienhechor	$ 6.000	Demás países	$ 4,5 U. S.
Número suelto	$ 280		

RENOVACION DE SUSCRIPCIONES

Conforme a lo anunciado en nuestro número anterior, la tarifa de la suscripción a "MENSAJE" para 1959 se establece, sobre la base de $ 250 cada número, como sigue: de Enero-Febrero 1959 a Enero-Febrero 1960 (inclusive): $ 2.750;

de Agosto 1959 a Enero-Febrero 1960 (inclusive): $ 1.500.

1959 a Enero-Febrero 1960 (inclusive): $ 1.500.

Para suscribirse, desde ahora, hasta Enero-Febrero 1961 inclusive, añadir 3.000 pesos a la suma antes indicada.

A partir de Diciembre de 1959, sólo se admitirán suscripciones hasta Enero-Febrero 1961, y de allí en adelante todas las suscripciones empezarán con el número de Marzo-Abril para terminar con el de Enero-Febrero del año siguiente.

* * *

Rogamos a nuestros suscriptores avisarnos oportunamente los cambios de dirección de sus domicilios, pues recibimos muchas revistas devueltas por el correo por tal motivo.

AGOSTO 1959

MENSAJE

VOL. VIII - N.º 81

El mensaje cristiano frente al mundo de hoy

Inquietud estudiantil

Estamos ya acostumbrados a "marchas" y "desfiles", y la Alameda parece ser el escenario natural. Pero ver desfilar a centenares de estudiantes secundarios — niños y niñas, pantalones cortos y uniformes azules — protestando contra un nuevo Reglamento de Educación, que se supone elaborado y aprobado por gente capaz, eso, sí, llama la atención y convida a reflexionar.

¿El motivo de la agitación? La nota "tres" dejó de ser la tabla salvadora en las aguas, para muchos, turbulentas de los exámenes y fue sustituída por el "cuatro". Pero — y aquí nos espera la primera sorpresa — en realidad el nuevo Reglamento no cambia a simple vista nada. Una nota numérica no tiene sino el valor que representa; ahora bien, el "cuatro" actual parece representar lo mismo que el antiguo y socorrido "tres", es decir, el mínimo suficiente *para salvar el obstáculo. ¿Cómo explicar entonces la protesta estudiantil? Al parecer los alumnos se han alarmado, y también los padres de familia, porque las libretas de notas lucen no pocos "tres" y éstos van actualmente escritos con amenazadora tinta roja.* De hecho *— dicen los alumnos — los profesores mantienen su antigua evaluación; el cuatro actual es más difícil de obtener que el tres de felices tiempos, y esto nos perjudica. Y los padres de familia, pensando en su bolsillo, se sienten también perjudicados. Parecería, por consiguiente, que el actual Reglamento* facilita *de hecho una mayor exigencia. Las protestas y las huelgas quedarían así explicadas. ¿No es lícito que el alumnado se defienda contra las exigencias" de sus educadores? ¿No es lícito esgrimir viejas armas democráticas y usando el argumento —"la mayoría no acepta"— salir a la calle en lugar de ocupar bancos y pupitres?*

Pero esto es grave; es un "síntoma" que es preciso analizar. Ya Ortega y Gasset, en un interesante artículo que recomendamos a nuestros lectores, habla de la "Democracia morbosa". La Democracia deja de ser tal y se transforma en peligroso virus cuando depasa la esfera política y pretende aplicar su principio mayoritario al terreno de otros valores: de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno. La Democracia ataca, y con razón, la aristocracia de la mera sangre, pero querer suprimir toda aristocracia: la aristocracia de la

inteligencia, de la sensibilidad artística, de la rectitud moral, es simplemente una aberración. Hay hombres mejor dotados que otros — hay hombres "mejores" — y éstos, élite de la humanidad, merecen consideración y respeto. Quererlos juzgar desde el punto de vista mayoritario, con el criterio de la "masa", es simplemente suprimirlos; es nivelar la humanidad mutilando las cumbres y reduciendo todo a chata planicie; es el triunfo de lo vulgar y de lo mediocre.

Educar es formar e instruir al que necesita formación e instrucción. ¿Puede, por consiguiente, el alumno que carece *de educación — el "educando" — apoyado en la fuerza de la mayoría, ser el* árbitro *de su propia educación? Esto equivale a que la piedra o el mármol dictaminen acerca de la forma que ha de darles el escultor; es simplemente la negación misma de la educación. Allí tenemos un buen profesor, conoce su materia, se interesa por sus alumnos y, por lo mismo, les exige; pero a la "mayoría" esas exigencias molestan y así la mayoría dictamina: es "mal" profesor y tiene que salir. Allí tenemos, en cambio, un mal profesor, poco sabe de su materia y menos de sus alumnos, pero no exige y es bueno para las notas; la mayoría dictamina: es "buen" profesor y ha de quedarse.*

Frente a una evidencia están demás los ejemplos. Una "mayoría" de educandos *es ella misma* educanda *y jamás podrá ser* educadora. *Necesita educación — quiere decir que no la tiene — y, por la misma razón, no puede dársela a sí misma.*

Pero sería un error inculpar de todo esto a los alumnos. No son ellos los genuinos responsables. Ellos están respirando minuto a minuto una atmósfera viciada por la politiquería, por el afán de lucro, por el antagonismo exacerbado de grupos herméticos — cada uno de los cuales busca primariamente su *utilidad—, por partidismos de todas clases, por el afán colectivo de lograr mucho y de trabajar poco.*

Es obvio que estos desfiles y huelgas estudiantiles no han sido producto espontáneo de los alumnos. "Otros" — que no eran alumnos — las propiciaron y las fomentaron. ¿Por qué? "Ellos" bien lo saben; otros intereses — que no eran ciertamente la "formación" del alumnado — estaban en juego. Y es triste ver que egoísmos partidistas se filtren en la Universidad, en los Liceos y Colegios; que en lugar de unir dividan, que en lugar de fomentar el estudio, la disciplina, el esfuerzo, la seriedad y honradez intelectual, la mejor formación, fomenten "huelgas", favorezcan la pérdida de tiempo, rebajen el nivel de estudios.

Pero el "síntoma" que tratamos de analizar nos pone frente a nuevos interrogantes. Es explicable que los alumnos protesten contra mayores exigencias — un niño que abordase su educación con criterio de adulto dejaría de ser niño — pero ¿cómo es posible que los padres de familia se alarmen porque a sus hijos se les exige más? ¿Quiere decir que el posible aumento del nivel educacional se les presenta como algo odioso? ¿Por qué defender tanto el "tres", es decir, un mínimum bajo? ¿No quieren una mejor educación para sus hijos? Es tan absurda y aberrante esta posición que no podemos sin más suponerla; algo tiene que haber que la haga por lo menos inteligible, y la explicación está quizás en una frase que continuamente se oye: "Sin Bachi-

llerato, sin sexto año, no se entra hoy a ninguna parte". Ese "a ninguna parte" no se refiere sólo a la Universidad sino también al futuro empleo, al "puesto" fiscal o particular, en una palabra, al "ganarse la vida". Es natural que el padre se preocupe por el porvenir económico de su hijo, y si de hecho *la educación secundaria, —el bachillerato o, por lo menos, el sexto año rendido—, es un peldaño necesario y sin el cual ese porvenir peligra, es lógico que el padre de familia trate por todos los medios de que su hijo alcance ese peldaño; y si la capacidad de éste no está a la altura de las exigencias no queda otra solución que rebajar el nivel de exigencias. Sólo así podemos comprender la alarma que haya podido despertar en muchos un inofensivo "cuatro".*

Pero esto es también grave. Significa simplemente que no se ve en el Bachillerato o en la Licencia Secundaria un grado de formación alcanzado sino un mero papel, *una llave mágica que abre la puerta a la carrera o al empleo. No interesa la* calidad *de la llave; lo que importa es que* sirva para *abrir; en otras palabras, es el pragmatismo, el utilitarismo introducido en la educación. Mientras menores sean las exigencias tanto mejor. Se abre así el camino al engaño y al fraude; como se compra una llave se pueden también comprar exámenes y títulos; la educación queda sujeta a la oferta y a la demanda. Lógicamente este pragmatismo pasa también a la Universidad. Esta se transforma en una vasta fábrica de diplomas que permiten ejercer una profesión y ganar dinero. Mientras menos se estudie más tiempo ahorro y, no olvidemos, "time is money"; lo importante es ir por el atajo, estudiar el mínimum necesario y evitar todo lo "superfluo". Desaparece así de la Universidad la genuina "ciencia"; la ciencia no es — aunque a muchos les sorprenda — "interesada"; la ciencia es amor a la verdad y jamás un verdadero amor ha sido utilitario. Del "desinterés" de unos pocos — tildados de ilusos o de locos por los muchos — ha brotado la ciencia, la civilización y la cultura. Transformar la Universidad en un conjunto inconexo de "escuelas profesionales" es destruirla. Y caemos en un trágico círculo: la urgencia económica tiende a reducir y rebajar la formación pero sólo una profunda formación puede solucionar los problemas económicos; sin los "teóricos" no tendríamos el nivel cultural que tenemos; de nada sirven los brazos, de nada sirve la voluntad de trabajar si no hay un plan, una* idea *capaz de dar sentido y dirección a esa fuerza disponible.*

Pero ¿podemos inculpar a los padres de familia de este pragmatismo? Ellos se enfrentan a una situación de hecho. Si se afanan porque sus hijos terminen *la educación secundaria cueste lo que cueste y sin preocuparse mucho del camino recorrido y del modo como se alcanza la meta, es porque ven en el término de dicha educación una condición* necesaria *para que sus hijos puedan seguir una carrera o lograr un empleo; y la educación secundaria es necesaria* porque de hecho es la única.

La aparentemente pueril discusión acerca del "tres" o del "cuatro" nos pone ahora en presencia de un problema básico: el de una viciada estructura *educacional.*

Evidentemente toda genuina educación ha de ser una educación del educando y, por lo mismo, para el educando; ha de hacer posible que éste realice su misión humana, social y personal. No podemos pretender que todos tengan las mismas aptitudes y las mismas inclinaciones. El genuino educador

ha de respetar la vocación personal de cada uno, ampliar el campo de sus intereses, abrir perspectivas, fomentar aptitudes transformando meras potencialidades en órganos de actividad. Esta diversificación de actividades responde por su parte a la compleja estructura de la sociedad y viene a satisfacer sus variadas necesidades. Una sociedad, una nación, no sólo necesita profesionales: médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, agrónomos, necesita hombres de "ciencia", filósofos, artistas, hombres religiosos, necesita además comerciantes, industriales, técnicos, obreros especializados, etc., etc. Una verdadera educación ha de dar, por tanto, al educando todo lo necesario para que pueda actuar bien en el plano al que lo llevan sus inclinaciones, aptitudes y posibilidades. De aquí que la educación ha de ser ella misma diversificada, es decir, orientada hacia la futura actividad del educando. Este y no otro es el sentido de dividir la educación en primaria, media, secundaria, técnica, universitaria, etc. Pero ¿qué pasa en nuestro país? La diversificación es sólo aparente; de hecho todo está orientado hacia la Universidad. La educación primaria, pese a sus voluminosos programas y en parte debido a esto, no se basta a sí misma; en realidad su pretensión oculta es suplir al Liceo; es un Liceo comprimido y, por lo mismo, un mal Liceo y una mala educación primaria. El Liceo, por su parte, muestra como única meta deseable la Universidad, pero ni siquiera prepara realmente a ella. Nuestra educación secundaria es de hecho enciclopedista, hartazgo de datos, centrada no en el alumno sino en las materias consideradas cada una como futura especialidad, educación desintegrada, inorgánica, estéril en todo lo que se refiere a crear hábitos de trabajo, de disciplina, de organización, de crítica, de reflexión, de iniciativa, de responsabilidad. Esta estructura viciada de nuestra educación es culpable de innumerables fracasos, de frustraciones y amarguras. La educación primaria no basta; no hay enseñanza media; no queda sino entrar al Liceo o al Colegio, y si no quiero o no puedo seguir una carrera universitaria esa educación me es en gran parte inútil para la actividad que haya decidido ejercer; de ella no me queda sino el recuerdo de seis años y un papel que me facilita conseguir un empleo; pero no me ha preparado para mi vida ni para que cumpla así mi función social.

Problema verdaderamente trágico si consideramos algunas cifras. De cada 100 alumnos que ingresan a la escuela primaria sólo terminan 33. Sólo el 13% de la población de más de seis años entra a un Liceo o Colegio; sólo un 1,6% logra educación Universitaria. Es decir, que nuestra educación, orientada unilateralmente a la Universidad, sólo cumple realmente su misión con el 1,6% del alumnado. *¿Y el resto? No ha obtenido la educación que necesita. Frente a este trágico problema social la discusión del nuevo Reglamento, las protestas y huelgas por el "cuatro", pierden su apariencia infantil y se nos presentan como símbolo de un mal profundo. No es un nuevo Reglamento, no son nuevos "artículos" los que van a remediar ese mal. Hay que atacar el problema en su raíz; sólo una revisión total de nuestro sistema educacional, sólo un cambio de estructura que haga posible dar a cada uno* la educación que él necesita para realizar su vocación, *su misión personal y social, sólo una reforma profunda que vuelva a dar a nuestra educación su genuino sentido podrá enfrentarse con éxito a la "crisis" educacional por la que actualmente pasamos. Todo lo otro, cambios de notas, supresión de exámenes, eximición, determinación de promedios, composición de mesas examinadoras, etc., podrán ser cosas en sí razonables y loables pero de ninguna manera constituyen* la solución.

América Latina vista desde Europa

por ANDRÉS COX B., S. J.

LOS habitantes de Pisa encuentran cosa del todo natural que la torre de su catedral esté inclinada. Casi les parece curioso ver una torre derecha. Miran con extrañeza la extrañeza de los turistas. Este mismo fenómeno de hábito inveterado me impedía ver a Chile y a la América Latina. Hube de salir de mi medio, hube de tomar distancia, física y psicológica, para caer en la cuenta de ciertos rasgos americanos. Me hacía falta un punto de referencia para pensar sobre la realidad continental de América Latina.

Aislamiento.

En diversas ocasiones tomé tren en la Gare du Midi de Bruxelles. Allí vi cómo venía un tren de Colonia, llegaba otro de Köbenhavn, partía el expreso a París, entraba el de Roma, se anunciaba el de London, le seguía el de Amsterdam, y así todo el día y toda la noche. Y pensaba: si me siento a esperar los trenes internaciones en la estación Mapocho, no descubro más comunicación que el internacional de Buenos Aires, que llega a parte cuando "la blanca montaña que nos dio por baluarte el Señor", se lo permite. Y sólo entonces caí en la cuenta que no hay internacional del Perú, ni de Río, ni de Caracas, ni de ninguna otra capital americana, que pueda ponernos en contacto fácil con el resto de América. Nuestras comunicaciones son o marítimas (lentas, escasas) o aéreas (caras, no populares).

* *

Las distancias americanas responden a otra escala geográfica que las distancias europeas. Con unos amigos ingleses me entretuve en colocar el mapa de Chile sobre el mapa de Europa; y ellos veían espantados que mi loca geografía chilena colocada sobre Europa abarca de norte a sur, desde Gibraltar hasta el límite de Suecia con Finlandia; y que moverme yo de Arica a Punta Arenas (que para un inglés sería psicológicamente como ir desde Londres a Aberdeen) me significa un viaje equivalente a trasladarme desde Londres hasta la Meca, o hasta Sverdlovsk en la frontera de Rusia con Siberia. Y que si quiero viajar de Santiago a Lima, la próxima Capital americana hacia el norte de mi país, debo hacer un viaje que rebalsa todos los límites europeos, y me lleva desde Roma hasta el Mar Caspio. ¡Qué vecindad!

Los países de la América Latina están aislados por distancias que podríamos calificar de "difíciles". Explicándoles Chile a mis amigos europeos, debía decirles que su límite norte es un desierto cuya longitud cubre la distancia entre Lisboa y Bruselas; su puerta Este, una cadena montañosa con picachos de más de 7.000 metros de altura; su horizonte Oeste, el Océano Pacífico (medio globo terráqueo) y su extremidad Sur, el Polo. Y si tomamos un avión y sobrevolamos la América Latina, veremos desde la altura una maraña de pampas interminables, de montañas abruptas e in-

mensas, un verde oscuro de selvas impenetrables. Los caminos y los ferrocarriles suben, bajan, penetran en centenares de túneles, atraviesan miles de puentes, bordean escarpados precipicios, son una aventura de ingeniería.

El aislamiento condiciona ciertos hábitos humanos de importancia. Nuestro inquilino de secano en las costas de la zona central vive aislado por las distancias. El aislamiento de su condición de vida impide el desenvolvimiento natural de los hábitos sociales. Carece de conversación, es tímido, rutinario; su lenguaje es pobre, sus horizontes mentales extremadamente reducidos, sus necesidades mínimas.

Lo que sucede a un grupo familiar aislado, sucede también, en otra escala, a un país aislado. La falta de roce internacional condiciona una psicología nacional en la que los hábitos sociales internacionales están atrofiados. Por ejemplo: el chileno se acostumbra a ver su capital, Santiago, perpetuamente sucia, con sus calles perdurablemente agujereadas, zanjadas, dadas vuelta del revés, intransitables; su Alameda de las Delicias periódicamente despanzurrada, sonando su nombre como una ridícula ironía de imprevisión, indisciplina. Si Chile fuera un país de intenso turismo y fuerte inmigración, los chilenos adquirirían el hábito social internacional de presentar su casa limpia, hermosa, bien aderezada. Hay el mal hábito creciente —del que hacemos jocoso caudal— de hacer las cosas "a la chilena", es decir, de salir del paso de cualquier manera, de recurrir al cordelito y al alambrito, de improvisarlo todo, de no afrontar con seriedad las responsabilidades...

Composición racial.

Así como las distancias son un elemento físico modulador de una determinada psicología, de manera análoga el fenómeno biológico étnico de la América Latina condiciona el espíritu del Continente, y lo diversifica profundamente de Europa. Las estadísticas en esta materia son antiquísimas, y por lo mismo, poco fidedignas. Las más completas parecen ser las citadas por Vicens en la obra en colaboración "Historia Social y Económica de España y América", tomo IV, pág. 339 y ss., año 1958. Los números que presenta se refieren al siglo XVIII. Las proporciones que allí están consignadas rezan así:

Población indígena:	46,6%
Población blanca:	20 %
Población negra:	8 %
Población mestiza:	26 %

Es decir, en números redondos, las razas de color representan el 80% de la población; en tanto que la raza blanca, solamente un 20% de ella. Y si las cifras absolutas ciertamente han variado desde el siglo XVIII hasta acá, también sería cierto que las razas de color son las que marcan el mayor coeficiente de aumento vegetativo. De manera que la tendencia de esta proporción entre gente de color y blancos, favorecería a las razas indígenas, negras y mestizas, y desfavorecería a la raza blanca. De ella decía Benjamín Subercaseaux, que es un accidente en la América Latina. Lo que ve el ojo viajando por los países sudamericanos y centroamericanos, no hace sino confirmar estas proporciones. Nunca había salido yo de Chile, sino hacia la Argentina y el Uruguay; pero viniendo ahora desde Europa por mar, y tocando los puertos del Mar Caribe y del Pacífico, quedé extrañamente sorprendido de cuán negra y oscura es toda la América Latina.

No pretendo emitir ningún juicio sobre el valor humano de estas razas de color. Pero sí puedo afirmar que la realidad racial de Latinoamérica es fuertemente diferente de la realidad racial europea, y que en este sentido básico, biológico, nuestra América no ofrece los caracteres esenciales de un Continente Occidental, en el sentido étnico europeo de la palabra, como los ofrece Europa y Norteamérica.

Falta de maduración histórica.

Hay todavía otro hecho importante. América Latina no ha conocido aún esa etapa histórica de maduración que se lama la artesanía. Mientras la población ural de Latinoamérica se conserva en n estado primitivo, muy cercano al del alvaje cuanto a sus hábitos y a sus neesidades; la población urbana saltó ruscamente desde el bosque a la fábria, desde el estado primitivo hacia el esado industrial.

Europa maduró su cultura, por de ronto con la herencia humanística greorromana; pero además, con largos siglos de artesanía. Esto es, desde que se lesmembró el Imperio Romano, hasta la aparición de la máquina industrial, el uropeo trabajó quince siglos con sus manos, y con las herramientas manuales.

Este fenómeno lo considero de importancia capital para juzgar el caso de la América Latina. Porque considero que a artesanía, como género de trabajo geeralizado, es la palanca más fuerte de a cultura. Un pueblo artesano, artesano por herencia y tradición, por ambiente y por necesidad, adquiere y desarrolla poco a poco, en forma segura y rica, la imaginación creativa, el sentido del detalle, el gusto por lo bello, el amor a su trabajo, el instinto de lo bien hecho. Si construye una casa, no le basta edificar cuatro murallas y recubrirlas de un echo; necesita, por instinto, pintarla bonita, adornarla con flores, poner dentro y fuera la nota bella, sugestiva, original. Si construye un barquito pescador, no le basta que flote; lo quiere bello, airoso, ligamos, con personalidad.

Naturalmente, una psicología nacional educada en el sentido del detalle, en el gusto de lo bello, en el amor a su trabajo, cargada de imaginación creadora, impulsada por el instinto de lo bien hecho es profundamente diversa a la psicología latinoamericana, que carece de estas cualidades, y se contenta con el mínimum en todo. Se contenta con lo meramente práctico, porque su psicología, o primitiva o meramente industrial, no le pide lo bello.

Eso que abunda en nuestros países, no se ve en Europa: la micro y el bus destartalado; el farol huero; el timbre que no suena; la goma del sobre que no pega; la imprevisión crónica de los servicios públicos de electricidad, teléfonos, agua potable, luz, etc., que siempre escasean; las municipalidades sin tino que planean en el escritorio, destruyen las calles y las veredas de toda la ciudad, y paran los trabajos a mitad de camino por meses y más meses; no existe el pueblo chato, sórdido, sucio, que ofende la vista y rechaza al viajante; allá se cultiva el idioma, y hay orgullo en hablarlo bien; en tanto que aquí hablar bien nuestra lengua es pretencioso y cae mal; etc. etc.

El problema.

La América Latina es un continente que difiere de Europa por sus enormes distancias y aislamiento; por su heterogénea composición racial, en la que predominan en un creciente 80% las razas de color; por su falta de maduración histórica, uno de cuyos elementos preponderantes ha sido la ausencia de siglos de artesanía.

Por otra parte las instituciones latinoamericanas son una copia de las instituciones europeas. Los partidos políticos latinoamericanos son un remedo de los partidos europeos; el sistema democrático de Latinoamérica pretende organizar nuestros países a imitación de la organización democrática europea. Se han aplicado a Latinoamérica las mismas concepciones económicas europeas, llámense capitalismo, o comunismo, o socialismo, o liberalismo, etc.; sistemas políticos y económicos pensados por mentes europeas, sobre una realidad europea. Asimismo, las fórmulas sociales europeas han sido copiadas en la América Española; y se ha pretendido afrontar el problema social latinoamericano —geográfica, racial e históricamente tan diverso del europeo— con formulaciones esencialmente europeas. El sindicalismo sudamericano, el cooperativismo, las expresiones sociales de ciertos sistemas polí-

ticos, como liberalismo, democracia cristiana, conservantismo, socialismo, comunismo, y otras, no hacen sino copiar formulaciones de tipo europeo para aplicarlas sin mayor discernimiento, a la realidad centro y sudamericana, tan diversa de la realidad europea.

¿No es el actual panorama político hispanoamericano una demostración palmaria de la inadecuación entre las fórmulas democráticas de las constituciones, y la realidad geográfica, étnica e histórica de América? Latinoamérica se independizó de España, y desde los comienzos de su vida independiente, aspiró a una cierta democracia; (predominantemente liberal o conservadora) pero cayó luego, hasta el día de hoy, en el caudillismo, los cuartelazos, los golpes de Estado, las dictaduras; el panorama político de América se caracteriza por una trágica inestabilidad institucional. Chile y Uruguay son excepciones.

El panorama económico no es menos extraño. Un territorio rico en agricultura, en pesca, en minerales, en fuerza hidroeléctrica, ha sido explotado tan irracionalmente, que ha sido incapaz de crear capitales adecuados para explotar su propio territorio, y ha debido recurrir perpetuamente a los capitales extranjeros. Y lo más extraño, que países con posibilidades manifiestas para establecer una sólida economía diferenciada, dependen tiránicamente de un sólo producto (Chile, del cobre; Argentina, del trigo; Brasil, del café; Cuba, del azúcar; Perú, del algodón; Venezuela, del petróleo; etc.) y de sus fluctuaciones en el mercado mundial.

Me pregunto, cuando nuestros economistas establecen el principio evidente de que se debe producir, ¿piensan, por ejemplo, que un coeficiente de producción está estrechamente ligado a un coeficiente de valores humanos, base para una capacidad de producir? Producir, cuando la producción queda entregada al esfuerzo de un pueblo acostumbrado al robo, a "sacar la vuelta", a flojear; un pueblo sin hábitos de disciplina, de puntualidad, de constancia en el trabajo, ni de amor a su trabajo, ni de ese gusto por hacer las cosas bien hechas; ¿no e entonces "producir", un concepto equí voco?

El caso de Chile

El genio intuitivo de Don Diego Por tales fue capaz de dar a Chile una Cons titución política que encauzó a la na ciente República en la normalidad demo crática desde sus albores. Chile marc una excepción casi milagrosa dentro de conjunto de la América Latina. Sin em bargo, si bien su vida política es norma y tranquila, su vida económica es débil de las más débiles del Continente; s situación social es extraña; la acción d la Iglesia Católica (que sin ser Iglesi oficial del Estado, cubre un 92 por cien to de la población) es excesivamente len ta y circunscrita a no más de un 30% d los chilenos que se confiesan católicos.

Socialmente no se le plantea a Chil el problema racial creado por el negr el indio puro y las razas mezcladas. Pe ro ciertamente el tipo predominante chi leno no es el blanco puro, sino el mes tizo. Es también cierto que el pueb chileno adolece de aquellos vicios qu fueron por milenios de historia no escri ta la herencia psicológica del indio. Est generalmente hablando, se entregaba grandes borracheras; vivía, en parte n despreciable, del pillaje; el hombre tuv fuerte tendencia a la holgazanería, mien tras que la mujer trabajaba y recibí los golpes del marido iracundo o bo rracho.

Esta triste herencia pesa todavía co fuerza innegable en nuestro pueblo; sus grandes valores espirituales van e extraño maridaje con los vicios ance trales.

Entre las cualidades espirituales, cre descubrir una de singular valor para l vantar al país: la plasticidad de nuestr pueblo. Miramos con simpatía el singu lar talento cómico del "rotito" chilen A mi entender, ello es una expresión d su plasticidad. Posee el pueblo chilen un buen sentido, un instinto de las pr porciones, que lo hace realmente capa

e la democracia. Chile es un país que
nora el golpe de Estado, el cuartelazo,
l caudillaje, porque posee un espíritu
lástico. Se deja modelar por la ley, le
usta la tranquilidad, manifiesta una in-
nita paciencia... casi mórbida, para
oportar penurias y privaciones. Prefie-
e la discusión a la violencia; el trato,
la represalia; el chiste, a la tragedia.

Porque el pueblo chileno es extraor-
inariamente modelable, admite la dis-
iplina, aunque no le guste al principio;
ero en el fondo, la quiere, y la exige.
jemplos abundan: el Cuerpo de Cara-
ineros es uno de gran elocuencia. Nues-
ro pueblo, sometido a una disciplina ra-
onable, esto es, estricta, pero en vista
e un resultado que obtener, revela un
nterior de grandes cualidades. Sabe ser
tento y firme; valiente; incorruptible;
untual; servicial; eficaz. Nuestros vo-
ntarios del Cuerpo de Bomberos son
tro ejemplo, y muy característico de
hile. He conocido inquilinos —el co-
riente inquilino semi-primitivo— que
ajo la mano firme de un patrón exigen-
, pero justo, se transforman en un obre-
o de la tierra de extraordinario rendi-
iento, con gusto por el trabajo, inge-
ioso, digno de confianza.

La plasticidad chilena se manifiesta
mbién en la facilidad con que el chi-
eno se deja influenciar por el ejemplo
e su superior. Un patrón de fundo que
a ejemplo de disciplina y trabajo a sus
iquilinos, influye extraordinariamente
n ellos. Es apreciado y pronto imitado.
n profesor disciplinado, exigente, jus-
, pronto infunde estos hábitos morales
n sus alumnos. Un gerente, un indus-
ial, un asesor religioso; y a mayor ra-
ón, un Gobierno de hábitos severos,
xacto, puntual, sobrio, previsor, tenaz,
nfunde en todos sus subordinados una
orriente de tenacidad, de previsión, de
obriedad, de puntualidad, de exactitud.

Soy un convencido de que la prime-
ra obra que un buen Gobierno debe ha-
cer en Chile, es disciplinar al país. A mi
entender, estamos empleando términos
casi equívocos, cuando en nombre de la
economía débil, hablamos de la necesi-
dad de producir; cuando en nombre de
la política, hablamos de la democracia;
cuando en nombre de las reivindicacio-
nes sociales impulsamos el sindicalismo;
cuando en nombre de la religión exigi-
mos la práctica de los ritos sacramenta-
les: todo ello se traduce en discursos
que se lleva el viento, y en leyes inope-
rantes, si falta la tarea simultánea, con-
tinua, implacable, de disciplinar.

En un artículo anterior, y a otro tí-
tulo, expuse mi pensamiento acerca de
un segundo factor que considero esencial
para impulsar el ritmo vital de nuestro
país: el turismo y la inmigración. No
quiero pues repetir lo que largamente
expuse entonces, al respecto. Pero resu-
miendo en breves palabras mi idea, diré
que Chile aprenderá a vivir mejor, más
limpio, más bello, mejor organizado en
sus servicios públicos, más capaz de pun-
tualidad, de amor al trabajo, con mayor
sentido de ahorro y de gastar bien, más
abierto al progreso, cuando se lo exija
la presencia constante de visitas en ca-
sa, cuando el ejemplo y la competencia
del extranjero —pienso especialmente
en el extranjero sajón— modele el plás-
tico espíritu chileno sobre los hábitos
propios del espíritu de trabajo.

Quizás estas reflexiones pequen de
ingenuas o de simplistas. En todo caso,
la intención de este artículo no es tanto
proponer soluciones, cuanto hacer caer
en la cuenta del problema latinoameri-
cano, a fin de que hombres de visión en-
caucen nuestras jóvenes Repúblicas den-
tro de un marco institucional mejor adap-
tado a la realidad de nuestro Continen-
te. Ciertamente, el primer paso hacia la
salud, es conocer la enfermedad.

El Santo Cura de Ars

por Su Excelencia Mons. FOURREY
Obispo de Belley.

Hace cien años moría en la aldea de Ars, diócesis de Belley, en Francia, el cura párroco Juan María Vianney, aquel que la Historia conoce como "el santo cura de Ars".

En el deseo de destacar la gigantesca figura de este austero penitente, infatigable confesor, apóstol apasionado por ayudar a las almas, damos a conocer a nuestros lectores las páginas siguientes de una alocución pronunciada por Mons. Fourrey, Obispo de Belley, el 12 de abril pasado, en Notre-Dame de París, con ocasión del centenario de la muerte del Santo Cura. (1)

El hombre de la salvación de las almas

Recorramos simplemente algunas de las páginas más importantes de los procesos de beatificación y canonización de nuestro santo. Hay en ellas una fuente inextinguible.

Uno de los principales testigos, el abate Antoine Raymond, ha depuesto en estos términos: "El venerable servidor de Dios me ha dicho con frecuencia, que se había hecho sacerdote únicamente para salvar almas; por esto no descuidaba ninguna obra de misericordia. Se preocupaba sin cesar de llevar los pecadores a Dios, oraba y predicaba por esta intención. Hablaba de los pecadores con una tierna conmiseración y derramando lágrimas. Estoy convencido que sus mortificaciones tenían por fin obtener de Dios la conversión de los pecadores, y que había recibido un don particular para convertirles y hacerles cambiar de vida."

Estas pocas frases resumen de un modo perfectamente objetivo lo que caracteriza mejor la heroica santidad del Cura de Ars: su vida de oración, de mortificación, de actividad pastoral tenía una orientación invariable: ayudar a las almas a salvarse.

Algunos insisten, a este propósito, sobre lo maravilloso —milagros, intuiciones sobrenaturales, visiones— que antiguamente atraía la atención admirativa de los peregrinos. Otros invocan más especialmente las manifestaciones diabólicas por las que se encuentra ilustrada de manera extraordinaria toda una parte de su existencia. Algunos no ven en su historia más que una continuidad bastante espectacular de "records" de ayunos y disciplinas. En realidad, no está ahí lo esencial. Lo que tiene importancia sobre todo en la vida del Cura de Ars es que el amor de Dios en que ardía, ha hecho de él —y hasta el don total de su ser— el hombre de la salvación de las almas. Lo que él mismo ha dicho de su vocación es, desde este punto de vista, significativo. Su primera reflexión de niño al pensamiento del sacerdocio expresa bien lo que será hasta su último suspiro, el fin al que sacrificará todo: "Si yo fuera sacerdote un día, yo querría salvar muchas almas".

Se sabe lo que fue su dura subida hacia el sacerdocio, y no se ignora que, los fracasos sucediendo a los fracasos, llegó a pensar en volver sobre sus pasos: puesto que no era apto para los estudios, mejor sería sin duda para él volver

(1) El texto completo ha sido publicado en La Documentation Catholique.

a tomar su lugar en la granja paterna, empuñar de nuevo el mango del arado. Una simple observación de su viejo maestro, el abate Balley, reteniéndole, le vuelve los ánimos: "Entonces, Juan-María, ¡adiós almas!".

No, no renunciará a su ideal. El grito de llamada de estas almas en peligro resonaba en el fondo de su corazón. Le cueste lo que le cueste, no permanecerá sordo a la voz de un mundo en camino de perderse.

El joven campesino había crecido en medio de las convulsiones de una sociedad sacudida por la Revolución. Había visto a los sacerdotes perseguidos. Había admirado a los confesores de la fe que, ciertas noches, se reunían, en un lugar solitario para la celebración de la Misa y la administración de los sacramentos a los cristianos que permanecían fieles. En este clima de terror y de heroísmo había entrevisto la sobrenatural grandeza del sacerdocio.

Ahora la Revolución había terminado. Pero la Iglesia de Francia debía levantarse de sus ruinas. Y para reparar tantos desastres, el efectivo sacerdotal se encontraba singularmente reducido. Entre los sacerdotes había habido mártires. Había habido también, por desgracia, perjuros y apóstatas. Por otra parte, habían pasado veinte años sin ordenaciones. Las parroquias tenían necesidad de pastores para las ovejas abandonadas. ¿Dónde les encontrarían?

El buen corazón del antiguo pastor de Dardilly era, más que otros, sensible a la miseria espiritual de los rebaños sin pastor. A precio de esfuerzos incansablemente perseverantes, a despecho de una larga serie de humillaciones, el alumno del abate Balley llega al fin al sacerdocio. Iba a poder realizar su sueño de niño: "Si yo fuera sacerdote un día, querría salvar muchas almas". Era sacerdote. Iba a convertirse, efectivamente, en salvador de almas.

¿Es necesario decirlo? Su historia no debía ser sencilla y tranquila. Debía tomar pronto el aire de un interminable combate.

Encuentro en una página de los "catecismos" del Cura de Ars, estas líneas impresionantes: "Un militar me contaba un día que en una batalla había marchado durante una media hora sobre cadáveres; los caballos les pisoteaban bajo sus cascos; la tierra estaba teñida de sangre. Es así como en el camino de la vida hay que caminar sobre las cruces y las penas para llegar a la Patria".

La vida del santo ha sido esta marcha patética. Aparentemente, a su llegada a la parroquia que en 1818 le era confiada, después de algunos meses como Vicario en Ecully, junto a M. Balley, absolutamente nada parecía presagiar un drama. En el encuadramiento modesto de un pueblo, en medio de gentes humildes que, a pesar del materialismo en que estaban hundidos, habían, en su mayor parte, retornado a las prácticas religiosas de antes de la Revolución, su existencia parecía deber transcurrir en paz. Tenía su Iglesia, y al lado su presbiterio, su jardín. ¿Se podía imaginar que algo de importancia iba a suceder allí?

El predicador de los pecadores.

Fortalecido con una gracia que debía dar eficacia a su actividad apostólica, el Cura de Ars podía ir a la conquista de los pecadores.

Para ganarlos, predicaba. Ciertamente, no predicaba según las reglas de la elocuencia, pero su palabra conmovía.

Escuchemos, una vez más, a los testigos: "Nos decía frecuentemente: "¡Oh, hermanos míos! busquemos ir todos al paraíso; allí veremos a Dios; ¡qué felices seremos! Iremos todos en procesión, si la parroquia se porta bien, y vuestro párroco estará a la cabeza". "Es necesario que vayamos al cielo. ¡Qué pena, si algunos de vosotros están del otro lado!".

Todas las almas que encontraba tenían derecho a la solicitud del Cura de Ars. "Ponía en práctica —señala Catalina Lassagne— lo que decía de los santos, cuyo corazón se dilataba en proporción de las almas que el buen Dios ponía en su camino, como las alas de la gallina se extienden en proporción del número de sus pequeños".

Cuando las peregrinaciones aumentan no duda en considerarse como responsable de esta muchedumbre que sin cesar aumenta y se apretuja en su iglesia. "El buen Pastor, decía, ¿no dará su vida por sus ovejas? Aunque en el rigor del término, estas personas no sean mis ovejas, debo mirarles como a hermanos, y soy feliz de sacrificar mi vida y mi tiempo por mis hermanos".

Tenía, para tocar los corazones, acentos a los que era difícil resistir. La manera como hablaba del pecado obligaba, de buen o mal grado, a los asistentes a reflexionar sobre su conducta.

"¡Al menos, si no se ofendiera al buen Dios! Se le ofende tanto que yo no sé por qué él no nos aplasta a todos. Si no hubiera allí, atravesadas, algunas almas hermosas, para detener su brazo, estaríamos todos perdidos. ¡Oh! verdaderamente, se ofende tanto al buen Dios, que estaría uno tentado de pedir el fin del mundo".

Unas veces describía con palabras de un realismo emocionante el estado miserable de los pecadores: "Hay quienes ofenden al buen Dios en todo momento, su corazón es un hormiguero de pecados; se parecen a un trozo de carne corrompida roída por los gusanos". Otras veces tenía para estos rebeldes, palabras llenas de compasión: "Los malos cristianos que se condenan son siempre dignos de compasión. Murmuran, están tristes y desgraciados como las piedras, y lo estarán durante toda la eternidad".

La emoción del Cura llegaba a su colmo, cuenta el Hno. Atanasio, cuando hablaba de la desgracia de los pecadores y de su reprobación: —Yo le he oído repetir con sollozos y gritos estas palabras: "¡Maldito de Dios, ser maldito de Dios, qué desgracia!". Durante un cuarto de hora no pudo decir otra cosa.

Verdad es que si el santo sacudía, en ciertos días, a su auditorio abriendo ante él perspectivas de condenación, con más frecuencia todavía reanimaba su confianza mostrándole el cielo abierto.

"Un día que explicaba el evangelio del segundo domingo de Cuaresma, el arrobamiento de los apóstoles sobre el Tabor, despertaba en él la idea de la felicidad del alma que contempla en el cielo la santa humanidad de Nuestro Señor, y grita como fuera de sí: "¡Le veremos, nosotros le veremos! Oh, hermanos míos, ¿habéis pensado bien en esto? Le veremos cara a cara". Repitió estas palabras durante largo tiempo, derramando lágrimas.

Después de esto, cuando algunos compañeros del "Señor Vianney" se permitían criticar su método de apostolado, no podían asombrarse si alguna vez, un conocedor de la peregrinación les respondía, con un tono finamente zumbón: "Lo que puedo decirles, señores, es que cuando se va a Ars, el señor Cura llora, y se llora con él; esto no sucede en todas partes".

Desde lo alto del púlpito, a su manera personalísima, el santo libraba un combate, a continuación del cual numerosos pecadores corrían, felices de su derrota, a la ventanilla de su confesonario.

El Sacerdote del confesonario.

¿Es necesario recordar aquí que el Cura de Ars fue por excelencia **el cura del confesonario?**

Un escritor profano, Barbey d'Aurevilly, lo ha señalado en una página magnífica: "Lo que no se había visto nunca, en ninguna parte quizás en toda la catolicidad, se vio en esta ruin parroquia de Ars. La campana sonaba allí a medianoche, y la iglesia se abría a esta hora, en que en todas partes se duerme, y el confesor infatigable, vigilante de las almas, entraba en la iglesia, donde la muchedumbre le esperaba ya bajo el pórtico, porque había dado el gusto y casi el hambre de la confesión. Había hecho encontrar dulce este pan tan amargo a la boca del hombre, y comenzaba así su jornada, su cosecha de corazones arrepentidos, m u c h o antes del alba".

El pensamiento que tenía de las almas a salvar le sostenía, le estimulaba. ¿Podía dudar, pensar en su sufrimiento, cuando, renunciando al sueño de la noche y pasando quince y hasta dieciséis

horas por día en su pobre tribunal podía arrancar a los desgraciados del pecado, del infierno tal vez?

"El motivo que le llevaba a este ministerio —ha constatado simplemente Catalina Lassagne—, era el amor a los pecadores, por los que se ofrecía cada mañana en sacrificio". Y la digna joven continúa: "Amaba a todos los penitentes, pero tenía una afección más tierna por los grandes pecadores. Sabía tocar sus corazones, a veces les tomaba por asalto y les convertía".

Lloraba por aquellos que no venían a implorar su perdón: "¡Ah, si pudiera confesarme en su lugar!", gemía.

Pero los que se arrodillaban a sus pies se encontraban casi a su disposición. ¿No estaban todavía decididos a las renuncias exigidas para la absolución? Una vez allí no sabían ya como defenderse. El Cura, con su humilde exhortación, con sus lágrimas, triunfaba las más de las veces, de lo que en ellos quedaba de malas disposiciones. La luz de Dios, muchas veces, le iluminaba sobre su confesión, le permitía tocar con el dedo sus llagas ocultas. Su presencia, su palabra parecía poner las almas en contacto casi sensible con las realidades invisibles.

¿Cómo, entonces, no tomarían ellas en serio lo que les decía de la suerte prometida al pecador que rehuye salir del pecado? "¡Pensar que está uno maldito de Dios! Esto hace temblar. ¿Y por qué? ¿Por qué se exponen los hombres a ser malditos de Dios? Por una blasfemia, por un mal pensamiento, por una botella de vino, por dos minutos de placer, perder a Dios, su alma, el cielo, para siempre!".

Si a pesar de sus esfuerzos el Santo no llegaba a su fin, tenía, dirigiéndose a los irreductibles, palabras capaces de dejarles inquietos durante largo tiempo. "Lloraba por la suerte de los pobres pecadores, se lee en una deposición de la Condesa de Garet. Suplicaba a aquellos que quisieran condenarse, a cometer los menos pecados mortales posibles, a fin de no aumentar más su castigo".

Raros eran los pecadores que se alejaban sin absolución —al menos durante la gran época de su ministerio de confesor—. Y los culpables perdonados se asombraban, al salir de su confesonario, de la ligera penitencia que tenían que satisfacer. El Cura se encargaba de completar él mismo la satisfacción. "Decía un día, cuenta el Hno. Atanasio: "Se me reprocha no ser bastante severo en las penitencias que impongo en el confesonario, de absolver demasiado fácilmente a los penitentes; pero verdaderamente, ¿puedo yo ser severo con gentes que vienen de tan lejos, que hacen tantos sacrificios, que frecuentemente se ven obligados a ocultarse para venir aquí?"

El Santo se había convertido plenamente en el hombre de la misericordia. Y era por la misericordia como él conseguía sus más bellas victorias.

Un incomparable fomentador de vocaciones.

Poco tiempo antes de su muerte, dirigiendo a las buenas gentes de Ars, como antiguamente Moisés a los hijos de Israel, su discurso de despedida, había declarado: "Todavía hay pecadores en la parroquia. Es necesario que yo me vaya para que otro venga a convertirles".

El anciano había manifestado una vez más en estas palabras su humildad de pastor. Más que nunca, al aproximarse su fin, se convertía a los ojos de sus hermanos en el sacerdocio, en modelo y adiestrador.

El P. Lacordaire, en una de sus primeras conferencias desde este púlpito ilustre, había gritado: "Santos, Dios mío, dadnos santos! ¡Hace tanto tiempo que no les hemos visto!". Algunos años más tarde el gran orador podía, en Ars mismo, tener el sentimiento de que su deseo estaba cumplido: ¿No se pensaba ya que el nombre de un Juan-María se inscribiría al lado de los más grandes en la historia de la santidad? Por otra parte, ¿en la radiación del humilde sacerdote, no se discernían, aquí y allá, otras fiso-

(PASA A LA PAG. 305)

* * *

La Generación Literaria Chilena de 1950 (III)

por FRANCISCO DUSSUEL, S. J.

UNA vez presentado el desarrollo de la polémica suscitada en torno a esta nueva promoción literaria (1) y analizados sucintamente los representantes más destacados de la misma (2), tócanos ahora ofrecer a nuestros lectores los diversos problemas de orden estético, social y moral, presentados en las obras.

No vamos a detenernos en los poetas, pues la polémica no se ha referido a ellos y por la misma calidad de su creación artística se mueven en un plano de subjetivismo puro, que los aleja del interés colectivo, fenómeno que no sucede con el cuento, el drama y la novela. Estas obras se acercan más al gran público, lo auscultan más de cerca, captan con más precisión sus pesares y alegrías, hieren con más dolor cuando lanzan sus dardos ardientes. No acarician, se lanzan como violentos huracanes, dicen verdades y desnudan las almas, violando así los secretos y cómplices recintos, que sus huéspedes desearían en la penumbra. Atraen y repelen pero ejerciendo siempre un hechizo irresistible.

Por eso no debe extrañarnos el ardor y violencia de la polémica que aún no acalla sus voces, pues los dos últimos foros públicos en los centros universitarios de más prestigio, Universidad Católica (29-IV-59), Universidad de Chile (23-VI-59) y las frecuentes crónicas literarias aparecidas ahora último, como la extensa y ponderada de Ricardo A. Latcham (La Nación, 24-V-59); las **"Variaciones sobre una polémica"**, de Giaconi (La Nación, 14 y 21 de junio), y **"Medite, Lector: Hechos, no Palabras"**, de Mario Espinosa, que repudia la inutilidad de los foros públicos, han prolongado por más de tres meses esta querella literaria.

¿Existe la Generación de 1950?

Los hechos la están confirmando y el fenómeno nada tiene de extraño, pues obedece a las variantes que experimenta el desarrollo cultural de los pueblos. La literatura no es un éxtasis; lleva en sí el dinamismo potente de la vida; capta y plasma, cuando es auténtica, el sentir colectivo, el palpitar de las vivencias, la temática de las ideas y sentimientos de un conglomerado humano, que irrumpe siempre volcánico e inconformista.

No es nuestro propósito examinar en detalle cada una de las condiciones exigidas por Dilthey, Jeschke, Wechsler, Pinder o Petersen (3) para decir si esta Generación del 50 cumple o no con la denominación en una acepción específicamente técnica.

Sin embargo, como han aparecido por ahora ciertos críticos escépticos, no estará demás recordar los elementos constitutivos señalados por Julius Petersen en su magnífico ensayo para ver cómo estos jóvenes valores integran un movimiento, que no sin razón ha recibido el apelativo de **"Generación del 50"**.

Ante todo la edad. El más maduro **Alfonso Echeverría Yáñez** (1922), el ben-

(1) "Mensaje", Junio, 1959.
(2) "Mensaje", Julio, 1959.

(3) Julius Petersen: "Filosofía de la Ciencia Literaria", Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

jamín Carlos Ruiz Tagle Gandarillas (1933) y entre ambos extremos, diez años, veinte nombres más, diversos en planteamientos y valorización estéticas, pero no antagónicos en ciertos puntos fundamentales. Como observa atinadamente Pedro Salinas al analizar "La Generación del 98" en España: **"el artista más que estar predestinado conforme a la teoría astrológica por su simple nacer, lo está por la situación en que lo coloca su nacer."** (1)

Los elementos formativos, los intelectuales, constituyen para Petersen el segundo elemento integrante de una generación. Temperamentalmente podrán y deben ser distintos, más aún estridentemente antagónicos (basta haber seguido paso a paso la polémica); pero en todos ellos se advierte sin esfuerzo un bagaje cultural de categoría superior, manifestado no en la "erudición a la violeta" sino en la visión de los problemas, en el contenido conceptual y en cierta finura de espíritu, que los hace más sensibles para captar los detalles, la hipocresía, el brillo fatuo de los "snob", el absurdo de tanta riqueza material tratando de ocultar tanta miseria de espíritu.

Muchos de ellos han gozado de cierta holgura económica, se han paseado por salones brillantes, han sido testigos de ocultas tragedias familiares motivadas por la carencia de principios morales. Esta ha sido la gran lección de la vida y si la rebelión los ha lanzado a desenmascarar la farsa no ha sido por amargura sino por inconformidad. Su modo de actuar no obedece a esquemas preestablecidos. Surge de los imponderables nacidos del instinto de conservación, que al igual que en los individuos, aflora también en los pueblos como imperativo racial, del que son intérpretes los escritores.

Petersen exige además el **"acontecimiento o experiencia generacional"**, especificado en un determinado hecho histórico de contornos culturales, como en el Renacimiento, o circunscrito a un **"acontecimiento catastrófico"**, como una revolución o una guerra.

¿Podremos negar que nuestra generación literaria de 1950 permanece ajena a esta exigencia del pensador alemán? Toda esta "locura de vivir", esta perniciosa crisis de valores morales de que nos hablan los jóvenes escritores que analizamos, ¿existe sólo en teoría, o por ventura es real en el modo cotidiano de vivir? La última guerra ¿no produjo una hecatombe y destrozó los ideales de millones de seres, a quienes se les había asegurado la perennidad de la raza, capaz de subyugar al mundo? ¿Puede el hombre contemporáneo cerrar los ojos ante esa espada de Damocles pendiente de un hilo y que puede caer en cualquier instante y estallar en bombas atómicas? ¿Dónde está lo perdurable, la estrella polar que en medio de las borrascas señale la ruta cierta? ¿En el ritmo alocado de un placer frenético, en los resplandores fulgurantes de la ciencia tan hábilmente manejada para la destrucción o en el poder del dinero?

Hoy día las distancias no existen y por eso sin exageración podemos imaginarnos a todos los pueblos situados en una gigantesca tela de araña. Es tan sensible, que vibra aunque sólo se la roce.

Chile no es una excepción. A los caseros desquiciadores del orden moral se suman los elementos foráneos y las consecuencias todos las conocemos: los "jóvenes coléricos", el criminal heroico, el adulterio de buen tono, el robo con guantes de gamuza y sin huellas digitales, el rapto sensacional, el degenerado sexual que es contemplado como una "rara flor", pero que exhala exquisito aroma, el dulce nirvana de los estupefacientes, mágica fórmula para degradar a una raza.

No podemos exigirles a nuestros escritores jóvenes que se dediquen al "dulce lamentar de dos pastores" como Garcilaso. Tienen toda la razón al lanzarse "pluma en ristre" contra un asalto en masa que socava los fundamentos de nuestro pueblo, con visibles defectos pero viril y rico en potencialidades espirituales.

(1) "Literatura Española. Siglo XX", México, 1941. pg. 49.

El **cuarto elemento** señalado por Petersen es el "Führertum", **el caudillaje.** Si para la "Generación del 98" afirman que éste se materializa en Nietzsche y Schopenhauer, para la nuestra creemos con Giaconi que hay que fijarlo en el **sicoanálisis freudiano,** en el **cientifismo** y en el **existencialismo, no circunscrito a tal o cual escuela, sino "en cuanto ética del escritor, como hijo de su circunstancia, comprometido con su tiempo, a despecho de su "inmortalidad".** ("¿Existe una Generación de 1950?", El Mercurio, 24 - V - 59).

Este **"caudillaje"** no está limitado, pues, a un determinado personaje. Se encarna en el vitalismo filosófico, desde cuyo ángulo es auscultada la realidad chilena, pero con proyecciones al mismo tiempo universales, como acontece en Giaconi, Lafourcade, Laso y otros. De aquí se origina la auscultación de las vivencias y el marcado acento sicológico de las obras, que en **"Coronación",** de José Donoso, **"Daniel y los leones dorados",** de José Manuel Vergara, y **"Pena de muerte",** de Lafourcade, alcanza su expresión más profunda.

Más adelante precisaremos nuestra opinión respecto al existencialismo y pesimismo, ya que las diatribas y acusaciones han sido lanzadas a fardo cerrado, falseando así las perspectivas ideológicas de esta generación literaria.

De esto nace un **lenguaje propio,** desconocido en las letras chilenas. Eduardo Barrios les pide que sean más prolijos y que no descuiden las bellezas estilísticas, pero el novelista parece haberse olvidado que ésta es una conquista lenta y la resultante de los imponderables, hasta llegar a la plasmación de un modo peculiar de sentir y pensar.

Este **"lenguaje generacional"** de que nos hablan como rasgo de una generación debe ser tomado en su acepción más amplia. Se equivocaría quien pretendiese exigir un patrón común, pues pediría un imposible.

Requiérese una nueva manera de expresión, y ésta existe en la Generación del 50. Basta conocer las principales obras criollistas de estos últimos años, para comprender que entre ambas orientaciones literarias existen manifiestas divergencias. Los que recién se inician podrán ser censurados por el desaliño que denota descuido y cierto mal gusto, pero de todos modos están más en consonancia con la época.

Latcham enfoca así este aspecto: **"En verdad hoy no se puede escribir como hace veinte o treinta años. La economía del lenguaje es mayor, el idioma se ha enriquecido por una parte y rarificado por otra. Numerosos términos científicos y técnicos se han introducido brusca y sorpresivamente en el vocabulario de los escritores..."** ("Sobre la llamada Generación Literaria de 1950". La Nación. 24 - V - 59).

Hemos de añadir además la **ausencia de elementos poéticos** inexistentes en la percepción directa, casi fotográfica, de este neorrealismo literario. La constante preocupación por el acomplejado, angustiado y desorientado hombre contemporáneo, no les permite detenerse en digresiones líricas.

El enfoque esencialmente **"antropocéntrico"** los lleva sin querer a un lenguaje desusado hasta ahora, no porque ellos recurran a fórmulas novedosas, sino por los perfiles sicológicos de sus personajes. Estos hablan de las novísimas concepciones del arte, recurren a los avances de la sicología, impulsados por el snobismo ambiente emiten juicios sobre los autores de moda, discuten de política, manejan sin comprender las posiciones filosóficas de último momento. De todo esto nace un **"lenguaje generacional"** propio y enraizado en lo contemporáneo.

Petersen señala el **rechazo de lo inmediatamente anterior** por anquilosado e inepto. En nuestro caso el problema es delicado y los mismos componentes de la Generación del 50, participantes en la polémica, se han comportado prudentes y respetuosos con los valores laureados del criollismo. En una palabra han sido educados.

Sin embargo en la trastienda existe en todos ellos un no disimulado repudio a una literatura que permaneció indife-

rente **"a gobiernos ineptos, a la venalidad e irresponsabilidad administrativas, a la falta de líder que aglutine las voluntades hacia un objetivo común, al desborde de guías provisorios y tornadizos entregados a pequeñas luchas intestinas divorciadas de un todo, a la irremediable miopía espiritual de los prohombres, a las actuaciones dolosas de quienes adoran en público las grandes palabras, a la nefasta desintegración de los diversos factores del cuerpo cívico-social,** etc." (Giaconi, "¿Existe una Generación de 1950?", El Mercurio, 24 - V - 59).

Ya citamos en nuestro primer artículo las palabras de Benjamín Subercaseaux en las que explícitamente señala como un valor indiscutido esta ruptura con la orientación literaria anterior: **"Nos han librado del criollismo y eso ya es enorme y meritorio".**

No creemos sin embargo que el "criollismo tanto urbano como campestre haya sido inoperante" en todo sentido. Hay nombres como Barrios, Latorre, Maluenda, Durand, Rojas, etc., que dejaron huellas en esta tierra. Sería injusto y erróneo desconocer sus méritos y creer que sólo lo actual es extraordinario, cuando recién estamos asistiendo a un amanecer.

Pero de todos modos existe en ellos un implícito rechazo del criollismo, actitud que no puede ser dejada de lado al investigar si es o no una generación.

Nuestra literatura es un organismo vivo y polifacetal. Esta promoción de 1950 representa un eslabón más en la sucesión ininterrumpida de variaciones literarias, sintéticamente expuestas así por Latcham:

> **"Generación de 1900 (Criollista); Segunda Generación Criollista la de 1910, del Centenario, con Prado y Latorre, entre sus figuras; Generación de 1920 donde sobresalen Pablo Neruda, Manuel Rojas y González Vera, sus mejores sobrevivientes; Generación de 1930 de tipo humanístico y animada por el Grupo Índice, con revista propia y planteamientos modernos de la cultura; Generación Neocriollista de 1940, estudiada por Francisco Santana y por el que firma estas líneas, y por último la naciente Generación de 1950".** (La Nación, "Sobre la llamada Generación Literaria de 1950", 24 - V - 59).

¿Se ha preocupado Latcham de averiguar si estos diversos grupos son o no generación? Nos parece que su clasificación es exacta en la constatación de los diversos enfoques ofrecidos por nuestra exuberante literatura, pero creemos que el título de generación no puede ser utilizado tan indiscriminadamente.

La Juventud, tema preferido.

Quien esté familiarizado medianamente con las obras de los noveles escritores, puede fácilmente constatar la reiterada aparición del joven contemporáneo como eje central de novelas y cuentos. Si recordamos los antecedentes ya anotados no debe extrañarnos tal predilección, pues la generación literaria clava su mirada en la juventud con la esperanza de hallar en ella las potencialidades vírgenes, capaz de transformar y dignificar una sociedad minada en sus fundamentos humanos y morales.

El panorama que ofrecen no es por cierto muy consolador. Como ya escribimos en otra oportunidad:

> **"presentan en sus obras jóvenes descentrados, sin horizontes morales, refractarios a toda ley, ávidos de placer y aniquilados por dentro, víctimas de un ambiente asfixiante, que es necesario restaurar en la jerarquía de valores."** (El Diario Ilustrado, "La Generación de 1950", 29 de marzo, 1959).

Este pesimismo aflora espontáneamente en **"Cuatro Estaciones"**, de Vergara, en **"La difícil juventud"**, de Claudio Giaconi, en **"El Muchacho"**, de Jaime Valdivieso, en **"Para subir al cielo"**, de Lafourcade, en **"Islas en la ciudad"**, de María Elena Gertner, en **"Un retrato de David"** de Mario Espinosa, en **"El Cepo"**, de Jaime Laso y en el drama **"Las moscas sobre el mármol"** de Luis Alberto Heiremans.

Esta tónica tan persistente no obede-

ce al morboso deseo de presentar una juventud moralmente tarada y exhibirla al desnudo para provocar lástima. Van más allá. La ven en perpetua zozobra y en el frenesí de su algarabía intuyen la orfandad que corroe su espíritu. Y más de alguno lanza un "Yo acuso" contra los que han facilitado el camino, conculcando sus deberes esenciales al pisotear las obligaciones contraídas ante Dios y ante la sociedad que los cobija.

Es muy fácil lanzar anatemas y condenar a la juventud contemporánea, calificándola de colérica, superficial, snob y degenerada. Es necesario adentrarse en el problema, proceder con sinceridad y reconocer que los mayores no pueden lavarse las manos como Pilatos para justificar su fariseísmo. Cuando en **"Islas en la Ciudad"**, María Elena Gertner teje la urdimbre de su novela a través de Blanca Domínguez y la vemos caer de precipicio en precipicio, no pensemos que la escritora se deja llevar por los impulsos de una imaginación tropical. Lafourcade tampoco se excede en Antinous, vanidoso enfermizo, afeminado tibio y llorón, snob a la violeta, fruto de un hogar elegante, señorial y adinerado, pero vacío, fatuo y sin principios morales. Son los frutos híbridos de hogares desquiciados, deslumbrantes por fuera, pero sepulcros blanqueados por dentro. Si "El Diablo Cojuelo" apareciera y conservase el misterioso poder de levantar los techos de ciertas mansiones, huiría avergonzado.

No pidamos a los escritores de la Generación del 50 que se acerquen temblorosos y entonen tiernas coplas de trovadores, cuando la casa humea por los cuatro costados. Este neorrealismo violento y sin tapujos es la reacción espontánea del inconformismo. Ellos también son jóvenes, que no aceptan con impasibilidad suicida este orden de cosas.

Existencialismo y pesimismo.

Una de las acusaciones más frecuentemente lanzadas contra esta nueva pléyade de escritores jóvenes ha sido ésta: son los portaestandartes de la **"filosofía del desastre"**, con la cual sólo conseguirán ahondar más la crisis, pues están ausentes los valores positivos y en cambio abundan: **"ambiente pagano, materialista, a veces de abyecta sordidez; predilección por las miserias humanas (ebrios, delincuentes, meretrices, afeminados) y afán realista que se solaza en las escenas chocantes y las palabras procaces".** (Hübner, "¿Juventud en Crisis?", El Diario Ilustrado, 10 de marzo, 1959).

Ante todo es necesario advertir que no todas las obras merecen una condenación tan dura. La **"Vacilación del Tiempo"** de Alfonso Echeverría Yáñez, **"Daniel y los leones dorados"** de José Manuel Vergara y **"Las moscas sobre el mármol"** de Luis Alberto Heiremans están situadas en un plano de índole muy diversa. Pero mirada en conjunto es evidente que "La Generación de 1950" ofrece una visión sombría del mundo actual.

Ahora bien. **¿Existe en todo esto una consciente aceptación del existencialismo materialista y ateo al estilo de Gide, Sartre, Kafka o Camus?**

No. Así Herbert Müller en su respuesta a Hübner aclara este punto con las siguientes palabras:

> **"Ninguno de nosotros** (cita once nombres) **tenemos a los existencialistas en mientes al escribir. Y tampoco en nuestro modo de vivir, en nuestros atuendos y vestimentas".** (21 - 3 - 59).

Afirmaciones como la precedente no constituyen un arrebato temperamental, nacido como consecuencia del ardor polémico. Este repudio al modus vivendi de Saint Germain de Prés no está anulado y negado por el contenido de las obras; por el contrario, analizadas éstas con serenidad permiten captar un intenso ritmo existencial, pero muy diverso, más aún, antagónico al de la literatura nihilista, materialista, pesimista, atea, sexual y destructora del viejo continente. No existe en "La Generación de 1950" una problemática cimentada en la **filosofía de la negación.** Por el contrario, en varias de estas nuevas obras está explícita la afirmación de los valores, tímida si se quiere, pero definida en la actitud rebelde adoptada contra el vivir senso-

rial y frívolo, que constituye para muchos contemporáneos la razón de ser. Alfonso Echeverría Yáñez sin ir más lejos, se aproxima en **"La Vacilación del Tiempo"** a la gran novela de vetas profundas de soledad y dolor, suavizados por el hálito religioso de inquietud lacerante, encaminada a la búsqueda de lo trascendente, que da sentido a la vida.

No hallamos tampoco en este existencialismo la concepción heideggeriana, según la cual el hombre es un **"ser sin razón de ser"**, contradicción esencial que remata irremisiblemente en la **"náusea"**, expresión típica de Sartre para condensar su interpretación filosófica de la angustiosa existencia humana.

Existe más bien un sincero anhelo de rebeldía inconformista. No van tras la morbosidad del vicio para observar desde lejos cómo se debaten sus héroes esclavizados por el férreo determinismo de sus instintos voraces. Están muy lejos del masoquismo delirante al que son tan proclives los existencialistas europeos y por eso carecen de los **"personajes tipos"** en los que Camus y Sartre vacian sus ideas filosóficas.

Como dijimos en otra ocasión, **"La Generación de 1950 no filosofa, hace actuar a sus personajes"**. Es la plasmación directa de un vitalismo alocado y fútil, circunscrito a las exigencias primordiales, matizado de snobismo retorcido, que huye de la reflexión para dejarse arrastrar por el vértigo de las pasiones.

En vano buscaríamos también el **desesperado encadenamiento al destino**, como lo sustenta Camus en **"El Mito de Sísifo"** o Zilaby Lajos en **"La ciudad errante"**. Vergara, Heiremans, Giaconi y Echeverría Yáñez, por citar a los más sobresalientes, valorizan la voluntad de poder y la acción providencialista. Más que destacar la influencia nefasta del ciego destino, notamos cómo gravita en ellos el sentido de culpabilidad, al que desean acallar con la inoperante vocinglería de una vida vertiginosa.

Hacia el futuro.

Hasta aquí nos hemos detenido en la constatación de algunos tópicos necesarios para comprender algo de lo que significa la Generación de 1950, pero réstanos al mismo tiempo señalar **qué es lo que se espera de ellos.**

Ya sabemos que abominan del arte puro encaminado solamente al placer estético. Se apoyan en los problemas de la época, testimonian las vivencias, bucean las profundidades del hombre contemporáneo y reflejan el estado social y espiritual del país. Pues bien, no basta acentuar los rasgos sombríos sin ofrecer soluciones positivas, que hagan esperar con razón días mejores.

Deseamos de esta generación una **visión integral del hombre**, un humanismo auténticamente cristiano, en donde los valores del espíritu no queden anulados por las audacias del Mal.

No basta, pues, detenerse y plasmar la desorientación y angustia del hombre contemporáneo y permanecer a la espera de un cambio saludable, producido por **"cátarsis"**, como quiere Giaconi. Es necesario que el escritor de garra penetre los misterios y asista al drama interior que se desarrolla entre el Bien y el Mal. Allí hallará un venero inagotable de verdad y belleza más variado y más profundo, capaz de interesar desde puntos de vista novedosos y subyugantes.

La insistente majadería con que algunos repiten el tono de sermón de tales obras, no hace sino revelar una lamentable ignorancia. Se ve que desconocen la creación literaria de **Chesterton, Evelyn Waugh, Bloy, Claudel, Cesbron, Papini, Graham Green, Bruce Marshall, Bernanos, Guareschi, Julien Green** y muchos otros.

¡Ya se quisieran para sí Manuel Rojas y Benjamín Subercaseaux la aceptación universal de que gozan estos escritores!

"La Generación de 1950" recién da los primeros pasos. Está en posesión de una técnica y de una sensibilidad promisorias. De sus integrantes depende el dejar hondas huellas en las letras chilenas, si no quieren transformarse en otra expresión más del neocriollismo local.

El Padre Hurtado, fundador del Hogar de Cristo

por CARLOS HURTADO E., S. J.

"Duerma el que mucho trabajó.
"No durmamos nosotros, no..."
(Gabriela Mistral).

EL Fundador del Hogar se caracterizó por una caridad activa. El nunca se detuvo inerte, indolente, ante la miseria, el dolor. Tuvo "hambre y sed de justicia" y por eso recorrió toda la gama de las necesidades humanas.

Quiso que hubiera justicia interior y por eso luchó tanto por suscitar las vocaciones sacerdotales y religiosas. Quiso que esta santidad interior se hiciera callejera y por eso sus mejores momentos los dedicó a la formación de la juventud. Quiso que la justicia llegara a los lugares de trabajo y por eso puso su entusiasmo para crear un movimiento gremial que terminara con la explotación y acercara al capital y al trabajo.

Pero donde se polarizó su caridad activa fue en su trabajo con los más necesitados. Un día su corazón se apretó demasiado, al encuentro de un pobre, que hirviendo de fiebre no tenía dónde dormir. Tenía que hacer algo... No podía quedarse tranquilo, como un espectador. El P. Hurtado se sintió actor en la tragedia de los pobres, participó su angustia y arrastró a otros con su ejemplo... Y se hizo ingeniero, arquitecto, constructor. Enmendó cálculos, transformó planos, empuñó la pala...

Tenía que salir adelante un "hogar" para esos que no tenían techo... Y se levantó, bajo su actividad contagiosa.

Los pobres que dormían bajo los puentes, en los umbrales, no sabían que se había levantado un Hogar para ellos. El mismo Padre Hurtado "salió a los caminos para obligar a los invitados a entrar al banquete..." Su "Patrulla nocturna" se hizo legendaria.

Y vio a los niños ociosos y la pregunta evangélica nació espontánea: "¿qué están haciendo todo el día ociosos...? Id a mi viña..." y nacieron los talleres, en donde los muchachos pudieran aprender a trabajar. Y para entusiasmarlos, no dudó en tomar en sus manos las herramientas...

El Fundador del Hogar se caracterizó por una caridad activa, y esa mística dejó a los suyos.

El que se acerca al Hogar después de seis años de su muerte encuentra en él, esa actividad creadora. La necesidad va exigiendo los órganos. La caridad va llenando las lagunas. Lentamente en el Hogar se va completando el ideal del Padre Hurtado. Todas las necesidades de los pobres van encontrando su consuelo. Después de morir el Padre Hurtado, sigue su Obra andando: se abre una Sala Cuna, los Adolescentes encuentran un Hogar acogedor, se amplían los talleres, los enfermos son atendidos en la Policlínica, la Patrulla de la noche inaugura su propio pabellón, las niñitas también tienen acogida en el Hogar, los niños pueden ir a "su" teatro, las provincias se contagian y abren filiales del Hogar. Y así, con la ayuda de todos los que conocieron la actividad del Padre Hurtado y se enamoraron de sus preocupaciones, se va completando el cuadro que soñó como Fundador.

Los padres y la educación religiosa de los hijos

por SERGIO VILLEGAS MARTEL, S. J.

Exigencias del orden humano.

EL hijo nacido de la unión de un hombre y una mujer en el matrimonio es la expresión concreta y viva del amor que ha formado esa unión. Es a la realización del "nosotros" al cual tiende el dinamismo del amor. Este sólo ha sido posible en un nuevo ser que nace, ya que la individualidad del hombre impide romper las barreras del tú-yo. Este "nosotros", porción del padre, porción de la madre, tiene individualidad propia y exige también por su mismo dinamismo de hombre desarrollar su propia personalidad y llegar un día a poder formar con otros tú otro "nosotros".

Nacimiento de un hijo es, pues, no sólo colocarlo en la existencia, sacarlo de la nada cooperando con Dios que ha creado esa nueva alma. Es también formar una nueva personalidad, una nueva unidad humana que pueda decidir por sí misma, que pueda elegir, que pueda amar a los hombres y a Dios. Esta es la función primordial de la paternidad. Paternidad espiritual y no sólo biológica. Como el seno materno —preparado por la naturaleza para ser un ambiente apto— recibe un germen de vida que crece y se desarrolla hasta tener individualidad biológica propia, así la familia —padres, hermanos, parientes— es el ambiente donde tiene que surgir una nueva personalidad que cobrará con el tiempo una individualidad espiritual propia.

Esta función primaria de la paternidad parece muchas veces olvidada por los padres o por lo menos no se toma suficiente conciencia de ella. Muchos se contentan con dar a luz una existencia biológica y dar los medios para que llegue a su pleno desarrollo y con esto creen que han cumplido con la misión de padres que les ha confiado Dios por medio del amor. Han olvidado entonces que el hombre no es pura biología. Han olvidado que el hombre tiene un alma espiritual, que necesita de la ayuda de ellos, para llegar al brote espontáneo de un desarrollo personal.

Exigencias del orden sobrenatural.

Pero hay más, pues me dirijo a padres católicos, miembros vivos de un Cuerpo Místico que es la Iglesia. Ese gesto del amor, ese "nosotros" vivo, ha tenido también otro nacimiento a una vida superior, a la vida sobrenatural. Por medio del bautismo al que han dado consentimiento los padres, ese niño ha sido injertado en la corriente de la Vida Trinitaria, a través de su participación en Cristo, ha venido a ser hijo de Dios en Cristo Jesús.

Toda esa vida biológica y espiritual de ese nuevo ser tiene una proyección divina, tiene una transfinalización que se escapa a los ojos del cuerpo, pero que es captada por los ojos de la fe. Esa vida debe tener su desarrollo, su plenitud. La vida de la fe, de la esperanza, de la caridad necesita tener su expresión, su gesto a través de la vida humana de ese

* * * *

nuevo ser. Este desarrollo, esta plenitud a la que ha de llegar ese ser, es también depositada bajo la tutela de los padres.

Grave responsabilidad ante la Iglesia.

Estas líneas quisieran ser un llamado a la conciencia de los padres cristianos sobre la grave responsabilidad que les ha confiado la Iglesia. Que comprendan que Dios ha colocado en sus manos —por lo menos en los primeros estadios de la vida del niño— el desarrollo y la plenitud de esa nueva unidad humano-divina. Nueva unidad, porque la gracia no ha destruído nada en el niño, sino que ha elevado todo lo humano, para formar con él una unidad de vida cristiana, una totalidad. Crear un ambiente, un medio donde tenga pleno desenvolvimiento una personalidad cristiana, es labor de la educación religiosa entregada a los padres.

La fe respuesta personal. Bautismo respuesta eclesial.

La fe es la respuesta **personal** que el hombre da al llamado histórico que Dios le hace desde la eternidad. Sin embargo, por designio misericordioso del amor de Dios, esta respuesta que el hombre da a Dios, se antepone al bautismo, cuando el hombre todavía no puede responder personalmente. La Iglesia como totalidad suple la respuesta personal de ese individuo. El niño es bautizado en "la fe de la Iglesia". Los padrinos miembros vivos de ese Cuerpo Místico que es la Iglesia, representan en el ritual del sacramento a la Iglesia como totalidad. Los padrinos no responden como personas individuales a las preguntas que hace el ministro, sino responden como representantes de un todo, de la Iglesia.

Educación cristiana, condición de la respuesta eclesial.

Esta respuesta supletoria, la Iglesia la podrá dar sólo si está garantizada, para el futuro, la respuesta personal que dará el niño cuando posea su personalidad.

La seguridad de la respuesta personal la coloca la Iglesia en la persuasión de que los padres educarán cristianamente a sus hijos, es decir, condicionarán, darán abertura, quitarán impedimentos, para que el niño pueda escuchar el llamado de Dios y dar una respuesta coherente a la fe que ya vive de modo inconciente.

Por esto, según el Código de Derecho Canónico, no se puede bautizar a un niño sin el consentimiento de sus padres, a no ser que se espere su pronta muerte, porque de otro modo la Iglesia no podría tener seguridad de la respuesta personal de ese niño. Para aumentar más la seguridad, la Iglesia determina que, además de los padres, haya otros cristianos que se comprometan a educar cristianamente al niño, si los padres muriesen o descuidaran tal educación: los padrinos.

Esta es la gran responsabilidad que la Iglesia confía a padres y padrinos. Responsabilidad enorme, de la cual urge tomar conciencia. Muchas veces —por no tener sentido de Iglesia y de compromiso ante Ella— se toma el bautismo como un mero cumplimiento social y la función de apadrinar como compromiso familiar, sin llegar a captar su dimensión teológica.

Orientaciones para una formación religiosa.

En lo que resta de estas líneas trataré de dar a grandes rasgos algunas pautas que puedan servir de orientación a los padres cristianos en la educación religiosa de sus hijos y asegurar de este modo el desarrollo armonioso de esa fe infusa que tiene el niño desde el momento de su bautismo.

Necesidad de preparación para educar.

Lo primero será llamar la atención sobre la necesidad de prepararse para educar religiosamente a los niños. Es cierto que existe ya una preparación innata con la cual los padres más o menos se adaptan a dar una formación religiosa a los niños. Es una adaptación intuitiva por la cual, especialmente la ma-

dre, capta espontáneamente aquello que conduce a una buena educación. Pero esto no basta. Hemos constatado por la experiencia que en muchas familias cristianas el modo de educar a sus niños es el principal estorbo para que el niño, llegada su edad, pueda dar una respuesta coherente a su fe bautismal. Y esto lo hacen con la mejor buena voluntad, creyendo que educan bien a sus hijos.

Es necesario pues, una cierta preparación. Un mínimo de lo que es la sicología del niño y del adolescente y de lo que es el desarrollo de una sicología religiosa.

Este mismo defecto que se nota en los padres es, asimismo, frecuente en muchos colegios de religiosas y religiosos. Con la mejor buena intención, lo único que hacen es retardar y provocar crisis innecesarias en la respuesta personal de la fe.

Se requiere un mínimo de conocimientos sicológicos porque los adultos desde hace mucho tiempo, han dejado atrás la edad del niño y del adolescente, e inconscientemente tratan al niño en su pedagogía, como si fuera adulto; lo que evidentemente es una aberración, ya que entre adulto y niño hay una heterogeneidad abismal. Un medio apto para un adulto sería perjudicial al siquismo infantil.

Existe además otra razón por qué es necesario un mínimo de conocimiento sicológico para guiar al niño en la fe. La gracia y el siquismo humanos no son dos realidades que corren paralelas. La gracia no destruye nada de lo humano, lo eleva y lo transfinaliza, dejándolo intacto. La fe sobrenatural descarga su dinamismo a través del siquismo humano y tiene su gesto divino por medio de él. Si hay en el siquismo humano un mecanismo que funcione mal, algo que entorpezca el desarrollo normal, el gesto religioso de la fe nunca podrá ser coherente con la fe bautismal. Lo cual de ninguna manera quiere decir que es necesario un siquismo normal para ser santo, porque la santidad se realiza en el campo de la conciencia y en la respuesta consciente del hombre a Dios. No hay ningún inconveniente teológico en afirmar que hubo y que hay santos neuróticos.

Un mínimo de conocimientos de pedagogía religiosa práctica se imponen, para que los padres tengan entre sus manos algunos elementos útiles que sirvan para guiar el alma del niño en el encuentro personal con Dios. (1)

Importancia de la edad infantil en la formación religiosa.

Pertenece al dominio de lo adquirido en sicología, que los primeros años de la infancia tienen suma importancia en la maduración de la personalidad, de una personalidad humana y de una personalidad cristiana.

El niño en esos primeros estadios vive como en una simbiosis con su familia, que es su medio ambiente. Es como cera blanda donde todo lo que ocurre a su alrededor va quedando grabado. Todos los gestos y actitudes del niño en esa edad, serán el fiel reflejo de lo que es su ambiente familiar, en lo referente a valores humanos y valores religiosos. Bastará observar con detención un niño para saber a qué clase de familia pertenece, y ciertamente uno no se equivocará en la apreciación.

Educar el sentido de lo divino por la oración.

En estos primeros años lo principal en pedagogía religiosa es educar el sentido de lo divino, puesto que la fe es respuesta a Dios. Pero no un sentido abstracto de lo divino, sino el sentido de lo divino personal. Es Dios Padre —personal— que llama a través de Cristo, también persona.

(1) Para esto recomiendo encarecidamente tres libritos muy sencillos que, leídos con detención y cariño pueden ser de gran utilidad: "Psicología de los Adolescentes", "Psicología de las muchachas" (Colección "Educación y Familia", Desclée de Brouwer) "Sobre la educación religiosa", Jean Rimaud, S. I. (Ediciones Fax).

Insinuaría que esta lectura, papá y mamá la podrían hacer en común, con comentarios personales, que enriquecería enormemente su provecho. Y una última recomendación: cuando vean que en casa alguno de los niños no se comporta como es debido religiosamente, recurran a algún sacerdote —pero sacerdote que trabaje con juventudes— y consulten con él el problema de ese niño.

El mejor medio pedagógico es la oración que educará de modo inconciente en el niño el sentido de la presencia de Dios. En el libro de Rimaud, citado anteriormente, hay preciosas sugerencias que pueden ser puestas en práctica por el papá y la mamá. De propósito enumero primero al papá, porque hay padres que tienen la idea que eso sólo corresponde a la mamá. Aquí hay un grave error, tratándose especialmente de niños varones. Si sólo la mamá se preocupa de la educación religiosa en esos primeros estadios, de modo inconsciente, el niño se irá formando la idea, que la religión es cosa de chicos y de mujeres.

Influencias de las actitudes paternas.

Otro medio de influir positivamente en el niño, en su relación con el Dios personal, es la actitud exterior que tengan los padres con respecto a lo religioso. Es sabido en sicología religiosa que el niño forma su concepto de Dios a través de lo que son sus padres. Un padre cariñoso, justo... formará en los niños una imagen bondadosa y justa de Dios. Un padre intransigente, injusto... creará una imagen más o menos terrorífica de Dios.

Gran importancia tienen para el siquismo infantil los gestos religiosos paternos y la actitud de seriedad que ellos tengan en su propia vida religiosa. Unos padres que rezan devotamente en la iglesia y en la casa, que saben ver a Dios y recurrir a Él en las dificultades y alegrías del hogar, producirán en el niño la impresión que la religión es algo serio, algo central en la vida de un hombre.

Actitud de los padres en la adolescencia de sus hijos.

Como última orientación quisiera detenerme en la época de la adolescencia, que es el período donde comienza a florecer la personalidad del niño y por lo tanto donde tiene que comenzar a dar su respuesta personal al llamado de Dios.

Esta época siempre desconcierta a los padres, no sólo por el comportamiento humano que tiene el niño con respecto a ellos, sino de un modo especial, a los padres cristianos, por el comportamiento religioso.

La adolescencia la denominan los sicólogos "un nuevo nacimiento". Y es cierto, porque es entonces cuando en verdad nace espiritualmente un ser humano independiente.

Hasta entonces el niño ha vivido de lo que es su ambiente familiar. Ahora comienza a sentirse sicológicamente uno, sicológicamente independiente. Tiende a romper los marcos paternos, a pensar por sí mismo, a criticar valores, creencias religiosas, que antes había aceptado con ingenua sencillez. Escatima las muestras de cariño y aún a veces le molesta que lo acaricien. Se reconcentra en sí mismo, para ser más él mismo.

Lo importante, a esta edad del niño, es comprenderlo. Comprender que se va haciendo hombre, que se va convirtiendo en un ser autónomo, no tan dependiente sicológicamente de sus padres. Querer presionar este desarrollo es fatal. El niño se encerrará más en sí mismo; aunque exteriormente —por cierta política innata de acomodación— parecerá adaptarse a la exigencia de los padres, interiormente ese niño habrá roto, con el marco familiar. Y junto con el marco familiar se irán los valores religiosos.

Lo normal en un desarrollo religioso es que el niño lentamente vaya tomando conciencia personal de los valores religiosos vividos en su ambiente familiar y de este modo responda libre y personalmente a su fe bautismal.

Muchas veces este tránsito de lo impersonal a lo personal se hace por medio de crisis agudas, de las que no siempre se sale airoso en lo religioso. Es de notar el porcentaje elevado de niños de familias cristianas, educados en colegios religiosos, que cuando son mayores, abandonan totalmente la práctica religiosa. Y es igualmente notable que de familias incrédulas salgan excelentes católicos.

Lo que sucede corrientemente es que los padres, con una presión inconsiderada —y esta presión la ejercen más corrientemente los padres católicos, que se asustan ante algunos problemas de esa

edad— producen un desequilibrio síquico, que suele traer consigo la ruptura de los valores anteriores y entre éstos los religiosos. Y esta ruptura será más honda si los padres son muy religiosos. Habrá una identificación inconsciente entre marco familiar y religión, entre lo que quiere absorber su independencia naciente y religión.

La conducta a seguir en este estadio de la adolescencia tendrá que ser muy distinta en cada niño, puesto que se trata del nacimiento de una personalidad, lo más propio, lo más genuino e irrepetible que tiene el hombre. Sin embargo, se puede dar algunas orientaciones generales.

Lo principal en esta época es educar la inteligencia y la voluntad que es libertad.

Educación de la inteligencia es tener una actitud comprensiva. Ese niño puede poseer ideas propias. Sus preguntas y críticas tienen un sentido hondo en la estructura síquica que está viviendo. Habrá pues que tomarlas en serio y darles una respuesta y explicación correspondiente a la comprensión del niño. Y de ningún modo responder con un "cállate la boca", suficiente y humillante, a las preguntas y críticas que haga en relación a las creencias y valores religiosos del ambiente familiar.

Educar la libertad es también comprender que ese niño ya tiene un cierto autodominio, una responsabilidad proporcionada a su edad evolutiva: puede tener gustos propios y libres determinaciones. En la práctica esto se reduce a dejar una mayor espontaneidad a esa libertad, pero siempre **controlada.**

He aquí algo difícil, libertad y control, sobre todo en lo relacionado con lo religioso y lo moral. No hay norma fija. Depende del sentido de la proporción que tengan los padres. Para aclarar esto indico sólo algunos ejemplos. No presionar la asistencia a la Santa Misa, ni la comunión, ni la confesión. Dejar que el niño haga estas cosas por iniciativa propia. Que sean su respuesta personal a Dios, porque ve en ellas un llamado de Él. Al comienzo tendrá que haber más control. Después éste tendrá que ser cada vez más remoto, hasta que el niño tome perfecta conciencia de su responsabilidad.

San Miguel. Febrero, 1959.

DE LA PAG. 295

nomías dignas de la aureola? Su virtud heroica se había convertido para las almas que le admiraban en una provocación a una vida más perfecta.

Esto pertenece al pasado. Pero todavía en nuestros días el Cura de Ars refleja tan evidentemente la santidad de Jesucristo, que en él se reconoce el tipo mismo del sacerdote. ¡Cómo asombrarse entonces del extraordinario ímpetu que arrastra las almas hacia él!

Aquel que la Iglesia ha proclamado patrón celeste de los párrocos de todo el mundo, atrae sin duda a los sacerdotes de una manera particular.

Atrae también fuertemente a los cristianos deseosos de responder al ideal evangélico, y que se preguntan con lealtad lo que el Señor espera de ellos.

El fue en otro tiempo un incomparable excitador de vocaciones. Era de tal manera sensible a la miseria de las almas, que buscaba sin cesar el comunicar a cualquiera que se dirigiese a él la caritativa inquietud que él sentía. Dirigió a los seminarios, a los noviciados de religiosos y religiosas, un número impresionante de penitentes. A unos y otras trataba de transmitir el sentido que él tenía de la gloria de Dios, y su ardiente pasión por la salvación de los hombres. A todos hablaba de la gran miseria de las almas, y cuando discernía en algunos las aptitudes requeridas para el sacerdocio o la vida religiosa, les empujaba por el camino del don total, les incitaba a poner su buena voluntad al servicio de la Iglesia. Esta decidiría de su vocación. ¿Qué pensaría hoy ante el espectáculo del mundo que conocemos — este mundo en el que tantas almas están en peligro, y donde los sacerdotes, ¡por desgracia!, son tan raros?

Reflexiones sobre el Trabajo

por IGNACIO GREZ REYES, S. J.

LAS cosas a las que estamos **habituados** parecen ir perdiendo paulatinamente su valor y borrándose lentamente del horizonte de nuestros afanes. Pueden ser de vital importancia —como el oxígeno que respiramos— pero no importa; es algo que está allí, algo con lo cual contamos, algo que nos parece tan obvio y "natural" que deja de inquietarnos y, por lo mismo, de interesarnos.

Así ha pasado, durante mucho tiempo, con el "trabajo" del hombre y con "los hombres del trabajo". Eran cosas a las que estábamos ya acostumbrados, algo obvio, y por lo tanto ni nos inquietaban ni nos preocupaban mayormente.

Pero hoy la situación ha cambiado. El "trabajo" ha dejado de ser esa cosa obvia y sin interés. Lo que era tan seguro se vuelve "problemático"; el problema nos inquieta y acapara así nuestra atención. El montaje de la actividad económica, el fragor de gran oleaje de la vida social, la exaltación cristiana del hombre y de lo que le es propio han hecho que el "trabajo" irrumpa exigente en el campo de las grandes preocupaciones. Políticos, sociólogos, moralistas, economistas deben enfrentarse al problema del trabajo y reflexionar seriamente. Recordemos, a este propósito, las palabras del Card. Piazza: "La justa valoración del trabajo y de sus exigencias —exigencias que no pueden ser suprimidas— deben colocarse en el primer plano del reajuste mundial".

En este artículo expondremos algunas reflexiones sobre la naturaleza del trabajo y algunas de sus proyecciones. Materia de otro artículo será considerar el trabajo como derecho.

Ser ético-social.

El trabajo es una realidad metafísica esencialmente insertada en un complejo ético-social, por lo que no nos es posible llegar a definirlo y clasificarlo debidamente sin considerar esta razón de su ser, la ético-social.

Sabemos por la ética que toda acción humana además de su ordenación esencial, metafísica, une a un fin "operis" propio de la naturaleza de la obra —independiente de toda circunstancia o ulterior ordenación—, un fin intencional de la persona que obra, el cual, unido a variadas circunstancias, califica moralmente la obra. Esto supuesto, decimos que de esta finalidad perseguida por el que obra y de las circunstancias que determinan su acción es de donde deberemos obtener el concepto de trabajo en sentido ético-social que envuelva a la acción-trabajo en sentido metafísico.

Así afirmaremos que solamente aquella actividad humana cuyo fin objetivo y subjetivo sea moralmente bueno o al menos indiferente —si esto se da— y cuyos medios y demás circunstancias determinantes gocen de la misma calidad moral, puede ser llamada trabajo en sentido ético-social.

Cuando hablamos de trabajo, con propiedad, solamente podemos referirnos al concepto arriba delimitado. Hablar del

trabajo del ladrón o de la prostituta es impropio; aunque estas actividades puedan ser tenidas vulgarmente por trabajosas, esta adjetivación se debe entender únicamente en sentido analógico.

No es este el lugar de entrar a determinar mayormente el criterio de moralidad que permita señalar la acción-trabajo, bástenos decir que el trabajo exige, en su estricta comprensión, ser una acción honesta.

Trabajo económico.

Primeramente podemos, en forma muy general, adjetivar económico el trabajo en cuanto lo tomamos como factor en la actividad económica, entendiendo por tal: "aquella con la que los hombres, de los bienes relativamente insuficientes, se esfuerzan por obtener la satisfacción siempre más perfecta de sus necesidades materiales, teniendo consideración de la totalidad de necesidades y de bienes." (1)

Más precisamente podemos señalar el trabajo económico definiéndolo como: **Todo trabajo humano ordenado a producir o distribuir mediata o inmediatamente bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades materiales humanas en sus diversos grados.**

Sin entrar aquí a discutir el problema de la relación entre ética y economía por no parecernos necesario para el desarrollo de este estudio y por ser él mismo objeto muy suficiente de un estudio propio, dejamos en claro que la definición de trabajo económico dada más arriba, presupone sí, una posición tomada frente a este problema de relación la que juzgamos responder estrictamente al pensamiento cristiano filosófico social. Esta posición es la de afirmar que la economía como ciencia y como actividad está subordinada a la moral, porque ella se hace por el hombre —causa eficiente—, con el hombre —concausa material —y para el hombre —causa final—.

De la definición dada de trabajo económico se desprende inmediatamente que él no se circunscribe únicamente al trabajo de ejecución, por el contrario, abraza igualmente los trabajos de administración y dirección y los de invención. Y por aquello de "mediata o inmediatamente" incluye además otros como el de educación que, mediatamente se ordena, socialmente hablando, a la satisfacción de las necesidades del hombre.

Siendo los trabajos de ejecución, de invención, de administración y dirección actualmente reconocidos como económicos, señalémoslos aquí particularmente. Con Jean Marchal podemos describirlos así:

> "El trabajo de ejecución consiste en tareas simples ejecutadas las más de las veces según directivas recibidas de otro. Este trabajo puede ser manual, calificado o no calificado... Puede también ser intelectual...
>
> El trabajo de administración y de dirección aparece desde el momento en que el esfuerzo (de producción) se hace colectivo... Importa prever, organizar, mandar, controlar. Es el trabajo de los jefes de empresa, directores, jefes de secciones, contramaestres, etc. El trabajo de invención consiste en descubrir, sea un nuevo material... una propiedad de un cuerpo... un método nuevo..." (2)

Naturalmente que esta división o clasificación del trabajo económico no es exclusiva sino da un criterio amplio para considerar las diversas formas de trabajo. No es exclusiva puesto que sólo considera el trabajo colectivo y prescinde del trabajo independiente artesanal o comercial, etc., y porque no significa que estas diversas formas de trabajo no puedan darse combinadas en un mismo sujeto; en efecto, se da corrientemente el que un capataz y aún jefes de mayor categoría sean a la vez ejecutores manuales o intelectuales, como también el ámbito de la invención no está cerrado a ninguna categoría de trabajador. Ford decía que "todos los progresos técnicos de la fabricación se debían a los obreros."

Trabajo de subsistencia.

Ahora bien, por sobre todas estas clasificaciones y otras que pudieran darse

(1) Clemens Mertens, S. I.: "Ordinatio Oeconomica", p. 11, Pontif. Univ. Greg., Roma 1956.

(2) Jean Marchal: "Cours d'Economie Politique", p. 390, Edit. M. T. Genin, París 1957.

o hacerse, queremos destacar aquí una que responde a una función del trabajo y en cierto sentido a una nota de su naturaleza; nos referimos al trabajo de subsistencia.

Entramos así en una consideración inmediata del trabajo según uno de sus aspectos humanos más importantes en sí mismo y particularmente en relación con buena parte de la doctrina católica frente a las proyecciones del problema trabajo.

Digamos aquí lo que Villain trae a este respecto:

"*El Trabajo, medio de subsistencia.* 1. El hombre tiene el deber de conservar y de desarrollar su vida; ahora bien, en general es sólo por el trabajo como puede procurarse los bienes necesarios. De donde se deduce para él una obligación de trabajar y, si trabaja para otros, de exigir una retribución conveniente.

León XIII expresa esta idea al decir que el trabajo es necesario; basa en ella su celebre teoría del justo salario, de la que volveremos a hablar en el capítulo siguiente:

2. El trabajo conduce a la propiedad necesaria al hombre". (3)

Hasta aquí Villain quien, si bien expresa suficientemente nuestro pensamiento en cuanto a la realidad de un trabajo de subsistencia, no pretende, como nosotros, establecer una categoría de trabajo, un trabajo por su realidad en sí calificable, sino solamente señalar un aspecto del papel humano del trabajo.

Nosotros, en cambio, creemos que el lazo humano del trabajo, que lo constituye necesidad para el que trabaja, califica un tipo de trabajo.

Hay quienes no dependen de su trabajo para subsistir, para conservar y desarrollar una vida ampliamente humana. A éstos es cierto que les conviene trabajar no ya para satisfacer necesidades fundamentales personales (algunos beneficios siempre se le seguirán) sino más bien para aportar su cuota al bien mayor de la comunidad. Su trabajo podrá decirse necesario por otros títulos pero no por el deber y el derecho a subsistir.

(3) Jean Villain, S. J.: "L'Enseignement social de l'Eglise", v. II, p. 66, Edit. Spes. París, 1955.

En cambio, digámoslo netamente, con el ejemplo más claro, para pisar bien firme nuestra realidad familiar, el trabajo de la gran masa humana de proletarios, obreros campesinos e industriales, es trabajo de subsistencia; su relación con la vida de esos hombres es inmediata, directa, es el único medio normal que, salvando la dignidad humana del trabajador, puede permitirle conservar la vida y crecer en ella según su naturaleza de persona humana. Y si en los prenotandos hemos dicho que la razón ético-social define esencialmente el trabajo, afirmamos aquí que esta razón particular ético-social califica un tipo particular de trabajo.

ALGUNAS PROYECCIONES DEL TRABAJO

Proyección social.

Ya en las líneas anteriores hacíamos resaltar la profunda y determinante inserción del trabajo en la sociedad, más evidente en la sociedad moderna que en la de otras épocas. Volvemos ahora a retomar esta idea-realidad para desarrollarla en su amplitud interna y destacar su importancia dentro del pensamiento social.

La fuerza motriz de este impulso social del trabajo se enraíza en la vocación divina del hombre a trabajar y, por este medio, cooperar a la perfección de la Creación. Dice a este propósito en forma magnífica Lelotte:

"La obra de Dios no está acabada intencionalmente. Las primeras materias están al pie de la obra. Toca al hombre el escoger y preparar los materiales para construir, bajo la mirada benévola y con la ayuda continua del Creador, la casa familiar donde la humanidad entera pueda encontrar albergue y resguardo, esto es, la paz tan ávidamente buscada y la alegría de vivir.

Dios lleva adelante su obra, sirviéndose de la mano y del ingenio del hombre; creándonos a su imagen, nos hizo a la vez creadores. No en el sentido de que no necesitemos nada para obrar —la materia inicial nos es necesaria— sino de que, como Dios, podemos infor-

mar con nuestras ideas y energías. la materia, para hacerla útil a los hombres." (4)

Esta realidad ya es substancia en el pensamiento social católico. El trabajo en sentido cristiano recibe, por la vocación de su agente, su más alta dignificación, a la vez que su elevada categoría social, siendo expresión de gloria que la creatura racional tributa al Creador por medio de la creación. Así el P. Villain después de repetir la idea de concurso humano a la obra divina, añade: "Es el hombre quien hace a la Creación más capaz de rendirle gloria." (5)

Mons. Guerry expresa el mismo concepto teológico social:

"La doctrina social de la Iglesia considera, en el trabajo, el medio ofrecido por Dios a los hombres de cooperar a su obra de creación y de construir ellos mismos, todos unidos, una ciudad terrestre." (6)

Junto con recibir el trabajo ese impulso hacia la sociedad, se realiza socialmente como fuente principal del bienestar de la comunidad y como vínculo de unión y aún de amistad. Esta potencialidad bienhechora y unitiva constituye un atributo natural del trabajo, su ser social.

Es Pío XI el primero quien, entre los Pontífices, afirma explícitamente la función social del trabajo. La misma afirmación podríamos considerar implícita en León XIII cuando señala el trabajo como algo necesario además de personal.

Dice Pío XI en "Quadragesimo Anno":

"El trabajo, por tanto, no se estimará en lo justo ni se remunerará equitativamente si no se atiende a su carácter individual y social." (7)

Es cierto que en este lugar Pío XI entiende lo social en el sentido de la necesaria interdependencia de los factores de la producción económica, como queda claro en el texto inmediatamente anterior al citado; pero al mismo tiempo se advierte la necesaria unidad y coordinación de esas fuerzas entre las cuales el trabajo es elemento principal. Para mayor claridad veamos el texto pontificio completo.

"Ahora bien, así como en el dominio, así en el trabajo, particularmente cuando se trata del trabajo contratado, claro es que debe considerarse además del aspecto personal o individual, el aspecto social; porque la actividad humana no puede producir sus frutos si no queda en pie un cuerpo verdaderamente social y organizado, si el orden jurídico y social no garantizan el trabajo, si las diferentes profesiones, dependientes unas de otras, no se conciertan entre sí y se completan mutuamente, y lo que es más importante, si no se asocian y unen, para un mismo fin, la dirección, el capital y el trabajo." (8)

De esta doble propiedad del trabajo inferirá Pío XI consecuencias cuanto a la sustentación del obrero y de su familia, a la situación de la empresa y a la necesidad del bien común, todo ello frente a la remuneración del trabajo.

S. S. Pío XII, en cambio, nos muestra con sentido mucho más amplio y activo el carácter social del trabajo, productor de bien comunitario y unificador. El 16 de noviembre de 1946 decía en alocución a los agricultores:

"El trabajo une a los hombres al servicio del pueblo y de cada uno, a la gloria del Creador y del Redentor."

Y el 19 de julio de 1947 en carta a M. Charles Flory:

"Así comprendido el trabajo es capaz, en razón de su misma naturaleza, de unir a los hombres verdadera e íntimamente."

Interpretando justamente estos textos, podemos decir con Mons. Guerry:

"Así Pío XII descubre en el trabajo un factor de unidad entre los hombres, y esto porque por su naturaleza los acerca, los liga a unos con otros en el cumplimiento de una misma tarea superior, la de procurar a la sociedad los bienes y servicios que le son necesarios o útiles. El es servicio de la humanidad. Siendo más humano, acerca a Dios." (9)

(4) J. Lelotte, S. J.: "La solución del problema de la Vida", p. 380, Edit. Libr. Religiosa. Barcelona, 1953, Versión de la quinta edic. belga.
(5) Jean Villain, S. J.: Obra cit., pg. 64.
(6) Mgr. Guerry: "La Doctrine Sociale de l'Eglise", pág. 86, Bonne Presse, París, 1957.
(7) Pío XI. Q. A. "Le Encicliche Sociali dei Papi", pág. 458, Ed. Studium, Roma, 1956.
(8) Pío XI: ob. cit. Loc. cit.
(9) Mgr. Guerry: ob. cit., pág. 86.

Inspirado en estos elevados conceptos directores, el pensamiento social de los autores católicos se va formando con matices diversos, pero todos ellos verdaderos, nacidos de doctrina común, la enseñada por el Papa.

En la obra del P. Villain, como encabezamiento de un párrafo, leemos lo siguiente: "El trabajo, por ser social, puede ser caritativo para el prójimo". Luego desarrolla el P. Villain el pensamiento puntualizando·

"El carácter social del trabajo se acusa cada vez más, a medida que las condiciones sociales se hacen más estrechas y la división del trabajo más completa.

1. Mi trabajo concurre a procurar a la sociedad los bienes materiales que sus miembros necesitan.

2. Cada cual trabaja para la totalidad y se beneficia de una parte del trabajo de la totalidad. De esto resulta un espíritu de interdependencia, de colaboración y de ayuda mutua.

3. Como mi trabajo debe ayudar a los semejantes que amo, que debo amar, resulta de ello que podré hacerlo con un sentimiento de amor hacia ellos, con el deseo de prestarles servicio; este trabajo así impregnado de caridad, al mismo tiempo que me elevará más espiritualmente, hará crecer en mí, más todavía, el amor al prójimo." (10)

En esta misma línea Borne y Henry ven en ese trabajo, que no sólo crea los bienes de la civilización, sino que es el mismo gesto civilizador, una experiencia de la fraternidad y más adelante, una fuente de la amistad. (11)

Sin embargo esta como glorificación del trabajo tiene su límite. Es una realidad que el trabajo va ocupando en nuestra civilización una posición más y más relevante al punto de ser despreciado el hombre que, pudiendo trabajar, no trabaja. Ser un ocioso no honra al hombre. Apenas se perdona al que se dice "rentista". Pero debemos evitar el ir más allá de la justa y racional exaltación del trabajo, hasta caer en la concepción marxista de una civilización del trabajo, que cuadra con su concepción del hombre

Es el hombre que trabaja en realizar su vocación personal a un destino trascendente —la posesión de Dios— quien da dignidad al trabajo, al encauzarlo en la vía a lo divino. El trabajo sólo se puede decir que dignifica al hombre en cuanto testimonia ese buen andar del hombre hacia su fin. En este recibirlo todo el trabajo de la persona, y, en acción reflexiva, volverse hacia ella, está intrínsecamente el ser personal del trabajo. considerado y magnificado como "productor". (12)

El Trabajo es personal.

Es éste el principio capital en la doctrina social cristiana sobre el trabajo; en efecto, él funda el criterio de justa remuneración del trabajo, la relación conveniente de trabajo y capital, los límites de tiempo y modo de trabajo adecuados, los derechos y deberes del trabajo.

Nos bastará hacer aquí la simple exposición de los textos, ya clásicos, pontificios que se encadenan desde León XIII a Pío XII y luego un comentario, procurando mostrar los alcances de este principio, que por lo demás nos parece suficientemente fundado en razón, con las reflexiones hechas en la primera parte de este estudio.

León XIII:

"El trabajo no es otra cosa que el ejercicio de la propia actividad, enderezado a la adquisición de aquellas cosas que son necesarias para los varios usos de la vida y principalmente para la propia conservación. 'Con el sudor de tu rostro comerás el pan'. Tiene, pues, el trabajo humano dos cualidades que en él puso la naturaleza misma: la primera es que es personal, porque la fuerza con que se trabaja es inherente a la persona, y enteramente propia de aquel que con ella trabaja, y para utilidad de él se la dio la naturaleza; la segunda es que es necesario." (13)

Pío XI:

"Ahora bien, así como en el dominio, así en el trabajo, principalmente cuando se trata del trabajo contratado, claro es que debe considerarse, además del aspecto personal o individual, el aspecto social." (14)

(10) J. Villain: ob. cit., pág. 68.
(11) Borne y Henry: ob. cit., p. 109.
(12) Borne y Henry: ob. cit., p. 228 ss.
(13) León XIII. R. N.: op. cit. pg. 199.
(14) Pío XI. Q. A.; ob. cit. pg. 458.

Pío XII:

"(el trabajo) es personal porque se realiza con el empleo de las fuerzas propias del hombre; es necesario porque sin él no se puede procurar lo que es necesario para la vida." (15)

Este carácter personal del trabajo lo repite Pío XII con diversas modalidades que dan a entender cuánto empeña el trabajo a la persona misma de la que procede — persona humana con su plenitud de naturaleza y con el complejo de relaciones que de ella dimanan.

De este modo dirá el Pontífice, celebrando el cincuentenario de la Rerum Novarum, el 1.º de junio de 1941:

"Al deber personal del trabajo, impuesto por naturaleza, corresponde y sigue el derecho natural de cada individuo de hacer del trabajo el medio para proveer a la vida propia y a la de los hijos: tan altamente está ordenado a la conservación del hombre el dominio de la naturaleza".

Aquí el trabajo es algo personal y deber personal. (16)

En el Mensaje de Navidad de 1942 sobre el Orden Interno de las Naciones, Pío XII exhorta a quien busque la paz social a devolver a la persona humana la dignidad que Dios le dio desde el principio, y, por lo mismo, a reconocerle sus derechos; veamos el texto: "Sostenga el respeto y la práctica actuación de los siguientes derechos fundamentales: ...el deercho de trabajar como medio indispensable para el mantenimiento de la vida familiar" (17). Aquí el trabajo es derecho fundamental de la persona humana en su amplitud familiar.

Pero también por su relación natural con otros derechos del hombre que deben ser convenientemente actuados por el mismo, muestra el trabajo su carácter esencial-personal. Así lo dice magníficamente Pío XII, con relación al derecho de propiedad:

"Si es cierto que la Iglesia ha reconocido siempre el derecho natural de propiedad y de transmisión hereditaria de los propios bienes, no es todavía menos cierto que esta propiedad privada es en modo particular el fruto natural del trabajo, el producto de una intensa actividad del hombre, que la obtiene gracias a su enérgica voluntad de asegurar y desarrollar, con su fuerza, la existencia propia y la de su familia, de crear para sí y para los suyos un campo de justa libertad, no sólo económica, sino también política, cultural y religiosa." (18)

Principio es este fundamental dentro de la doctrina social de la Iglesia y debe ser rector del pensamiento de quienes se ocupan en difundirla, desarrollarla y aplicarla.

En efecto, abarcándolo en toda su comprensión y a la vez sintetizándolo, Mons. Guerry lo enuncia:

"Personal: es decir que la persona humana del trabajador se encuentra comprometida en su trabajo con todo lo que ella es: con sus fuerzas físicas, musculares y nerviosas —con sus facultades de inteligencia, de iniciativa, de energía, de voluntad— con sus cargas y responsabilidades de hombre, de esposo, padre de familia — con sus móviles y la intención que incluye en su trabajo y que lo guían para dar a este trabajo su verdadero sentido, a saber, de ser el medio de ganar su vida para llevar una existencia humana, alimentar y educar su familia. El trabajo es la expresión de la persona humana." (19)

De esta concepción se desprende una serie de consecuencias doctrinales y prácticas y primeramente la dignidad del trabajo, frente al liberalismo que lo considera mera cosa, simple mercancía y frente al socialismo que, en su visión materialista del mundo atribuye sí al trabajo cierta dignidad, pero por sí mismo, por la obra realizada. El error del liberalismo y del socialismo —entiéndase marxismo en cualquiera de sus formas— está precisamente en no reconocer esa realidad que nosotros afirmamos, en despojar el trabajo de su carácter de actividad personal, en considerarlo como si no fuera algo inherente a la persona humana.

Cabe aquí distinguir netamente nues-

(15) Pío XII: ob. cit., pg. 725.
(16) Pío XII: ob. cit. pg. 726.
(17) Pío XII: ob. cit. pg. 761.
(18) Pío XII: ob. cit. pg. 781.
(19) Mgr. Guerry: ob. cit. pg. 80.

tra posición de la socialista que también reconoce, como hemos dicho, dignidad al trabajo. Distinción muy bien formulada por Villain que dice:

"Nos encontramos aquí en las antípodas del pensamiento socialista puro: para él, el hombre tiene una dignidad porque trabaja, la fuente de su dignidad está en su trabajo, mejor en la obra realizada. Nosotros decimos, por el contrario, que es el hombre quien da una dignidad al trabajo, la fuente de la dignidad del trabajo está en el hombre." (20)

Si esta es la principal consecuencia doctrinal, tan digna de destacarse, también las consecuencias prácticas merecen aquí su lugar, aunque de éstas señalemos en forma complexiva sólo las condiciones de trabajo. Bástenos a este propósito decir con Mons. Guerry:

"Porque el trabajo es inseparable de la persona y no puede ser considerado sólo bajo su aspecto material, útil, cuantitativo, los Papas han reclamado con fuerza el establecimiento de condiciones de trabajo que respeten este carácter personal y la dignidad del trabajador: condiciones que tengan cuenta de las fuerzas físicas y de la limitación del hombre, que no perjudiquen el cuerpo, ni ahoguen el alma —es, pues, necesario que haya tiempos de expansión, el descanso dominical—; condiciones que tengan en cuenta la edad, el sexo, la higiene, los riesgos inseparables de una vida humana." (21)

Por último y en particular se ve cuan encarecida haya sido por los Pontífices esta enseñanza, mayormente por Pío XII, ya que aun el Estado es llamado al más estricto cumplimiento de ella en el ejercicio de su función de promotor del verdadero bien común. Y en nuestro tiempo en que por bien justificadas razones el Estado es tantas veces patrón y le cabe desempeñar una vasta tarea en la vida del trabajo, Pío XII dice a ese Estado que:

"cualquier legítima y benéfica intervención estatal en el campo de trabajo debe ser tal que salve y respete su carácter personal, sea en el orden de los principios, sea en el límite de lo posible, por lo que mira a la ejecución. Y esto sucederá, si las normas estatales no abolieren ni hicieren imposible el ejercicio de otros derechos y deberes igualmente personales: cuales son el derecho al verdadero culto a Dios, al matrimonio, etc." (22)

Podríamos corroborar aún este principio siguiendo indefinidamente su aplicación en las mil encrucijadas de la vida del trabajo, pero creemos que para su afirmación basta con lo dicho hasta aquí. Conviene, sí, advertir, antes de abordar otro punto, su relación con el principio anteriormente expuesto sobre el carácter social del trabajo, relación de complementación e integración y en ningún caso, claro está, de contradicción. Al efecto concluiremos esta parte con las palabras con que termina su capítulo "La Personne Humaine" el canónigo Tiberghien en su obra "Sens chrétien et vie sociale":

"Hemos expuesto largamente la noción cristiana de la persona, porque nos parece ser el centro de todas las enseñanzas sociales de la Iglesia. Una sociedad bien ordenada es personalista; las dos nociones de sociedad y de persona se llaman y se complementan mutuamente."

Esta es la razón por la cual la Iglesia, después de haber sido llevada, bajo León XIII, frente al individualismo del siglo XIX, a afirmar el aspecto social del cristianismo —de aquí las doctrinas sociales de León XIII—, ha llegado, frente a los errores sociológicos modernos a recordar, bajo Pío XI y Pío XII, el aspecto personalista del cristianismo, lo que explica las encíclicas personalistas de estos últimos Papas.

Por otra parte, defendiendo uno y otro aspecto, la Iglesia no se contradice de ninguna manera. El hombre no puede ser una persona (entiéndase en plenitud) sino en sociedad, pero él será destruído en ésta, si esta sociedad no es de c o n c e p c i ó n personalista. Descubrimos aquí todavía este privilegio de la Iglesia, no de tomar el justo medio entre dos ideas contradictorias, sino de poder elevarse por encima de ellas y "proponer

(20) Ob. cit., vol. II, p. 62.
(21) Ob cit., pg. 81.
(22 Pío XII. ob. cit., pág. 726.

un sistema que descubre y une los elementos de verdad que se ocultan en cada una de ellas." (23)

Frente al capital.

Como factor de la producción, el trabajo encuentra en ese campo, al lado suyo, otro elemento que concurre con él al aprovechamiento de los bienes de naturaleza en orden a producir lo necesario y conveniente para la satisfacción de las necesidades humanas, el capital. Pero en este concurrir no siempre se ha atribuído a cada factor la categoría y dignidad que equitativamente, conforme a un buen ordenamiento de la vida económica, les corresponde. Demasiado conocemos la prepotencia con que el capital ha despreciado el valor humano del trabajo y lo ha considerado como un instrumento más al servicio de su ambición sin límites de lucrar. Por otra parte, conocemos igualmente, la actividad marxista que, como en revancha, pretende atribuir exclusivamente al factor trabajo todo el provecho de la producción, según su teoría famosa de la plusvalía, desconociendo todo derecho de beneficio al capital. Estas erróneas concepciones de la actividad económica y de sus factores han llevado a una situación de hecho, a saber, que capital y trabajo no se ven concurriendo armónicamente en el desarrollo de sus funciones, sino más bien frente a frente.

A esta realidad histórica recordaba León XIII sabiamente que:

> "no puede existir capital sin trabajo, ni trabajo sin capital. La concordia engendra en las cosas hermosura y orden, y al contrario, de una perpetua lucha no puede menos de resultar la confusión, junto con una salvaje ferocidad." (24)

Para apaciguar esa ferocidad y poner orden en esa confusión presenta el Pontífice la enseñanza de la Iglesia cuanto a los mutuos deberes de las partes —capital y trabajo— "y en especial los que dimanan de la justicia". Deberes de los obreros, deberes de los patrones.

Ahora bien, este establecer equidad no significa igualar los factores de la producción aun cuando a ambos se les considera como necesarios. No existe en realidad igualdad ni por naturaleza, ni por función. El capital, en acto, es un bien simplemente material; aunque supone una múltiple actividad humana terminada, en cuanto factor-capital, en la producción, no empeña en si persona humana alguna. Por su función, el trabajo es agente, el capital es instrumento. Fuerte es la expresión de León XIII, y debe ser bien entendida, cuando afirma que:

> "para la producción de estos bienes (los bienes corporales y externos) no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, ya en los talleres. Aún más: en esta materia, es tanta su fuerza y su eficacia tanta que con grandísima verdad se puede decir que la riqueza de los pueblos no la hace sino el trabajo de los obreros." (25)

Cuarenta años más tarde recordando y acrecentando la doctrina expuesta por su predecesor, Pío XI junto con repetir las frases ya clásicas de "que la riqueza de los pueblos no la hace sino el trabajo de los obreros" (26) y de que "no hay capital sin trabajo ni trabajo sin capital" (27) dirá que en vista de la preponderancia abusiva que en el contrato de salario ha tenido el capital,

> "sería más oportuno que el contrato de trabajo se suavizara algún tanto, en cuanto fuere posible, por el contrato de sociedad... De esta suerte los obreros y empleados participan, en cierta manera, ya en el dominio, ya en la gestión de la empresa, ya en las ganancias obtenidas." (28)

Es claro que de esta línea de enunciados es natural deducir el empeño del Papa por valorar con equidad ambos

(23) Chan. P. Tiberghien: "Sens chrétien et Vie Sociale", pg. 91. Edit. Ouvrières. París, 1954.
(24) León XIII. R. N.: ob. cit. pg. 194.
(25) León XIII. R. N.: ob. cit. pg. 194.
(26) Pío XI. Q. A.: ob. cit. pg. 468.
(27) Pío XI. Q. A.: ob. cit. pg. 468.
(28) Pío XI. Q. A.: ob. cit. pg. 457.

(Sigue pág. 417)

Las Iglesias Orientales

LAS Iglesias cristianas del Oriente se reparten en varios grupos, según sus ritos tradicionales. Están celosamente unidas a ellos, y tienen razón para estarlo; son muy bellos, menos sobrios que en la liturgia romana, pero más majestuosos, de un simbolismo muy rico. La Santa Sede respeta y manda respetar su antigüedad y su santidad. El Derecho Canónico prohibe expresamente el procurar apartar a un cristiano de rito oriental de su propio rito, para hacerle pasar al rito latino.

Se distinguen seis ritos principales: caldeo, copto, sirio, armenio, maronita y bizantino.

Las Iglesias de Oriente formaban originariamente parte de la única Iglesia de Cristo. Tenían sin duda cada una su fisonomía propia: sin embargo, esta variedad que no sólo era legítima, sino que presentaba grandes ventajas, no atentaba en nada a la unidad. Se separaron después de la catolicidad, aunque no por las mismas razones. Como seguían rutas divergentes, se han separado también unas de otras; de suerte que, a las diferencias de rito se han superpuesto diferencias doctrinales. Alguna no admite como legítimos más que los dos primeros concilios ecuménicos; varias admiten tres. Las iglesias bizantinas se proclaman ortodoxas, porque aceptan las decisiones de los siete primeros.

Cuando se comenzó la era de las Cruzadas, no había ya, por así decirlo, verdaderos católicos en Oriente. Pero al fin de la Edad Media, y sobre todo en la época moderna, muchos cismáticos han vuelto al catolicismo. La Iglesia Maronita es totalmente católica desde hace más de cuatrocientos años. En los otros ritos orientales, al lado de las Iglesias disidentes, se han constituído y se desarrollan Iglesias en comunión con la Iglesia latina y lealmente sometidas al Papa.

IGLESIAS DE RITO CALDEO

El primero, en el tiempo, de los cismas que subsisten todavía hoy, se produjo *después del Concilio de Éfeso* (431). Nestorio, elegido Patriarca de Constantinopla en el año 428, enseñaba que, en Cristo, el Dios y el Hombre, aunque unidos entre sí hasta el punto de no formar moralmente más que una sola personalidad, eran, sin embargo, dos personas distintas; negaba como consecuencia que María fuese Madre de Dios. San Cirilo de Alejandría protestó violentamente y presidió en Éfeso la condena del Nestorianismo. Pero el error conservó sus partidarios decididos en la célebre escuela de Edesse (Mesopotamia), y bajo la influencia de la Iglesia Caldea, después de muchas fluctuaciones, se hizo independiente. Pronto se fusiona con la Iglesia Persa, sobre todo cuando la escuela de Edesse se exila a Nisibe, en este reino.

La Iglesia Nestoriana estuvo durante mucho tiempo muy floreciente, hasta en plena Edad Media. Tuvo más de 230 diócesis, y decenas de millones de fieles. El monaquismo era tenido en gran estima. Envió misioneros a Tartaria, a China y hasta a Mongolia. La decadencia comenzó hacia la mitad del siglo XIII. A mediados del siglo XIV, Tamerlán la saqueó a sangre y fuego. Desde entonces tuvo que sufrir casi constantemente duras pruebas, persecuciones y, por diversos motivos, defecciones: una multitud de sus adeptos la abandonan, ya sea por otras comunidades cristianas, ya sea por el islamismo. En 1843, 1846 y durante la guerra de 1914-1918 las matanzas a las que se entregan los Kurdos y los Turcos hacen disminuir en más de la mitad los efectivos que le quedan. Se calcula hoy en 80.000, como máximo, el número de sus fieles. En su mayor parte están confinados en el Kurdestán. Allí reside su Patriarca.

Hemos calificado esta Iglesia de Nestoriana por razón de su origen, como, por otra parte, lo hacen todas las demás Iglesias. Pero es justo reconocer que ella protesta contra esta denominación. ¿Es verdaderamente herética? Si se niega a invocar a la Santísima Virgen bajo la denominación de Madre de Dios, la testimonia, en cambio, una gran devoción. Si emplea, en Cristología, las fórmulas preconizadas por Nestorio, es difícil saber qué sentido les atribuye. Su clero, en general muy poco instruído, se contenta en esta materia con explicaciones muy confusas, que tienen, a veces, un aire, totalmente ortodoxo. En cuanto a los pobres aldeanos del Kurdestam, las sutilidades del Nestorianismo no

les interesan, y sobrepasan con mucho su ruda inteligencia.

El rito Siro-malabar, propagado por la costa de la India, entre las cercanías de Travancor y el Cabo de Comorín, no se diferencia del rito caldeo más que por ligeras modificaciones. Entre los cristianos de este rito, una pequeña minoría, que se ha separado del catolicismo no hace todavía cien años, ha recibido también el calificativo de nestoriana. No comparte de ninguna manera los errores de Nestorio, pero es deudora al patriarca caldeo-nestoriano de tener a su cabeza un obispo.

IGLESIAS DE RITO COPTO-SIRIO-ARMENO

Menos de veinte años después de la condena de Nestorio, Eutiques, monje de Constantinopla, cae en un error tan grave y diametralmente opuesto: el monofisismo. Según él, no había en el Verbo hecho carne más que una sola naturaleza, la divinidad y la humanidad estaban como amalgamadas, o más bien ésta estaba disuelta en aquélla como una gota de miel en el mar. El Concilio de Calcedonia, en el año 451, lo anatematiza. Proclama el Concilio que Cristo, consubstancial al Padre por su divinidad, y consubstancial a nosotros por su humanidad, subsiste en dos naturalezas distintas, sin confusión ni mezcla.

Pero las decisiones del Concilio no ponen fin al monofisismo, que se implanta sólidamente en tres regiones.

1º *La Iglesia de Egipto* (gloriosa entonces y próspera) veneraba la memoria de San Cirilo. No ve en el Concilio de Calcedonia más que una revancha de sus adversarios contra él. Por ello concibe una viva acritud. Los cristianos de nacionalidad griega terminaron generalmente por someterse. Pero los de raza autóctona se sublevan y rompen en masa con la catolicidad. Desde la conquista árabe el islamismo se ha propagado ampliamente entre los antiguos habitantes del país. Pero los "ghypts" o coptos son todavía bastante numerosos, y a despecho de una larga esclavitud, que no ha cesado hasta el último siglo, han permanecido firmemente unidos a su fe.

La Iglesia de Abisinia es, en cierta manera, filial de la Iglesia de Egipto. Es el patriarca copto, residente en El Cairo, el que escoge y consagra su metropolita. Practica el rito copto. Es monofisita casi desde su nacimiento; ya que la conversión oficial del príncipe y del pueblo tuvo lugar a fines del siglo V.

2º *La Iglesia de Armenia*, llamada Gregoriana, en recuerdo de su fundador San Gregorio el Iluminador, se divide primero entre monofisitas y ortodoxos, después se une en masa al monofisismo bajo el emperador Zenón, por sumisión a un edicto de este príncipe (432), que obligaba prácticamente a tener el Concilio de Calcedonia como sin valor y no reconocido. Se sabe cuanto ha tenido después que sufrir por parte de los Cilicios, de los Kurdos y de los Otomanos. En 1916, 1917 especialmente, los Jóvenes Turcos mostraron una crueldad implacable.

3º *En Siria* el monofisismo se habría extinguido en el siglo VI, bajo la presión del emperador Justiniano, si no hubiera sido por el celo infatigable que despliega para reanimarlo un monje promovido obispo de Edesse, Jacobo, llamado Baradai (= el Andrajoso; porque se disfrazaba con ropa de mendigo para despistar a la policía imperial). Consigue instituir en todas partes, frente a la jerarquía católica una jerarquía rival. Murió en 578. Los sirios monofisitas toman en honor suyo el nombre de Jacobitas. En tiempo de su mayor esplendor *la Iglesia Jacobita* contó hasta veinte metropolitanos y 103 obispos. Pero desde 639, Siria había caído bajo el poder de los Musulmanes, y aunque los Jacobitas estuvieran en favor en la corte de los califas, una gran parte de la población siria adopta rápidamente la religión de los conquistadores.

El monofisismo que profesan los Coptos, los Armenios y los Jacobitas de Siria, no es el de Eutiques. No es un monofisismo real, sino sólo verbal. Es una doctrina ortodoxa envuelta en un lenguaje que ya no está conforme con la ortodoxia. El Concilio de Calcedonia, para expresar el dogma con precisión, y para ponerle al abrigo de equívocos tuvo que hacer uso de una terminología incompatible con la terminología que les era querida, que habían heredado de San Cirilo, y que se han obstinado en conservar a pesar de sus lagunas y sus ambigüedades, convencidos que no se pueden apartar de ella sin traicionar la fe que San Cirilo había tan brillantemente defendido.

IGLESIAS DE RITO MARONITA

El convento de San Marón, fundado hacia el año 430 (?), en las orillas del Oronto, entre Emesa y Apamea, extendía su jurisdicción sobre la región que lo rodeaba. Tal parece ser el origen de la Iglesia Maronita.

Los monjes de San Marón jugaron un papel importante en el siglo VI, combatiendo valientemente el monofisismo. Pero en el siglo siguiente, por ciega entrega al emperador Heraclio (610-641), le siguen en el monotelismo, que no es más que una secuela del monofisismo. Este error, según el cual no habría en Jesucristo más que una sola voluntad, fué condenado en el sexto Concilio Ecuménico (681).

Los maronitas salvaguardaron su independencia contra los musulmanes, refugiándose en las montañas del Líbano. Algunos pasaron a Chipre.

Desde la Edad Media comenzaron a volver al Catolicismo. En 1215, bajo Inocencio III, su Patriarca asiste al Concilio de Letrán. La conversión completa y definitiva de la Iglesia Maronita a la comunión romana se efectúa en el siglo XVI.

IGLESIAS DE RITO BIZANTINO

El rito bizantino es, de todos los ritos orientales, incomparablemente el más extendido, y el cisma bizantino es, por eso, el más doloroso.

Los cismas de los que hemos hecho mención hasta aquí han sido provocados por discusiones dogmáticas: no es que la política y los nacionalismos no hayan contribuído, pero era el dogma el que estaba directamente en discusión. El *"gran cisma"* de Oriente *ha sido el resultado de animosidades, de envidias y de resentimientos;* las cuestiones doctrinales no han servido más que de ocasión y de pretexto. Es verdad que anteriormente Bizancio, en diversas ocasiones, había caído en la herejía, y por eso entrado en conflicto con Roma; pero no se pensaba en dividir la cristiandad en dos ramas. Cada vez la paz fue restablecida con el triunfo de la ortodoxia. Estos conflictos no habrían jamás llegado a una ruptura definitiva, si no hubieran mantenido y desarrollado en el corazón de los griegos una antipatía casi instintiva contra los latinos.

La ruptura tuvo por autores dos Patriarcas de Constantinopla: Focio, que la prepara en el siglo IX, y Miguel Cerulario que la consuma en 1054. Pero los orígenes del cisma se remontan más arriba. La responsabilidad no cae exclusivamente sobre los griegos; los latinos trabajaron en ella, sin darse cuenta, al infligir a los suspicaces griegos inútiles e hirientes humillaciones.

Griegos, latinos: dos mentalidades, dos genios, dos culturas que se enfrentan. Las prevenciones surgen espontáneamente. La diversidad de lengua agrava los malentedidos.

Se ha podido decir que Constantino había arrojado inconscientemente los primeros gérmenes del cisma en el año 330, por la fundación de Constantinopla: él transfiere allí la residencia imperial y el senado. El episcopado griego, fuertemente inclinado a confundir el Estado y la Iglesia, reclama desde el 318 el segundo rango en la Iglesia para el Patriarca de Constantinopla, bajo el pretexto que la nueva capital del mundo, "la nueva Roma", tenía derecho en todos los órdenes a las mismas prerrogativas que la antigua. El principio así planteado estaba cargado de consecuencias. Un día se darían cuenta de ello.

Por otra parte, los griegos, justamente orgullosos de su civilización, habían siempre mirado con algún desdén la civilización latina. Cuando ésta cae bajo los golpes de los invasores Vándalos, Visigodos, etc., ¿cómo Bizancio, la reina de las artes, de la inteligencia, de la elegancia, no habría experimentado la más viva repugnancia en aceptar en materia de fe lecciones de esos Occidentales que habían caído, decían ellos, en la barbarie?

La Iglesia de Constantinopla arrastra con ella en el cisma a todas las Iglesias sobre las que ejercía su influencia o su jurisdicción, entre otras aquellas en las que sus misioneros apenas habían puesto los fundamentos.

Pero estas Iglesias, pronto o tarde, debían liberarse de su autoridad. Actualmente las Iglesias cismáticas de rito bizantino son todas independientes; la mayor parte son nacionales.

Entre las más importantes por su número, se cuentan:

1º La Iglesia del Reino de Grecia (Arzobispado de Atenas).

2º Tres Iglesias Melquitas, situadas en países árabes, pero más o menos mezcladas con griegos, los Patriarcados de Antioquía, de Jerusalén y de Alejandría. ("Melquita" significa "imperial". Este nombre les fue dado bajo Justiniano por los Jacobitas, porque ellos permanecieron fieles a la religión oficial del imperio).

3º Tres Iglesias Eslavas: Rusia, Serbia y Bulgaria.

4º La Iglesia Rumana.

5º La Iglesia de Georgia (que la Iglesia rusa había tratado de anexionarse).

Señalemos por curiosidad el Arzobispado del Sinaí, minúsculo (consiste en un monasterio y sus dependencias, no llega a 100 personas), muy célebre en Oriente y autónomo.

("Cahiers d'Action Religieuse et Sociale")

Hacia la Unidad del Oriente Cristiano

Algo de Historia.

DOS veces ya en la historia de los Concilios, después de la separación de Oriente y Occidente, se trató de la reunificación de los cristianos. En el segundo Concilio de Lyon (1274) el Papa Gregorio X y el Emperador de Bizancio Miguel VIII, que prefería la reconciliación a cualquier precio a la amenaza constante de otra ocupación de la capital por los latinos, llegaron a un acuerdo. Pero las conclusiones fueron rechazadas, a causa de nuevas exigencias, propuestas por un nuevo Papa menos conciliador que su predecesor.

Un siglo y medio más tarde, ante el peligro turco que amenazaba cada vez más inminentemente el Bósforo y la ciudad imperial, los griegos lanzan una urgente llamada a Roma, para reanudar las conversaciones. No esperaban más que el fin del Gran Cisma de Occidente (que dura desde 1378 a 1417) para recomenzar sus gestiones. Desde 1417 se hallaban en Constanza, es-

perando ofrecer con su actitud disposiciones favorable a la unión, un incentivo para una ayuda política. Cuando Eugenio IV sube al trono pontificio en 1431, da testimonio de los sentimientos más benévolos. Llega hasta a proponer a los Padres del Concilio de Basilea, en 1435, que las asambleas donde debía tratarse la materia de las reuniones se celebrasen en Constantinopla. Esto habría sido rendir un homenaje a la tradición conciliar oriental, y reconocer la importancia que los orientales la atribuían.

De hecho esto no resultó, y los griegos vinieron a Florencia donde la unión fue proclamada. Pero no fue ratificada ni por el pueblo de Constantinopla, ni por el clero de la ciudad, que rechazó sus cláusulas. El terreno no había sido preparado. Menos de quince años después, la ciudad imperial era tomada por los Turcos y el imperio bizantino se hundía para siempre. La desaparición del emperador, que era al mismo tiempo un personaje eclesiástico importante —el más importante después del Papa en la cuestión de la unidad— haría de aquí en adelante cesar los contactos unionistas, y las Iglesias Orientales se volverían cada vez más autocéfalas e independientes.

El próximo Concilio.

Mas, he aquí que el Papa, consciente del movimiento general que toma cuerpo desde hace algunos años en las diferentes partes del mundo cristiano, no católico sobre todo, en favor de la unidad, propone hoy recurrir a la colegialidad total de la Iglesia y celebrar un Concilio, uno de cuyos principales objetivos será la unión de los disidentes.

Decisión valiente, audaz, que se podría creer temeraria, si el gran artista de la Unidad, el Espíritu Santo, no estuviera siempre en la Iglesia y no dirigiera los momentos de su crecimiento y su desenvolvimiento. Temeraria, también, quizás, si no viéramos desde hace casi treinta años, un gran número de confesiones protestantes, cansadas de estar separadas, acercarse las unas a las otras, y acercarse también a las Iglesias Ortodoxas para unirse bajo el patronaje de un organismo interconfesional, llamado Consejo Ecuménico de las Iglesias. Un gran deseo de unidad levanta y trabaja a los cristianos divididos, que están cansados de estar separados, y, dándose cuenta del carácter anticristiano de su división, caminan hacia una unificación.

Consciente de este movimiento, y no queriendo dejarse aventajar, el Santo Padre pone un acto solemne, testimonio de su voluntad de trabajar, él también, eficazmente, por la unidad de todos y de poner en común con sus hermanos en el Episcopado las luces divinamente repartidas en la Iglesia para hacer cesar las divisiones.

Las circunstancias son, ciertamente, mucho más favorables que en Lyon en 1274 y en Florencia en 1439; por otra parte, en siete siglos se ha evolucionado de tal manera en las dos partes —sin contar las roturas que se han venido a añadir a las primeras— que es hoy bien difícil restablecer la armonía.

Se está todavía muy poco informado del método que propondrá el Santo Padre para llevar a cabo las negociaciones de reunión: es necesario esperar antes de hablar en términos claros. No obstante, al colocar este punto en el primer plano de su programa, y al colocarle bajo el signo del conciliarismo, él alineó, por así decirlo, al mundo católico en las mismas posiciones en que se encuentran en este momento la mayor parte de los que, además de nosotros, llevan el nombre de cristianos y buscan unirse.

El Próximo Concilio Ecuménico y las Iglesias Separadas

¿Invitará el Papa a los Jefes de las Iglesias Disidentes?

EL próximo Concilio Ecuménico tiene inscrito en su programa La Unión de las Iglesias. Eso mismo plantea una cuestión delicada. ¿Invitará Juan XXIII a este Concilio a los jefes de las Iglesias disidentes?

Ciertamente invitará a los obispos de las *Iglesias Orientales* que el cisma ha separado de la comunión romana. Pío IX les había invitado al Concilio Vaticano, que sin embargo tenía un objeto bien distinto. Ellos se negaron a venir. Pero en otro tiempo, como ya hemos indicado, los obispos griegos habían asistido al Concilio de Lyon y al de Florencia.

Las *Iglesias Protestantes* no tienen todas a su cabeza obispos: por ejemplo, las Iglesias "reformadas" de Francia. Y ninguna tiene obispos a los que la Santa Sede les reconozca la consagración como válida, ni siquiera la Iglesia Anglicana (Cf. León XIII, Carta Apostólica del 13 de septiembre de 1896). En consecuencia ningún protestante sería admitido a sentarse en el Concilio. Pero es muy probable, si no cierto, que Juan XXIII dirigirá a los protestantes un mensaje "paternal", como lo había hecho Pío IX en vísperas del Concilio Vaticano, pidiéndoles unir

sus oraciones a las suyas; y quizás pedirá también a las principales Iglesias protestantes (no a todas, ¡son demasiado numerosas!) enviar al concilio sus delegados. Estos delegados no se limitarían al rol de observadores; tomarían parte, con los prelados y los teólogos acreditados por la Santa Sede, en conferencias irénicas y "fraternales" con el fin de llegar a una mejor comprensión mutua, y de crear un clima favorable a futuras aproximaciones.

Esperanzas y temores.

No nos dejemos engañar por ilusiones. Esta unión *no se realizará probablemente tan pronto.* No podría consistir en una confederación de Iglesias separadas, profesando cada una su propio *Credo,* reivindicando cada una su autonomía absoluta. Exige imperiosamente la unidad de la fe. Requiere también unidad de gobierno. "Una fides, unum ovile, unus pastor". Una fe, un rebaño, un pastor.

Entre la *Iglesia Romana y las Iglesias Orientales* las oposiciones doctrinales no se plantean más que sobre algunas puntos, y son quizás todas más aparentes que reales. Pero los griegos no están más dispuestos que los luteranos o los calvinistas a reconocer la supremacía y la infalibilidad del Papa. Consentirían a lo más (lo mismo que los Anglo-católicos) en atribuirle una supremacía de honor.

Ahora bien, *las divergencias doctrinales entre católicos y protestantes* (exceptuados un pequeño núcleo de Anglo-católicos y algunos otros) son muy profundas, y los protestantes se dividen ellos mismos en confesiones innumerables. Es obvio afirmar que la Iglesia Católica no puede negar ninguno de sus dogmas. Por su parte, los protestantes están celosamente unidos a ese principio del libre examen, según el cual cada cristiano debe interpretar la Biblia conforme a su inspiración personal. (1)

Reacción de las Iglesias Orientales.

La primera postura oficial se registró el 27 de enero pasado, en Damasco, con el documento publicado por su Beatitud el Patriarca ortodoxo de Antioquía y de todo Oriente, Teodosio VI, que dice así:

"La respuesta ortodoxa universalmente válida será la que se dé según la decisión tomada por el consejo panortodoxo compuesto por los representantes de las Iglesias autocéfalas del mundo entero. No obstante, esto no impide que una iglesia autocéfala como la de Antioquía pueda pronunciarse sobre la convocación del Papa Juan XXIII".

Esta respuesta es la siguiente: El Concilio así convocado ha de estar presidido por el Papa en su calidad de "primero entre sus iguales", sobre la base de los principios de la fe, de la doctrina y de las tradiciones en uso dentro de la Iglesia indivisible, antes de la salida de la Iglesia de Roma del conjunto de la cristiandad, que estuvo dirigida hasta los días de la separación por los cinco Patriarcas de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

Otro jerarca de la Iglesia de Alejandría, el Metropolita Antonio Bashir, residente en New-York y cuya jurisdicción se extiende por toda la América del Norte a los ortodoxos originarios del Medio Oriente, declaró el pasado 26 de enero lo siguiente:

"No veo razón por la cual las Iglesias apostólicas deban estar divididas. Sólo existe una Iglesia apostólica, y sus divergencias pueden ser arregladas en un Concilio Ecuménico. Pero la única base para la unidad es el retorno al acuerdo reinante antes del gran cisma de 1054. Hemos de estudiar dónde estaban entonces el dogma y la doctrina, estudiar el fundamento de nuestras creencias y rechazar lo añadido que nos divide desde entonces."

Después del Mensaje de Navidad del Arzobispo Atenagoras, en respuesta al Mensaje de Navidad de S. S. Juan XXIII (1), el secretariado del Patriarca de Constantinopla no ha hecho ninguna declaración oficial. Pero la prensa ha recogido las declaraciones de un teólogo del patriarcado, quien ha calificado de "cosa excelente" el proyecto del Papa.

"Si la proposición del Vaticano tiende a someter la Iglesia ortodoxa al Papa —ha añadido— no ha de tomarse en consideración. Pero, si se trata de realizar la unidad en el seno de la Iglesia y de lograr la comprensión mutua verdadera, entonces se ha de escuchar".

La Associated Press recogió por su parte, en El Cairo, una declaración del padre Abd El Messih, secretario del Patriarca copto de Alejandría. El padre declaró que la idea del Papa Juan XXIII es maravillosa, pero duda que tenga éxito a causa de las divergencias entre las confesiones cristianas. Después de afirmar que la Iglesia copta, fundada por San Marcos en Alejandría, el año 67, es la Iglesia original de la cual se separaron las otras, incluso la católica, el padre Abd El Messih añadió que si debe haber cambios, éstos han de tener que introducirse en las Iglesias disidentes, nunca en la principal.

Los protestantes y los anglicanos.

En Francia, el pastor Marc Boegner, antiguo presidente del consejo ecuménico declaró a la prensa que si todas las grandes confesiones separadas de la Iglesia romana son llamadas para participar en el Concilio, éste marcará un progreso capital. En caso contrario, el concilio empeoraría la situación, en vez de conseguir un acercamiento.

En Ginebra, el doctor Visser t'Hooft, secreta-

(1) Cahiers d'Action religieuse et sociale, 15 de febrero 1959, pp. 102 y 105.

(1) Véase "**Mensaje**". Mayo de 1959, p. 155.

rio general del Consejo Ecuménico, hizo la siguiente declaración a la prensa:

"El Consejo ecuménico de las Iglesias existe para ofrecer la posibilidad de que se manifieste la unidad esencial de la Iglesia de Cristo. Por ello concede gran interés a toda iniciativa que tenga por objeto la unidad, tanto si proviene de una de las Iglesias del Consejo como de otra fuera de él.

"Todo depende del modo con que se convoque el Concilio y del espíritu con que se presente la cuestión de la unidad cristiana. Según las primeras noticias se trataría de "buscar conjuntamente las bases para un retorno a la unidad". Otros comunicados posteriores sólo mencionan una invitación, dirigida a las comunidades separadas, a buscar la unidad. Hay una diferencia considerable entre ambas declaraciones. Por ello no nos es posible pronunciarnos con certeza mientras no se nos den explicaciones complementarias. El Concilio ecuménico se ha ceñido siempre, y se ceñirá, al método que permita a las Iglesias encontrarse y conferenciar a fin de decidir, de mutuo acuerdo, qué medidas han de ser tomadas en vista de la unión de las Iglesias".

Por su parte, el Doctor Lilje, obispo luterano de Hannover y presidente de la Federación luterana de Alemania, declaró que la convocación de un concilio puede ser un acontecimiento capital para la vida interior de la Iglesia Católica. Pero opina que este concilio es sólo competencia de las Iglesias que dependen de la Santa Sede, por lo que considera inverosímil que cualquiera de las Iglesias protestantes pueda ser invitada a participar en él.

Del lado anglicano, las personas que rodean al doctor Fisher, Arzobispo de Cantorbery, se han negado a hacer comentarios.

En cambio el reverendo Waddams, secretario del Consejo para los asuntos exteriores de la iglesia anglicana, ha sido algo más explícito, diciendo que si se recibiese una invitación aceptable, que permitiese dar un paso constructivo hacia una cooperación entre la Iglesia Católica y las demás iglesias cristianas, sería muy bien acogida ciertamente.

En New York, el doctor Edwin Dahlberg, presidente del Consejo Nacional de las Iglesias americanas, que abarca 33 grupos protestantes y ortodoxos, declaró que cuanto constituya un paso hacia la unidad de las iglesias estaría bendecido por Dios, y sería bien recibido por todos. Pero tiene que dejarse bien sentado que se trata de un encuentro mutuo y no de la imposición de condiciones por una Iglesia a las demás. Tal es también la posición del presidente de la Iglesia metodista de Londres.

Contrariamente, el doctor Mc Intyre, presidente del Consejo internacional de las iglesias cristianas (minoría intransigente opuesta al Consejo ecuménico de Ginebra), ha declarado que "las verdaderas fuerzas del protestantismo no pueden ni querrán cooperar con el Papa para la reunión de un concilio ecuménico. Las doctrinas históricas de la reforma prohiben todo compromiso con la Iglesia romana y la formación de una Iglesia única para el mundo entero".

Para terminar, Billy Graham estima que una reunión de los católicos y protestantes continúa siendo imposible en un futuro próximo, a causa de la importancia de las diferencias teológicas y eclesiásticas, lo cual no debería ser un obstáculo para luchar en común contra las fuerzas del mal y de la ignorancia. (1)

Los protestantes chilenos.

También en nuestro país se han conmovido las comunidades protestantes ante la convocación del nuevo Concilio ecuménico. Recientemente se han publicado entrevistas con los principales jefes de las iglesias protestantes chilenas. Recojemos las siguientes impresiones: Manuel Umaña Salinas, pastor y Obispo de la iglesia metodista pentecostal, que cuenta en Chile con 50 mil fieles, habló así al diario "Las Ultimas Noticias":

"Considero muy favorable y oportuna la iniciativa del Papa. En primer lugar podremos conversar en un plano de igualdad los representantes de todas las iglesias y sabremos así qué objetivos busca la Iglesia católica y las proyecciones de esta invitación. En todo caso, y esto lo digo a título personal, yo soy partidario de un entendimiento unitario de todas las iglesias, manteniendo cada una de ellas sus propios ritos y ceremonias. Cuando se conozcan más detalles se podrá dar una opinión más amplia." (2)

Horacio González, secretario permanente de la Iglesia presbiteriana declaró a su vez:

"La Iglesia presbiteriana, como todas las Iglesias que tienen su origen en la Reforma, es francamente partidaria de un entendimiento entre todas las ramas del cristianismo, porque queremos ser fieles a lo que dijo Jesús: "Sed uno para que el mundo crea".

"Evidentemente, este entendimiento tendrá que responder a principios fundamentales del cristianismo, tales como el derecho al libre examen, el derecho al juicio privado, a la plena libertad de conciencia y, por tanto, deberá contemplarse el derecho inalienable de interpretar las Sagradas Escrituras, base del cristianismo, según la conciencia de cada creyente a la luz del espíritu de Cristo.

"Estimo que si este principio es respetado, será posible un leal entendimiento y, por el contrario, si este principio fundamental no es tenido como básico, no creo posible un real entendimiento. Esto sería perjudicial no solamente para las Iglesias que forman el cristianismo, sino para la humanidad misma." (3)

Los Metodistas son menos numerosos en Chi-

(1) "Orbis Catholicus", abril 1959.
(2) "Las Ultimas Noticias", 2 de julio de 1959.
(3) "Las Ultimas Noticias", 2 de julio de 1959.

le. Su número se calcula en unos 25.000, pero se distinguen por su extensa labor en el campo educacional. El señor Pedro Zottele, pastor de la iglesia metodista chilena, y presidente del Concilio evangélico de Chile, dijo, refiriéndose al Concilio convocado por S. S. Juan XXIII:

"Esta medida es, esencialmente, de tipo político. El peor enemigo de la Iglesia Católica es el comunismo y viceversa. La unidad de todas las ramas del cristianismo, sin lugar a dudas, crearía un muro de contención de la expansión comunista. No negamos que el peligro rojo se cierne sobre todas las iglesias; de ahí que encontremos favorable un entendimiento entre todas las ramas del cristianismo para defender la libertad religiosa.

"La conversación de mesa redonda que propone el Papa Juan XXIII es digna de aplauso. Así aclararemos posiciones y buscaremos la fórmula de convivir sin guerrillas ni persecuciones como aún, en pleno siglo XX, ocurre en algunos países.

"Este entendimiento debe ser sobre bases muy amplias y libres. Nosotros, por ejemplo, no aceptaríamos de ningún modo al Papa como jefe espiritual. Para nosotros solamente existe un Pastor, que es Cristo. Pero eso no quita, en ningún caso, que se puedan establecer algunos puntos de contacto y normas de entendimiento entre la Iglesia Católica y las iglesias evangélicas." (4)

El levantamiento Tibetano

UN acuerdo firmado el 23 de mayo de 1951 entre un grupo de dirigentes tibetanos y una delegación del Gobierno central de Peking ponía fin a la abierta resistencia del Lhassa contra la invasión china. En las cláusulas de este acuerdo las reivindicaciones tibetanas a la independencia se colocaban en la categoría de "actitudes antipatrióticas respecto a la Patria", en tanto que las relaciones exteriores y la defensa competían exclusivamente a China. Ésta, por su parte, se comprometía a respetar la autonomía interna del Tibet, sus estructuras sociales y sus libertades religiosas y a no intervenir en la administración de los monasterios.

Sin embargo, sólo después de haber firmado con Nehru un acuerdo que solucionaba los problemas planteados por la nueva situación, el Gobierno de Peking tomó algunas medidas para dar una fachada de autonomía al país. En abril de 1956 fue creado el Comité preparatorio de la Región autónoma del Tibet con el Dalai Lama como Presidente y el Panchen Lama como primer Vicepresidente. El Comité estaba además compuesto de 51 miembros escogidos entre los funcionarios chinos, los partidarios del Dalai y del Panchen, la aristocracia tibetana y los habitantes de la región de Chamdo. Todos los miembros del Comité y sus órganos se nombraban con la aprobación del Consejo de Estado de Peking, y el poder se encontraba de hecho en manos del segundo presidente, el General Chang Kuo-Hua, comandante del Ejército chino en el techo del mundo.

Se sobreentendía que la autonomía interna no significaba estagnación; al contrario, el pueblo debía tomar la iniciativa de reformas... espontáneas que el Comité se obligaría a aplicar en colaboración con él. Para hacer evolucionar el pueblo en la vía nueva, Peking podía contar con el Panchen Lama y con el conjunto de personas que él había traído de China, con los numerosos jóvenes y los 2.000 niños tibetanos vueltos a su país después de permanencias de adoctrinamiento en la República Popular. Inútil es advertir que el cine y el teatro, la radio y la prensa se convierten, desde la ocupación, en instrumentos de propaganda utilizados a fondo.

Aparte de la minoría mencionada más arriba, la mayoría de los dirigentes tibetanos respondieron a la anexión de su país con tácticas de retardo y una cooperación restringida. La masa del pueblo, lejos de colaborar con los chinos, se mantiene lo más posible aparte y desde 1956 comienza una rebelión en la región del Yangtse superior. La reforma agraria, la imposición de impuestos sobre los conventos de lamas, sobre las cosechas y sobre el ganado crearon aquí un estado de exasperación y de pánico general que se extendieron a todo el país. Gran número de habitantes parten hacia el oeste llevando a todas partes una atmósfera de inquietud. Naturalmente, los chinos desmentían que esta rebelión y sus consecuencias, fueran una demostración de resistencia nacional; atribuían la causa a las actividades de "algunos propietarios feudales" de la región tibetana de Suchuen incorporada a la China propiamente dicha en octubre de 1955.

Sin embargo, desde esta época, diversos voceros oficiales reconocen que los autóctonos sentían un resentimiento contra el personal chino del Tibet, que tenían razones para esto, y que la transformación del Tibet según el modelo chino debería ser retardada. Tomando más tarde la palabra en la conferencia política del pueblo chino un funcionario tibetano afecto a Peking anunciaba: "Mao Tse Tung acaba de dar orden de que las reformas del Tibet no se introduzcan durante el período del Segundo Plan Quinquenal (1958-1962); su introducción o su suspensión durante el tercer plan quinquenal dependerá de los deseos del pueblo" (Diario del Pueblo, 23 de

(4) "Las Ultimas Noticias", 2 de julio de 1959.

marzo, 1957). El general Chang Kuo-Hua, en un discurso pronunciado en Lhassa en una reunión popular, el 22 de abril, anunciaba la decisión de retrasar la aplicación de las reformas: las condiciones previas esenciales —su aceptación por el pueblo y su apoyo por la nobleza— no eran suficientemente evidentes.

El general Chang Kuo-Hua recordaba, sin embargo, con energía que "el Tibet debe tomar la vía del Socialismo... Solamente de esta manera la nacionalidad tibetana puede llegar a un alto grado de evolución y desarrollo político, cultural y económico". Se advertía además al auditorio "que debía estar constantemente en guardia contra las actividades subversivas de los elementos imperialistas, y contra las actividades rebeldes de los separatistas dirigidas contra la Patria".

Los comunistas chinos no emplearon esta táctica de temporización más que para desarrollar un dispositivo de dominio y subyugación total del Tibet. Colonizan el este del país con una importación masiva de habitantes —se habla de 4 ó 5 millones—, las masas populares estaban hambrientas, sobre todo los Khambas, que se encuentran en abierta sublevación desde el verano pasado, después de la confiscación de sus comercios y sus tierras. Las carreteras que unen China y Tibet estaban cortadas en muchas partes; golpes de mano efectuados en ciudades secundarias tenían a las fuerzas chinas en un continuo alerta. Los escondites de armas de los monasterios se abrían en beneficio de las guerrillas. Estas infligían golpes muy duros a las fuerzas comunistas, hasta en las cercanías de la capital.

Mientras tanto, los chinos habían decidido dividir el país en tres zonas: el Tibet Central bajo el control del Dalai Lama; el Tibet Occidental bajo el del Panchen Lama; el Tibet Oriental, patria de los Khambas, bajo el de los comunistas chinos. Esta medida, de gran envergadura política, habría asegurado la supremacía efectiva de China sobre el Tibet. Ante esta perspectiva se reunía el gabinete tibetano en febrero para discutir la situación. El 12 de marzo, decidía acceder a los deseos del Dalai Lama, y proclamaba la independencia política del país.

Es conocida la continuación: la masa del pueblo, los monjes y las guerrillas unen sus fuerzas para expulsar a los chinos. Estos, apoyándose en sus unidades motorizadas, en su aviación y en su artillería, reducen a cenizas el palacio de verano del Dalai Lama y varios monasterios. Aplastan la sublevación de la capital en un baño de sangre. El Dalai Lama conseguía, sin embargo, huir hacia Assam, acompañado de cuatro ministros y de varios centenares de guerrilleros. A pesar de las enormes fuerzas lanzadas en su persecución, consigue refugiarse en la India, y sus partidarios, que son dueños de la tercera parte del territorio tibetano, han formado un gobierno provisional, del cual él es cabeza.

Es difícil establecer por el momento el balance, ni aún provisorio de esta revolución. A las inmediatas, los patriotas tibetanos sufrieron una derrota, pero, además de que la rebelión se ha implantado de una manera definitiva en el Tibet, la hipocresía de la China comunista se ha visto expuesta a los ojos del mundo, y la India está obligada a dar sobre estos hechos un juicio práctico que puede tener consecuencias muy graves.

Es evidente para todo el mundo que la República Popular China ha hecho caso omiso de sus promesas más solemnes a los tibetanos. Se van a abrir los ojos de las masas indias, orientales y africanas. La pretensión china de liberar los pueblos de color del dominio altanero de los imperialistas, se desvanece ante su trato a los tibetanos. Las hogueras gigantescas donde quema por miles los cadáveres de los monjes, de los campesinos y de los nómadas que no buscaban más que vivir en paz, evocan en todas partes la comparación con Budapest; los peores excesos de los colonialistas palidecen ante estas llamas.

De hecho, la "pérdida de faz" que el levantamiento en masa del Tibet ha significado para Peking, ha llevado al gobierno a declarar que el Dalai Lama ha sido llevado, contra su voluntad, por un grupo de bandidos. Esta mentira no engañará a nadie: ni a sus autores, ni a los pueblos afroasiáticos, a quienes está destinada. Las posibilidades de la república de ser reconocida por otros gobiernos, y, *a fortiori*, de ser admitida en la O.N.U., han vuelto a descender hasta su nivel más bajo. En el interior mismo de China, la esperanza y el optimismo de los rebeldes, activos o en potencia, ha recibido un latigazo estimulante, y los voceros del gobierno han reconocido su existencia.

MAURICE QUÉGUINER.

(*Études*. Mayo 1959).

El VII Festival Mundial de la Juventud

CADA nuevo Festival Mundial de la Juventud patrocinado por los comunistas ha ofrecido amplias pruebas de ser guiado firmemente por Moscú. Pero los preparativos en curso para el festival de este año —que debería tener lugar en *Viena del 26 de julio al 4 de agosto*— indican que ha sido asignado un nuevo e importante encargo a esta reunión de la juventud.

Mientras los festivales precedentes tenían la misión genérica de reclutar jóvenes para la causa comunista, de denigrar al Occidente y de obtener el apoyo para la política exterior de la

Unión Soviética, se le ha confiado evidentemente a la reunión de 1959 una tarea bien definida: la de granjearse a la juventud de los países subdesarrollados.

Los seis Festivales precedentes.

Los seis festivales precedentes —con la sola excepción del primero— fueron tenidos en países del otro lado de la Cortina de Hierro: Praga, 1947 (antes del golpe de Estado Comunista); Budapest, 1949; Berlín Oriental, 1951; Bucarest, 1953; Varsovia, 1955; Moscú, 1957. El festival de Viena, además de romper esta tradición, será también más breve que los anteriores: 10 días en vez de dos o tres semanas.

Los patrocinadores del Festival.

Como en los casos precedentes, el festival de Viena está patrocinado por la Federación Mundial de la Juventud Democrática, FMJD, y por la Unión Internacional de los Estudiantes, UIE. Estas dos organizaciones fueron establecidas después de la IIª Guerra Mundial con el apoyo de los jóvenes de los países Occidentales, sinceramente convencidos de que fundaban organizaciones apolíticas que reunirían a jóvenes y estudiantes de todas las razas, países y credos religiosos. Pero muy pronto los comunistas se apoderaron de los puestos claves de ambas organizaciones y las transformaron en órganos de propaganda en favor de la Unión Soviética. En 1950, la posición de los no comunistas había llegado ya a ser insostenible, y ellos se separaron para formar dos nuevas organizaciones: la Asamblea Mundial de la Juventud (WAY) y el Secretariado Coordinador de las Uniones Nacionales de los Estudiantes (COSEC).

Dado que estas organizaciones juveniles realmente democráticas se mantienen lejos de estos festivales, la Federación Mundial de la Juventud Democrática y la Unión Internacional de los Estudiantes han tratado de disimular su patrocinio confiando la responsabilidad organizativa a un Comité Preparatorio Internacional. Pero el control efectivo está en manos de un grupo de organizadores comunistas expertos, reunidos bajo el nombre de Comisión Permanente del C.P.I., que ha establecido un Secretariado del Festival en Viena, mientras parte del trabajo es realizado también en las sedes centrales de la F. M. J. D. y de la U. I. E., en Budapest y en Praga.

El resto del C. P. I. se compone de representantes de los comités nacionales y de organizaciones internacionales, en su mayor parte comunistas o "compañeros de viaje"; algunos no comunistas, ordinariamente representantes de grupos deportivos o culturales, son también incluídos para dar una impresión de respetabilidad. Estos últimos no tienen ningún influjo.

Afirmaciones reveladoras.

Los verdaderos progenitores de los festivales se han revelado. Escribiendo en la *Komsomolskaya Pravda* del 14 de agosto de 1958, el Secretario del Comité Central del Komsomol, N. Mesyetsev, afirmaba:

"Los festivales internacionales han llegado a ser una importante tradición del movimiento juvenil internacional... Estas reuniones contribuyen a la consolidación de las fuerzas democráticas de la juventud en países capitalistas o coloniales y las convencen de que sólo con la lucha común es posible preservar la paz sobre la tierra y garantizar un mejor futuro para la juventud. A cada nuevo festival, otros millones de jóvenes de todos los continentes del globo afluyen a las filas de la Federación Mundial de la Juventud Democrática y de la Unión Internacional de los Estudiantes."

Los participantes en el Festival.

Estas campañas iniciadas por la Unión Soviética se reflejan en la fuerza numérica de cada uno de los contingentes nacionales que participarán en el festival de Viena. *Mientras el total de los participantes extranjeros bajará de* 34.000 *(Moscú, 1957) a* 17.000, *el total de los participantes afro-asiáticos será duplicado,* alcanzando la cifra de 3.700 y el de los participantes de la *América Latina será casi triplicado,* llegando a 1.400. Y mientras los otros participantes deberán pagarse por lo menos el viaje, la mayor parte de los visitantes afro-asiáticos y de la América Latina serán completamente subvencionados y quedarán sometidos por lo tanto a una intensa propaganda en Viena, con la esperanza de que regresen a los países respectivos como defensores de la política soviética.

Teóricamente, la participación en el Festival de Viena es libre para todos los jóvenes de 14 a 32 años, cualquiera que sea su nacionalidad, raza, religión o afiliación política, pero puesto que las solicitudes de admisión deben ser presentadas a cada Comité Nacional, la elección queda en manos de los Comunistas. El efecto del control comunista aparece claramente indicado en las asignaciones de las cuotas para el festival de Viena. La importancia de los contingentes occidentales —aquellos que ejercitaron un influjo tan inesperado en el festival de Moscú— ha sido reducida en modo absolutamente desproporcionado a la reducción general del 50 por ciento de todos los participantes. La cuota de Gran Bretaña, por ejemplo, ha sido reducida de 1.800 a 500 participantes; esto hará más fácil la eliminación de los no comunistas y el grupo quedará compuesto casi enteramente de comunistas, "compañeros de viaje" o "neutrales" fácilmente influenciables. A la República Arabe Unida se le han asignado 600 puestos, pero Turquía, miembro de la alianza defensiva occidental, ha conseguido sólo 30. Argelia, con una población de 10 millones de habitantes, enviará 100 participantes al Festival; mientras Irán, pro-Occiden-

tal, con sus 18 millones de habitantes, enviará sólo 50.

Frente a estos dos grupos de naciones, las delegaciones oficiales —oficiales en todos los sentidos de la palabra— de los principales países comunistas son imponentes: URSS, 800; China, 600; Alemania Oriental, Checoeslovaquia, Polonia, 550; Rumania y Hungría, 500; Bulgaria, 450. Y se tienen pruebas de que cada delegado comunista ha sido seleccionado con cuidado.

No se puede negar que el programa de los anteriores festivales ha sido imponente —hay en ellos siempre algo para todos y los comunistas son muy hábiles en obligar aun a los más recalcitrantes a participar. Desgraciadamente, hasta los acontecimientos aparentemente más inofensivos— teatro, canto, danza, programas de música clásica y de jazz, concursos deportivos, exhibiciones de cuadros, de escultores, de fotografías— tienen sus finalidades propagandísticas. Los artistas dejan una gran impresión y sólo más tarde el visitante descubre que se trataba de profesionales. En los concursos deportivos organizados durante el festival de Moscú, los participantes soviéticos fueron con mucho superiores a todos, puesto que muchos de ellos eran campeones olímpicos; las otras naciones habían presentado equipos de aficionados integrados al azar.

Se obtiene un efecto político más directo durante las numerosas demostraciones, asambleas o reuniones de masa. Muchos visitantes no comunistas no se dan cuenta que su participación a estas distracciones es considerada generalmente como una aprobación suya a la política comunista expuesta por los oradores comunistas, aun en el caso de que no estén ni siquiera en capacidad de entender lo que se dice. Otro aspecto político de estos festivales es el gran número de grupos de discusiones, seminarios para estudiantes y reuniones dedicadas a ramas de estudios especializados, en las cuales una hábil dirección asegura que sean discutidos sólo los temas escogidos por los comunistas.

Las protestas del mundo libre.

Como era inevitable, la decisión de Austria de permitir que el festival de 1959 se tenga en Viena ha desencadenado un torbellino de protestas, especialmente por parte de las mismas organizaciones juveniles austríacas. El 11 de junio de 1958, la Federación Juvenil Austríaca —que representa todas las organizaciones juveniles con excepción de la comunista— anunció que las entidades afiliades y los miembros privados se habían pronunciado contra la participación al festival a causa de su carácter comunista.

La Federación de los Estudiantes Austríacos no solamente va a boicotear el festival, sino que también tomará "medidas concretas contra el mismo".

El 13 de diciembre de 1958, Radio Viena anunciaba que numerosas organizaciones juveniles austríacas —políticas, universitarias, escolares, religiosas, industriales, deportivas y escuelas— habían formado un comité denominado "Vida Joven", con el fin o de impedir el desarrollo del festival en Viena o de emplear todos los medios legales para informar a los visitantes del festival acerca de sus verdaderos fines. El Comité ve en el festival —a causa de su "carácter político unilateral"— un grave ultraje a la hospitalidad de Austria neutral".

Recientemente una impresionante "marcha del silencio" a través de Viena, reunió a más de 35.000 jóvenes. Además del "elocuente" silencio de esta marcha a la vera del Rin, la juventud austríaca expresó sus ideas mediante mudos cartelones, que portaban los manifestantes, con las siguientes leyendas: "QUE LAS JUVENTUDES DE ÁFRICA, AMÉRICA LATINA Y ASIA ESTÉN PRECAVIDAS FRENTE AL LOBO DISFRAZADO CON PIEL DE CORDERO".

¿No será bueno que las organizaciones juveniles de toda América Latina imiten la valiente actitud de los jóvenes austríacos, nuestros hermanos en la fe y en los ideales? ¿No será posible que informen a la opinión pública sobre el verdadero fin de estos "festivales"?

Legión de María

MATICES y tonalidades diversas entre los diversos movimientos apostólicos han formado una gama completa dentro del único gran apostolado que es el de la Iglesia de Cristo. Es, sin duda, una conquista más, aunque no realizada plenamente aún, por la Iglesia de nuestra época.

Entre lo que fue el primer cuarto de este siglo y lo que ha sido el segundo, hasta la fecha en que estamos, ya puede apreciarse cual sea su diferencia.

Desde que el Romano Pontífice llamara oficialmente a los laicos a tomar parte en el apostolado de la Acción Católica, cambió radicalmente el concepto del bautizado, que hacía a los católicos indiferentes a toda iniciativa apostólica. Rompió el marco de la Iglesia creyente y se pudo cambiar la personalidad cristiana del laico, transformándolo en celoso militante y colaborador de la Iglesia jerárquica.

También ha sido preciso de parte del sacerdote una adaptación al seglar, hasta de nuestra forma de predicar y de organizar el aposto-

lado, especialmente parroquial, de acuerdo con el sentir de nuestros feligreses.

Falta aún mucho para llegar a acortar, en algunos casos, esa distancia, quizá más bien aparente que real, que a veces se advierte entre el sacerdote y los fieles o entre los que militan en un grupo y los de otro.

Entre los muchos movimientos de apostolado seglar, quiero destacar en este trabajo la Legión de María.

No es una asociación más, como tantas veces se cree, ni es una cofradía piadosa tampoco. Los legionarios tienen como ideal, servir a la Iglesia, bajo la dirección del Párroco y del Obispo, en cualquier obra de apostolado o de acción social.

Su origen tuvo lugar en Dublín, capital de Irlanda, en la víspera del 8 de Septiembre de 1921, fiesta de la Natividad de la B. V. M. y se inspira en la Legión de la antigua Roma, de la cual quiere imitar su lealtad y disciplina.

Su semejanza con María, organizada y fuerte como un ejército en orden de batalla, es el medio más eficaz para glorificar al Señor y hacerlo llegar a todas las almas. Por eso su espiritualidad y su acción están impregnadas de amor mariano.

Sobre todo, la virtud que resalta en Ella y que la Legión de María anhela realizar es su fe, verdaderamente intrépida, con la cual será posible emprender cualquiera obra por Dios y por las almas.

María es la "Esclava del Señor" y por lo tanto, la Legión anhela servir, sin omitir sacrificios. Emprendida una obra debe realizarla hasta el fin. La Legión pide a sus socios fe sin vacilaciones, esfuerzos constantes; no genio y talento, sino amor insaciable y disciplina férrea. Pero, sobre todo, la Legión está cimentada sobre una gran confianza en Dios y en su amor por nosotros. Después de Dios, su más firme arraigo está en Aquella que, como dice S. S. Pío IX es "el portento inefable del Altísimo".

Seglares imbuídos del espíritu sacerdotal, que sientan interés por la Iglesia y su misión sobre la tierra, no pueden ponerse en otras manos que las del sacerdote; y en tanto grado éste mostrará ser verdadero pastor cuanto más hábilmente maneje dicha organización.

Cuán importante es, por lo tanto, que muy cerca de los seglares y alentados por su ejemplo y su espíritu se encuentre el sacerdote, mejor dicho, el Párroco.

Al ocuparnos de la Legión de María, debemos recalcar la trascendencia que tiene para la buena marcha del "Præsidium", célula de todo el movimiento legionario, que el Director espiritual asista, a ser posible, semanalmente a las juntas.

Este acto de comunidad, donde se coloca invisiblemente, en medio de los legionarios, María, la Virgen fiel a su promesa, está revestido de espíritu sobrenatural por la oración y el amor fraternal.

Es allí adonde a cada legionario se le asigna un trabajo para la semana y, a la vez, se da cuenta del trabajo realizado, de dos en dos.

Pero no todos los miembros de la Legión son activos; hay también una buena porción de socios auxiliares, cuya misión es orar cada día, ofreciendo el rosario y algunas breves oraciones por los intereses de la Legión. Sin embargo, aunque no deben asistir a la junta semanal del Præsidium, la cual es secreta por motivos obvios, se les invita a todas las demás reuniones espirituales o de otro tipo, que celebra la Legión, por ejemplo, al retiro anual del movimiento o de sectores en que se dividen los praesidia, según las curias a que se hallan afiliados.

La reunión principal del año es el "Acies", especie de revista militar, en que los legionarios renuevan su consagración, individual y colectivamente, a María, con las palabras de ritual: "Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía, y cuanto tengo tuyo es".

Como otros movimientos católicos, la Legión de María se vale de símbolos. El "Vexillum" legionario es una adaptación del que usaba, precisamente, la Legión Romana. Todo el conjunto representa la idea de que el mundo ha de ser conquistado por el Espíritu Santo, obrando por medio de María y sus hijos.

¿Todo esto a qué obedece? A hacer la Legión más universal y a evitar singularidades. Lo dicho tiene igual aplicación a las oraciones y demás prescripciones contenidas en el Manual, verdadero tratado de vida interior y código, al mismo tiempo, de la Legión de María.

Hace alrededor de siete años llegó hasta nosotros una enviada de Dublín, Hermana Joaquina Lucas, de nacionalidad filipina, con la misión de extender la Legión de María en la América Latina. Este año se recibirá la visita de un nuevo enviado, Hermano Lynch, quien llegará el próximo mes de agosto.

Al presente, existe el "Comitium", del cual es Director espiritual el R. P. Juan B.Castaño, O. P., y tiene por sede el convento de S. Domingo. Dependientes de él se han creado ya cuatro curias (tres de adultos y una juvenil), en Santiago y varias en provincias: Rengo, Linares, Chillán, Temuco e Illapel. Todos estos consejos están integrados por 132 Præsidia afiliados, con una totalidad de 1.310 socios activos y 6.260 auxiliares.

Ultimamente se dirigieron al norte, a Illapel y La Serena, tres Legionarias de la Curia de Ñuñoa, quienes acompañaron a los Padres Redentoristas, como misioneras y trabajaron en extender la Legión hasta en la cárcel, donde se fundó un centro, formado por 17 reos. Comulgaron alrededor de treinta, de los cuales cinco hicieron la Primera Comunión; se bautizó a uno, otro contrajo matrimonio y varios se confirmaron. También en la cárcel de Rengo hay un Præsidium de reos, que, entre otros trabajos legionarios, hicieron se bautizara uno de los gendarmes.

Así como éstos, hay centros legionarios establecidos en escuelas vocacionales, en escuelas normales y en el Pedagógico de Avda. Macul.

Actualmente el Sr. Obispo de Copiapó, S. E. R. Monseñor Juan F. Fresno, ha solicitado de la directiva que se le envíen misioneras en el mes de julio, con ocasión del Congreso Eucarístico. Desea que la Legión de María se encuentre organizada en toda su diócesis, para que se supla en alguna mínima parte la escasez de sacerdotes.

Este apostolado, émulo de la Acción Católica, la cual se creó casi juntamente con la Legión de María, es por su índole, netamente espiritual y está llamado a producir frutos maravillosos de salvación para las almas. Por eso, nuestro amado Cardenal Caro, de santa memoria, siempre se refirió a la Legión de María, con el mayor cariño, pues sabía cuánto bien se puede obtener del contacto personal, tal cual impone un trabajo legionario activo. En reconocimiento, el Concilium de Dublín lo nombró Socio Laureado; pero la noticia llegó cuando los mortales despojos del Cardenal de María se velaban en la capilla ardiente. (1)

Cuanto menor sea el contacto personal, tanto menos eficaz será la comunicación de las verdades de nuestra fe, aunque se divulguen por medio de la prensa o la radio. Si el número de conversiones estuviera en proporción con el alcance de los medios modernos de propaganda, la época actual tendría que ser testigo de conversiones en gran escala.

"Es ley del mundo espiritual, dice Federico Ozanam, que un alma lleve a otra atrayéndola a sí". O, en otros términos: tiene que entrar en vigor el precepto de la caridad; pero el don sin el donante es siempre algo incompleto. (Cita del Manual de la L. de M.).

¿Quiénes efectuaron las conversiones en los primeros tiempos de la era cristiana? La gente sencilla: el obrero, el esclavo, los humildes, los débiles y oprimidos de aquella opulenta y culta sociedad en que vivían.

En conclusión: si, por obra del apostolado de la Legión, llegara la acción de María a prevalecer en el campo apostólico, bien se pueden augurar días espléndidos para nuestra Iglesia, en que las masas se abrazarán gozosas con la fe de Jesucristo.

RAUL SILVA SILVA
Párroco de Ñuñoa

Anoche dormí en el Hogar de Cristo

Estas líneas fueron escritas por un sacerdote jesuita extranjero que visitó nuestro país no hace mucho. Él trabaja con los más necesitados en su patria. Quiso sentir la miseria en carne propia... y llegó hasta la Hospedería del Hogar como uno del montón... Vestido como uno, sin avisar... Y así quedó inscrita su ficha, entre las 8 mil que llenamos cada año.

Un testimonio de la Caridad, signo de nuestro Tiempo.

AL principio me pareció bien ir allá. Después dudé. Se lo encomendé a la Providencia: "Si viene alguno del Hogar, voy"... y vino...

Pero aún así me parecía una profanación o algo parecido. La pobreza es algo así como un sacramento para un cristiano. Yo no tenía derecho a hacer "experiencias" con ese misterio, que nos dejó Jesús, que es la pobreza: el pobre que siempre tendremos con nosotros.

Fui. Fui por estas razones: quería acompañar a Jesús que iba a pasar su noche en el amor del Hogar de Cristo. Fui así, para acompañarlo y para sentirme unido a Él, en la persona de cada uno de esos ciento cuarenta y cuatro hombres, muchachos y niños, aunque ellos no supieran que iba por ellos —por Él— para estar con Él, que era estar con ellos...

¿Hemos desvirtuado un poco o mucho el EVANGELIO... ¿Llegará un día en que volvamos a vivirlo sin concesiones, sin miedo a que nos incomode?... La dicha de ser cristiano ¿no está en vivir el AMOR a que Él nos llamó?

Así piensan esos hombres que en el Hogar de Cristo y en la Parroquia de Jesús Obrero conservan en su corazón y en su vivir y obrar el testamento del P. Alberto Hurtado, que supo vivir para Cristo sin minimizar las consecuencias que ello lleva consigo.

Y llegué a eso de las ocho de la noche a la puerta del "Hogar de Cristo" para unirme a Él con quien se iba a partir el pan y a quien se iba a albergar, en el vago y en el desocupado, en el hombre marcado por el vicio, en el muchacho que va a ser atenaceado por el mal y aun en el chiquillo de seis o de ocho años.

Me senté en el suelo con ellos. No creo que notasen, en el atardecer, nada especial en mí. Pero a pesar de que yo me sentía como uno de ellos, tal vez notaban algo distinto en mí dentro de esa camisa a cuadros un poco grande y ese pantalón un poco chico. Sé por la experiencia de los conventillos de M. que es una materia que no domino: tengo que aprender a *ser pobre.*

El primero que se me acercó, me pidió la "colilla del cigarrillo" cuando éste llegase a ser "colilla"... Poco pude hablar; era un muchacho mongólico que no articulaba bien las palabras... le faltaba una pierna... El tema de la "colilla"

(1) (De la Rev. Legio Mariæ, para América española).

se repitió dos o tres veces... Alguna sirvió para entablar una charla rápida... Venía del Sur... Aquí, como al principio le robaron el dinero y los documentos, no conseguía trabajo por carecer de documentos: ahora que los tenía, no conseguía trabajo porque por su vestimenta no era bien recibida... Como yo, era la primera noche que llegaba al "Hogar de Cristo"; su mujer también había venido y estaba con su guagua de cinco días en el departamento de las mujeres... Hasta que nació la guagua estuvieron en una pensión que era "puras chinches" y costaba $ 150 diarios por persona...

Estábamos haciendo cola para entrar después de los que tenían cama por haber venido otras noches anteriores.

Yo no contaba con el registro.

—¿Su nombre?... ¿Trabaja o está desocupado?

Y me sentí mintiendo inconscientemente:

—Desocupado desde hace varios días... *perdí la pega.*

—¿Su carnet?

—No lo traje.

—¿Recuerda el número?

—No.

—¿Dónde lo había sacado?

—En el Uruguay.

—¿En el Uruguay?... La tierra de Artigas y de Rodó ¿eh?

—Sí.

—Bien, *don Justo,* cama 28 en el primer piso...

Nunca, en ninguna ventanilla de comercio o administración pública había sentido lo cálido y afectuoso en su sinceridad de ese *Don Justo*... y pensé... ¡a mí me lo hicisteis!...

En el Hogar de Cristo no se pregunta nada más a nadie para recibirlo. Me senté a la mesa con otros... el muchacho que tenía enfrente, me pareció cohibido, tal vez él también un poco avergonzado. Era la primera vez que venía. Llegó una fuente con doce tazonas colmadas con un buen guiso de porotos; tomé una para mí... pero con disimulo la pasé. Los demás estaban pasando las otras a los del fondo de la mesa... Mis compañeros repartieron sus ajíes y me convidaron también... Y a dormir...

—¿La cama veintiocho?

—¡Es ésa! —fueron varias voces.

Era la de arriba en un cuarto donde había otras quince.

¡Cómo me hubiera gustado hablarle un poco al muchachito anónimo que tan seriamente, tan decorosamente se estaba desvistiendo en la cama de al lado... pero él está ya acostumbrado a ser un cuerpo que necesita dormir y *no ser nada más.* ¿Cuánto tiempo hace que no tiene padres? ¿Cuánto que vaga o deambula o quiere conseguir algún trabajo o ha renunciado ya a trabajar? ¿Cuánto que es *él sólo?*

Existe el regalo maravilloso de la comunión de los Santos. A Él me confié para que hiciera lo que yo no podía.

Y pedí también por los demás; por cada uno. A medida que los sentía un poco más cerca. Se hablaba ante mí como uno de tantos, sin temores... Pedí por el que contaba que lo habían llevado "sólo por sospecha", por que lo vieron con una botella en la mano. Pedí por los que el sueño hundió en seguida, para que mañana su anémica nueva edición de la vida fuese menos dura...

Se apagaron las luces, las conversaciones decayeron... algunos habían comenzado su sueño con un attacato molto vehemente de ronquidos. Se oyó:

—¡Por Dios, Señor, ¿por qué se trajo la motoneta a la cama?...

Y nos dormimos.

Dieciséis hombres —Cristo dieciséis veces—, hoy, dormían en ese dormitorio en *su cama.*

—Compañeros, había dicho uno de ellos, hoy no voy a poder dormir: estoy acostado en una cama.

Y en los otros dormitorios hasta ciento cuarenta y cuatro veces duplicado Cristo pobre.

Antes que el nochero nos despertara con su: —"Camaradas, ¡vamos ya! ¡a levantarse prontito!"... el día había empezado a meterse a escondidas en nuestro dormitorio aunque nadie se había dado por enterado.

Nos levantamos. Nos lavamos sumariamente los más. Y al comedor a tomar un desayuno que para muchos tal vez sería toda su comida hasta el tazón de porotos de la noche.

Y nos fuimos como viajeros de una noche de travesía. Quizás mañana nos embarquemos juntos nuevamente, tal vez nunca más...

¿Qué ha hecho el Hogar de Cristo? Lo que Cristo Jesús hacía y nos ha llegado como mensaje, como mandato suyo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado"... "Lo que hacéis a uno de estos pobres a Mí me lo hacéis".

Sin *esto* todo sobra. Con esto todo es a servir y amar en la extensión del Reino.

J. A.

Chaplin en 1918

CHARLES Spencer Chaplin nació el 16 de abril de 1889, en un suburbio de Londres. Su padre, Charles Chaplin, era un artista de variedades, de origen francés. Su madre, Hannah, una cantante y actriz de ascendencia irlandesa.

A los ocho años de edad trabaja en una compañía infantil y recoge los primeros aplausos al imitar los movimientos y ladridos de un perro.

A los 11 años comienza su carrera en el teatro, encarnando a un "botones" en las comedias policíacas de Arthur Conan Doyle.

La oportunidad decisiva es su admisión en la compañía de pantomimas de Fred Karno, de prestigio en toda Inglaterra. Con él pasa a Norte América, su sueño esperado, en 1911.

En América descubre el cine. Desea poseer una cámara para filmar sus pantomimas. Pero no le alcanza el dinero, pues la cámara cuesta 2 dólares.

En 1914 acepta un contrato por 125 dólares semanales, para dedicarse exclusivamente al cine en los Estudios Keystone, de California. Al abandonar así la compañía de Karno, dejó reemplazante en su papel, al joven compañero Stan Laurel (que después se reuniría al gordo Olivier Hardy).

En 1915, Chaplin se independiza de los directores y comienza, en nuevos y fabulosos contratos de Hollywood, a crear y dirigir sus propios films, con sus propias ideas.

Su sencilla declaración, que reproducimos parcialmente aquí, data de 1918. Hasta ese año Chaplin ha protagonizado 60 películas, de las cuales 45 han sido creadas y dirigidas por él mismo.

* * *

"Con mucha frecuencia tropiezo con personas que me piden las explique el secreto de "hacer reír al mundo", y siempre me ocurre que se me hace cuesta arriba contestar y trato de excusarme. Sin embargo, no hay ningún misterio en mi comicidad sobre la pantalla, como no la hay en la de Harry Lauder para tener su público. Lo que pasa es que ambos conocemos unas cuantas verdades elementales sobre el carácter humano y nos servimos de ella en nuestro oficio. Y en el fondo de todo éxito, dicho y hecho todo, no hay más que el conocimiento de la naturaleza humana, ya se trate de un comerciante, un hotelero, un editor o un actor.

Por ejemplo, suelo apoyarme, sobre todo en un hecho sencillo, que consiste en colocar al público frente a alguien que se encuentra en situación ridícula, embrollada. El ver cómo un sombrero vuela por los aires no provoca la risa, y lo mismo sucede cuando un caballero va paseando por la calle; lo que hace reír es ver a ese caballero, los cabellos sueltos y las ropas en desorden, corriendo tras el sombrero que acaba de volar de su cabeza. Colocado en una situación ridícula y apurada el ser humano se convierte en motivo de risa para sus semejantes. Toda situación cómica se basa en esto. Las películas cómicas tienen un éxito inmediato, cuando representan, por ejemplo, a agentes de policía que desaparecen por el respiradero de una alcantarilla, tropezando en cubos de yeso, cayéndose de un vagón y sometidos a toda especie de fastidios; he ahí a unos representantes del poder —que suelen estar excesivamente imbuídos de esta idea— provocando con la vista de sus aventuras una hilaridad mucho mayor que si se tratara de simples ciudadanos.

Todavía resulta más cómica la persona ridiculizada, que, pese a serlo, se comporta como si no le hubiera sucedido nada especial y se esfuerza en conservar su dignidad. El mejor ejemplo lo tenemos en el borracho que, descubierto por su manera de hablar y sus pasos vacilantes, trata de convencernos muy dignamente que no está bebido; es todavía mucho más risible que el francamente alegre que exhibe su borrachera y se burla del que se fija en ella. La borrachera suele mostrarse en el escenario con ciertas pretenciones de dignidad porque los directores de escenas se han dado cuenta de que tal pretención produce buenos efectos cómicos.

Esta es la razón de que todas mis películas cómicas se basen en la idea de ponerme delante muchos obstáculos para darme ocasión de mostrarme serio e importante en mis intentos como si fuera un caballero normal. Esta es también la razón de que, por falsa que sea la postura en que me encuentre, mi mayor preocupación sea la de recuperar rápidamente mi bastón, ajustarme mi sombrero y arreglarme la corbata, aunque me haya caído de cabeza. Estoy tan seguro de estos trucos que busco situaciones embarazosas no sólo para mí sino para los demás.

Cuando actúo así, me esfuerzo siempre por no derrochar mis recursos. Quiero decir que si puedo provocar dos carcajadas con un solo gesto o una sola postura, no lo haré con dos. En "The Adventurer" conseguí un buen efecto si-

tuándome en un balcón, donde me comía un helado en compañía de una joven; en el piso de abajo coloqué a una dama gruesa, respetable y bien vestida; mientras me comía el helado, dejé caer una cucharada, que se deslizó por mi pantalón y fue a parar al cuello de la señora. La primera explosión de risa se produjo por mi propia turbación; la segunda, mucho mayor, por la caída del helado en el cuello de la dama, que dio un grito y se puso a dar saltos; bastó un solo hecho para colocar en trance embarazoso a dos personas y para provocar dos efectos de risa separados.

Por simple que parezca esto, hay dos elementos de la naturaleza humana que no conviene olvidar: uno es el placer con que el público ve cómo también con la riqueza y el lujo se pasan apuros; otro, la tendencia del espectador a experimentar las mismas emociones del actor en la escena o en la pantalla. Una de las cosas que se aprenden en el teatro es que el pueblo en general se considera satisfecho cuando los ricos llevan la peor parte. Esto es consecuencia de que las nueve décimas partes de los seres humanos son pobres y están interiormente celosos de la riqueza del resto.

Si yo hubiera dejado caer mi cucharada de helado sobre una pobre mujer de servicio, en lugar de risa habría producido simpatía por ella, aparte de que, como no podía perder su "dignidad" no habría habido risa tampoco por este lado. Echar en el escote de una dama rica un poco de helado es, para el sentir de mucho público, darle lo que se merece.

En cuanto a la idea del bastón es posiblemente mi hallazgo más feliz, porque es lo que me ha dado a conocer más rápidamente, y por otra parte lo he utilizado hasta acabar dándole a él solo un determinado carácter cómico. Muchas veces se me ve enganchando la pierna de alguien o agarrándole por el hombro, consiguiendo así la risa del público sin apenas darme cuenta del gesto. No creo haber comprendido perfectamente al principio cuántas cosas se podían expresar, válidas para millones de individuos, con el bastón, poco menos que caracterizando a un "dandy"; así, cuando llego a escenas con mi típico balanceo y moviendo mi bastón, y a todo esto, con un aire de seriedad, doy la impresión de pretender cierta dignidad, que es justamente lo que quiero. Se me podrá preguntar qué sabía yo del hombre cuando hice mi primera película para la Keystone (tenía entonces 21 años; ahora tengo 29). Pero hay que tomar en cuenta una cosa. A veces me pregunto si habría podido conseguir el menor éxito sin la influencia de mi madre, de extraordinarias facultades mímicas. Recuerdo que solía pasar horas enteras acodada en la ventana contemplando la calle y reproduciendo con sus manos, sus ojos y la expresión entera de su fisonomía, cuanto ocurría abajo. Viéndola y observándola aprendí ya, no solamente a traducir las emociones con mis manos y mi figura, sino también a estudiar al hombre.

Por esto, cuando asisto a la proyección pública de una de mis películas, atiendo con un ojo a la pantalla y con el otro y los dos oídos a los espectadores, tomando nota de lo que les hace reír y de lo que no. También lo hago para inspirarme y buscar escenas cómicas.

Otro secreto que exploto con frecuencia es la tendencia del público a gustar de los contrastes y las sorpresas en sus distracciones. Es cosa bien conocida que al público le gusta la lucha entre el bien y el mal, entre el rico y el pobre, entre el feliz y el desgraciado, y que le gusta pasar con mucha facilidad de la risa al llanto. El contraste significa interés para el público, y por eso yo lo utilizo con tanta frecuencia. Cuando me persigue un policía presento a éste torpe y pesado, mientras que yo incluso colándome entre sus piernas, resulto rápido y acróbata. Si salgo malparado, es siempre frente a un hombre con trazas de gigante, de manera que el contraste con mi pequeñez provoque en mi favor la simpatía del público; siempre procuro, en todo caso, buscar el contraste entre la seriedad de mi proceder con la ridiculez del incidente.

A la par que el contraste, coloco la sorpresa. No busco completamente la sorpresa en la composición general de la película, sino que me esfuerzo por vencer mis gestos personales de manera que ellos mismos constituyan una sorpresa. Trato siempre de crear lo inesperado de una manera distinta; si me parece que el público espera que recorra toda la calle a pie, en una película, salto súbitamente al primer coche que pasa; si quiero llamar la atención de alguien, en lugar de darle unos golpecitos en la espalda o de llamarle, le agarro del brazo con mi bastón y lo traigo a mí. Pensar qué es lo que espera el público y hacer todo lo contrario significa para mí un placer.

Hay, sin embargo, un peligro: el de querer ser demasiado cómico. Hay obras y películas donde el público se ríe tanto y de tan buena gana, que sale completamente agotado. Hacer morir de la risa es una ambición común de muchos actores, pero yo prefiero distanciarla. Creo que es mejor provocarla francamente en varias ocasiones y dejar unos espacios para descansar

Es muy importante saber limitarse. No sólo para ser actor, sino para todo el mundo, es una necesidad saber dominar su temperamento, sus apetitos o sus malos hábitos. Una de las razones que hacen que me gusten poco mis primeras películas es porque en ellas no era fácil autolimitarse. Una o dos tortas de crema son muy divertidas, pero cuando la risa no depende más que de las tortas de crema la película cae en la monotonía.

No constituye ningún misterio hacer reír al público. Todo mi secreto consiste en haber tenido los ojos abiertos y el espíritu atento a todos los incidentes aptos para ser utidizados en mis películas. He estudiado al hombre porque, sin conocerlo, nada habría podido hacer en mi oficio. Y, como decía al principio, todo éxito se basa en el conocimiento del hombre."

Orientación Bibliográfica

RELIGION

Magdalena Chasles. — LA ALEGRIA Y LA BIBLIA. —Studium. Madrid, 1957, 198 págs.

Los hombres todos, sin excepción, tienen sed de felicidad. Exigencia que, de no mediar la culpa, hubiera sido satisfecha a cada instante en la condición en que el Creador había colocado a su creatura.

Pero la sed persiste y por apagarla o mejor engañarla, se afana el hombre por recuperar aquella condición primera de poseedor del bien que lo llenaba de gozo, lo repletaba de abundante alegría. Solo que ya no reconoce la fuente de su felicidad y pretende obtenerla de las cosas fugaces y caducas que pasando por sus manos las dejan vacías y asomándose a su corazón ni lo conforman ni lo llenan.

En este estudio sobre la alegría y la Biblia, Magdalena Chasles, cuya competencia en los temas bíblicos es reconocida, intenta ponernos frente al manantial inagotable del gozo llevándonos a penetrar en la letra de la Biblia, el sentido abierto o misterioso de los Libros Santos, en los que Dios se revela como principio, como dispensador, como conservador de la felicidad del hombre.

Procediendo con un orden perfectamente lógico comienza por un estudio sicológico que releve los obstáculos a la alegría: el hastío, la duda, la doblez, la impureza, el egoísmo, la envidia, etc. Pequeños o grandes monstruos que cercan al hombre y le impiden el acceso al gozo.

No se limita, sin embargo, a señalar tales obstáculos, sino que añade el consejo necesario, la orientación requerida para vencerlos, ya sea orillándolos prudentemente, ya saltando con energía por sobre ellos.

Sigue una segunda parte donde el tema eje se desarrolla. La alegría de la Biblia. Es alegría en Dios por medio de Jerusalén. Su estudio es aquí una preciosa labor de exégesis, que encuentra en el texto bíblico aplicaciones perfectas para el hombre de hoy. Alegría en Dios por medio de Cristo. Los textos tomados del Nuevo Testamento van a cantar en estas páginas la sobreabundancia del gozo cristiano, sus reales causas y motivos. El gozo en Dios por el sufrimiento, es el tercer capítulo de esta segunda parte. La autora resuelve en forma luminosa la aparente paradoja y el libro se cierra en una serenidad llena de fuerza y de elevación.

Lectura muy interesante, tema copioso no sólo de ilustración bíblica, sino también de meditación personal, ofrecen estas páginas eruditas y al mismo tiempo cálidas de fervor y de espiritualidad. No es libro para leer con prisa, resultaría infructuoso; sí para dedicarle una lectura despaciosa y meditativa.

Hemos de lamentar que la traducción no esté a la altura que el libro merece, Es solamente correcta, y tratándose de traducción resulta demasiado poco.

J. Hechart.

A LAS PUERTAS DEL CIELO (Un mes con los Trapenses), por *Felipe Ximénez de Sandoval.*—Ediciones Studium, Madrid, 1958. 196 páginas.

La literatura espiritual se ha visto acrecentada en nuestros días con numerosos libros acerca de la Orden del Cister, llamada comúnmente la Trapa. Estas obras gozan de mayor o menor valor según se queden en los perfiles puramente exóticos de esa vida, o penetren hasta los valores religiosamente contemplativos que la explican y justifican. El presente libro guarda un correcto término medio entre lo anecdótico y lo fundamental. Escrito con verdadero afecto, dibuja las exterioridades y esboza las fuentes del espíritu trapense que el autor ha vivido durante una temporada en la real Abadía de Santa María de la Oliva en España. Tal vez el mayor valor del libro son los diálogos sencillos y cuotidianos que Ximénez de Sandoval ha transcrito palabra por palabra, así como las fotografías sin grandes pretensiones que lo ilustran.

Para el clima espiritual tan sofocante en que hoy vivimos, un relato así es como una pequeña ventana abierta hacia el espíritu, el desprendimiento y la pureza.

S. Elizalde B. S. J.

EL CURA DE ARS. Texto de Su Excelencia Mons. Fourrey. Biografía ilustrada por Jean Servel, O.M.I. y René Perrin.— Barcelona, Herder, 1959, 215 páginas, 115 ilustraciones.

Es ya ampliamente conocida del gran público la colección de biografías ilustradas editada por Desclée de Brouwer en Bilbao, con sus vidas de S. Ignacio de Loyola, S. Francisco de Asís, S. Pío X, etc., realzadas por las admirables fotos de Leonardo von Matt.

Recientemente la editorial Herder de Barcelona al traducir del francés el libro que presentamos ha iniciado una colección digna de competir con aquella.

"El cura de Ars" es una obra realmente novedosa, no una mera recopilación de anteriores biografías.

Por de pronto no es una biografía completa del santo, ni mucho menos —ya las hay numerosas— sino una semblanza de carácter muy anecdótico dibujada a partir de documentos de la época, en su mayor parte desconocidos. De ahí su viveza y color local.

En las ilustraciones reunidas todas al final del libro, alternan 150 viejos grabados interesantísimos, casi todos inéditos, con espléndidas fotos de Ars, su paisaje, sus calles, sus habitantes, sus casuchas antiguas, la iglesia y la casa parroquial con sus innumerables recuerdos del santo Cura. Textos tomados de las Actas del proceso de canonización comentan las ilustraciones y les confieren todo su relieve.

Este artístico album, contemplado y meditado con paz ofrecerá una ayuda muy eficaz a quien desea entrar en convivencia con "el patrón de todos los curas párrocos del mundo".

H. Daubechies, S. J.

Heinrich Schürmann. — DAS GEBET DES HERRN. —Edit. Herder, Freiburg, 1957.

¡He aquí un libro de espiritualidad que merece ese nombre! La oración del Señor, presentada a la luz de la teología y la exégesis moderna. En esta obra, la piedad no pierde sus lazos con la Doctrina, degenerando en un sentimentalismo dulzón; tampoco una ciencia sin vida estorba la lectura del piadoso.

La oración dominical, nos dice el autor, es una oración para el uso de los discípulos en primer lugar y

está llena de alusiones a la escatología. El principal interés del discípulo de Cristo, en efecto, consiste en el cumplimiento de la voluntad divina, que a su vez no es sino la llegada escatológica del Reino de Dios sobre la tierra. El fin del mundo, para los apóstoles, no fue un espectro sino una esperanza llena de alegría. ¿Podemos decir lo mismo de los apóstoles de nuestros días? Si nosotros ya hablamos lo menos posible del fin del mundo ¿no es por que nos encontramos muy a gusto en la tierra?

Pero eso muestra que no entendemos ya el Padre Nuestro, y tampoco somos de los que "quieren su venida".

Ladislas Juhász, S. I.

FILOSOFIA

Henri Duméry. — REGARDS SUR LA PHILOSOPHIE CONTEMPORAINE. — 2.a ed. Préface de Jean Lacroix. — París-Tournai, Casterman, 1957, 260 pp.

De vez en cuando, un autor cae en la cuenta de que, a lo largo de muchos días, ha ido escribiendo una serie de artículos...; y de pronto se le ocurre reunirlos en un libro. Surge entonces una obra como la de Henri Duméry.

Ojeadas sobre la filosofía contemporánea es un raro libro de libros, que vence la dificultad de combinar lo profundo y lo fácil. En él, como señala Jean Lacroix en la introducción, Duméry tiene el mérito de "separar el humanismo moderno de su contexto ateo; de mostrar que el espíritu no tiene necesidad de la regulación externa de los valores objetivados en un pseudo-mundo inteligible... La gran idea del autor es la de mostrar que "en el hombre, Dios ha creado un creador".

Comienza por una teoría sobre el modo de historiar en el terreno filosófico, tomando como pretexto las diversas obras que fueron apareciendo en la época sobre el tema. Pasa revista también a algunos libros más que versan sobre Marx, Hegel, S. Agustín, etc.

La segunda parte está formada por una serie de deliciosas incursiones en terreno selecto. En el de Platón, un Platón entre realista e idealista, un Platón perenne (31-34). Y luego Aristóteles, el discutido a causa de sus obras, de su posición ante Platón, de su grado de aristotelismo (sic). Aparece también S. Agustín al que se coloca en un nuevo molde ideológico: conversión a la fe; conversión a la inteligencia; conversión a la humildad de corazón y de espíritu.

Luego, un compás de espera en medio de esta galería de autores permite algunas observaciones sobre la idea cristiana del amor (49-51). Después, Gilson, Hegel, Hobbes. Antes de terminar esta parte, Renouvier y Marx desfilan ante el cristianismo, y el comunismo es presentado con los caracteres de un Islam del siglo XX.

La tercera parte se abre con Maritain, y las teclas más sonoras del conjunto nos traen al recuerdo el "Courrier des Iles", la filosofía del ser y el uno, la filosofía y el espíritu cristiano, etc. Sigue una galería de autores desde Paliard a Ricoeur, con anotaciones preciosas sobre Lavelle, Le Senne, V. Jankelevitch, Mounier, J. Lacroix y Archambault.

La cuarta parte, consagrada al existencialismo y a la fenomenología, se abre con un artículo sobre la moda en filosofía (169-171). Los grandes autores existencialistas vistos por Jean Wahl, por Roger Troisfontaines o por el mismo Duméry, ocupan algunos artículos de esta parte. Pasa revista a una serie de libros publicados por Desclée sobre la fenomenología, y consagra un artículo a un autor menos conocido Francis Jeanson.

La quinta sube al terreno de las cuestiones religiosas. Pasan bajo la pluma de Duméry temas tan de ayer y de hoy como razón y religión, moral y ateísmo, filosofía y religión, mito y metafísica, mito y religión, y otros. Luego, junto a un artículo consagrado a los "valores", nos encontramos ante una novedad: "La Virgen María", vista por un filósofo (J. Guitton), que estoy seguro hubiera cerrado este precioso libro si las circunstancias cronológicas de los artículos no se lo impidiera.

Hno. Jaime Larraín E. Sánchez (F. M. S.)

SOCIOLOGIA

"LA TIERRA Y EL HOMBRE". — Actas del Cuarto Congreso Internacional Católico de la Vida Rural — 1 al 6 de Abril de 1957. — Santiago de Chile. Impreso en los Talleres Gráficos del Atlántico, 1958, 430 pág.

Los participantes a este famoso congreso acaban, al fin, de recibir, reunidos en un volumen impresionante, los documentos tan calurosamente discutidos hace dos años (*).

Felizmente esta colección de más de 30 documentos no ha perdido actualidad. Algunos de ellos —como la "Carta de S. E. Mons. Angelo Dell'Acqua, Sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad", la conferencia de S. E. Mons. Emilio Benavent, Obispo auxiliar de Málaga, sobre "Dignidad Humana y Propiedad Privada", o la de Mons. Luigi G. Ligutti sobre "Dignidad humana y eficiencia económica en el trabajo"— no la perderán tan pronto, dado su carácter doctrinal. Otros, como la conferencia de Jacques Chonchol sobre "Desarrollo económico y sus consecuencias para la agricultura", o la de Douglas Hyde sobre "Vida y acción del comunismo internacional", o, aún, la de Alejandro Magnet sobre "Factores que facilitan la penetración comunista en los medios rurales latino-americanos" constituyen tópicos de una actualidad más candente que nunca.

En cuanto a los aportes propiamente chilenos sobre "Educación", "Familia campesina", "Vivienda", "Salubridad y alimentación", si desgraciadamente no han perdido su actualidad, se debe en gran parte a la inercia, sacudida sólo un instante en el momento de las últimas elecciones presidenciales, y demasiado parecida a la calma ante la tempestad, que reina sobre nuestros campos.

En este sentido y para reavivar una llaga que sería necesario curar antes de que supure, el libro, a pesar de su retrato, llega más bien a su hora.

Algunos sentirán, sin duda, no encontrar en este volumen ningún eco de las discusiones que surgieron en el seno de las comisiones de trabajo. Razones puramente técnicas —¡y financieras!— han obligado a los organizadores a sacrificar, a pesar de su vivo deseo de "dejar constancia de ello", este aspecto interesante —y más aún, candante— del congreso.

Tal como aparece, pura compilación de los documentos oficiales presentados al Congreso, "La Tierra y el Hombre" significa una suma de tiempo y de energía impresionante. Basta, para juzgarlo, recorrer la primera página del índice general, verdadero mosaico internacional, compartido por más de 15 autores de casi diez nacionalidades diferentes, desde el chileno de vieja cepa hasta el americano de origen ruso, pasando por el polaco, el inglés, el italiano, el mejicano, el boliviano...

En sus grandes líneas el libro sigue el programa del Congreso: "Documentos", "Posiciones fundamentales", "La Tierra al servicio del hombre" (conferencia de la tarde) y "Conclusiones", donde, además de la "Carta de Santiago sobre la vida rural", se encuentra, en anexo, una lista exhaustiva de los participantes.

A pesar de la multiplicidad y diversidad de las re-

(*) El retraso de la edición es imputable, únicamente, a ciertas situaciones delicadas del otro lado de la Cordillera.

laciones, que van desde la proclamación de los principios doctrinales más elevados, hasta la narración de experiencias concretamente vividas, el libro no pierde su unidad fundamental. Esta homogeneidad la deben el congreso y las actas que lo reflejan, no sólo a la unidad del tema discutido, sino sobre todo, a la inspiración cristiana que anima los aportes, aún puramente documentales.

Algunos criticarán sin duda el carácter cosmopolita de los conferenciantes más eminentes, llegados de los cuatro rincones del mundo, pero, si es verdad que soluciones aplicadas con éxito bajo otros cielos, no pueden ser, sin más, transplantadas a la tierra del hombre latino-americano, no es menos evidente que numerosas sugestiones pueden ser aceptadas, y podrían ayudarnos a salir del atolladero actual. El asunto es leer el libro "La Tierra y el Hombre", no sólo con discernimiento, sino con toda la abertura de espíritu que exige la urgencia de un problema angustioso.

Quiera el Cielo que este libro que es como la cristalización de un encuentro efímero de hombres de buena voluntad, deje una huella de inquietud que se borre sólo con la solución definitiva del problema.

Roger Vekemans, S. J.

HISTORIA

Louis Fischer. — REGRESO A RUSIA. — Santiago Ed. del Pacífico, 1959, 299 pgs.

Para mostrar el gran interés del libro, testimonio de un periodista destacado, que vivió 16 años en Rusia hasta 1958 y, en 1957, volvió allí para tres semanas, intentaremos agrupar el rico material en torno a esta pregunta, muy actual hoy en día: ¿podemos esperar en un futuro no muy lejano una revolución anticomunista en Rusia?

Las informaciones que han franqueado las fronteras rusas, han suscitado opiniones diametralmente opuestas, a saber: "el pueblo ruso vive en gran miseria y está descontento con su gobierno", y: "el régimen soviético alcanzó grandes adelantos económicos, industriales, científicos". El libro nos indica la solución: paradójicamente las dos opiniones son exactas.

La miseria rusa es material e intelectual a la vez. Según un mensuario moscovita, la producción por acre ha subido solamente en un 14% desde 1913, pese a la maquinaria moderna, mientras en el mismo período, en Francia en un 44%, en Suecia 31%,en Finlandia en 89%. Añádese a esto la repetida pérdida del 30% de la cosecha del año por descuido (los empleados del Estado cultivan los campos de otra manera que el campesino-propietario). Así se puede explicar por qué los rusos tienen que formar cola delante de los almacenes, y el racionamiento de los artículos más indispensables.

El Primer Ministro de Polonia expresó que a causa del método soviético vigente la producción del carbón en relación con 1938 (época capitalista en Polonia) por día de trabajo y por persona empleada bajó en 1955 en un 36%. Estos dos ejemplos ilustran toda la producción agrícola e industrial en el campo comunista.

La miseria intelectual se manifiesta en la confesada pobreza del arte, de la literatura, de la ciencia histórica, etc. La educación soviética persigue el desarrollo del cerebro, pero no de las mentes; desea entregar especialistas, pero no gente que piense.

Sin embargo, hay adelantos espectaculares en la técnica e industrialización. La causa es sencilla: pagar a los trabajadores tan poco como sea posible por su trabajo, y a los campesinos tan poco como sea posible por sus productos, e invertir la diferencia en industria pesada y armamentos. Lo que un trabajador occidental gasta en productos de consumo, el soviético lo invierte en preparar "la coexistencia pacífica".

Añádase a eso el terror: las docenas de millones de víctimas de Stalin (que el mismo Khruschev confesó indirectamente en el vigésimo congreso del Partido), uno puede imaginarse lo agradable que es la vida en el Este.

Entonces ¿cómo explicar el que no haya habido hace ya mucho tiempo revolución en Rusia?

Primero: los rusos no conocen otro sistema de gobierno. La propaganda oficial, por la radio, prensa, teatro, libros, enseñanza estatales, se hizo cargo del deber de pensar en términos políticos, en lugar de los ciudadanos. Y los que conocieron el régimen de los zares, conocieron solamente el feudalismo más atrasado de Europa.

Segundo: Stalin "les cortó la estatura en una cabeza" (son sus propias palabras al exministro de Seguridad, Ignatiev) a todos los hombres capaces, que hubieran podido hacer frente a la dictadura más completa de todos los tiempos. Pero un Estado que convierte a sus hombres en enanos para que resulten instrumentos más dóciles en sus manos, descubrirá que con hombres pequeños no puede realizarse nada grande (St. Mill). Y una revolución realmente socialista y democrática sería una cosa grande en Rusia.

Por eso ahora algunos odian el sistema, pero la mayoría está agradecida por la más pequeña moderación bajo Khruschev. Además los círculos dirigentes (la nueva clase, como los llama el comunista Djilas) lo ve todo, lo oye todo a través de la empresa policial más desarrollada del mundo: la Policía Secreta rusa. El recuerdo nacional de la severidad oficial es un disuasivo poderoso, sobre todo en un pueblo que se distingue por sus instintos gregarios.

Tercero: la libertad sería fatal para Rusia. Sería el caos y morirían de nuevo millones y millones de hombres. Pero no hay tal peligro. El creciente nacionalismo ruso, que bajo Stalin eliminó de la dirección a la mayoría judía, encontró su más cómodo ideal en la "gran patria soviética". Los recientes adelantos técnicos, que dejaron atrás a los somnolientos yankis, pusieron más leña aún en el fuego del nacionalismo.

Por eso no habrá revolución en Rusia (sin una catástrofe mundial). "Fermento, sí. Descontento, ciertamente. Expresiones ocasionales de oposición, inevitables. Un golpe palaciego en la cumbre, concebible. Pero una revolución popular para derribar el régimen soviético parece altamente improbable".

Sería, por lo tanto, muy barato y al mismo tiempo sumamente peligroso de parte de los occidentales basar una política de autoengaño sobre una revolución anticomunista en Rusia.

Ladislas Juhász, S. I.

LITERATURA

EL DOCTOR YIVAGO, por *Boris Pasternak*.—Editorial Índice. Buenos Aires, 1958. Traducción del francés ("Le Docteur Jivago"), por Juan Robledo. 465 pg.

No se trata aquí, ni mucho menos, de dar un juicio crítico aproximadamente completo de esta ya tan comentada novela. ¿Merece realmente el Premio Nobel de Literatura? ¿Han influído, quizás, indirectamente, factores políticos en la otorgación de dicho premio? Es difícil dar una respuesta. La mala traducción, por otra parte —mala traducción evidente—, acompaña como un lastre la larga lectura e impide captar el seguramente humano y delicado estilo del autor. Ciertamente que esta novela de Pasternak no puede de ninguna manera ser comparada con las geniales novelas de Dostojevsky o con las menos geniales de Tolstoi. En realidad es otra cosa. Los personajes no están ni mucho menos sicológicamente profundizados y la trama se desarrolla en un ritmo lento y no logra, exceptuando ciertos episodios (vgr. separación de Yivago y de Lara; muerte de Yivago) subyugar realmente al lector. Abundan demasiado los "encuentros fortuitos" y la madeja que une los innumerables personajes rezuma ficción y artificio. Es posible, por todo esto, que para no pocos sea

—nos referimos a la novela *traducida*— una obra pesada; sin embargo, es una novela que merece ser leída y que ciertamente tiene valor artístico y, sobre todo, valor documental de primer orden. Es indiscutible la calidad poética del autor. Esto salta a la vista pese a la pobre y a veces vulgar traducción. Las descripciones de los campos abandonados recorridos por perros y hombres famélicos; los cuadros de ciudades arrasadas; la presentación original y viva de la naturaleza (paisajes invernales, bosques, arroyos, etc.) que enmarca toda la novela, todo esto es ciertamente de gran calidad artística.

Logra además el autor dar una impresión que podríamos llamar atmosférica de la revolución rusa. La revolución se percibe casi palpablemente como un nuevo estilo de vida, un nuevo modo de vivir que va penetrando paulatinamente todo, como un aluvión sangriento pero también como un aire enrarecido, y que va transformando seres humanos en instrumentos fríos de acerados y simplistas principios; que destruye viejos moldes, estructuras y costumbres; que aplasta a los que no se resignan —como el Dr. Yivago— a renunciar sin más a su libertad de pensar y de sentir. La tragedia precisamente de Yivago es la tragedia del que recibe el nuevo orden como una maravillosa aurora de renovación y de pureza y luego, a lo largo de crueles desilusiones va viendo que ese nuevo orden no es propiamente "vida" lo que trae sino un esquema rígido, estrecho, duro y brutal como el acero.

El Dr. Yivago es demasiado poeta, demasiado sensible para caer en rebeldías patéticas; su modo de oponerse es pensar, escribir versos, amar profundamente lo humano, dejarse penetrar de la naturaleza cuya vida, al ritmo de las estaciones, desafía todo esquema desvitalizado; el Dr. Yivago piensa, siente, ama, sufre terriblemente y muere. Una víctima anónima entre innumerables víctimas, pero que se mantiene *fiel a sí misma, auténtica*, y por eso, al sentir de Lara, "emanaba siempre de él un vaho de libertad y de desprendimiento". Resumiendo: Es quizás la novela pesada y discutible como "novela" pero ciertamente es un documento histórico y humano de innegable importancia y así no dudamos de recomendarla a nuestros lectores.

H. L. A.

BAJO LA TIENDA, por *Daniel Riquelme*.— 3.a edic. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1958, 152 págs.

El autor de este libro era hermano de aquel otro Riquelme, Ernesto, que fue quien lanzó el último disparo al hundirse gloriosamente la "Esmeralda" en la rada de Iquique. Daniel también fue a la guerra y en ella se hizo periodista; mandaba relatos de distintas batallas y acciones bélicas en que él mismo tomaba parte directamente; supo de las penalidades del desierto, de los días sin agua, de las inclemencias del tiempo, etc.

De ahí que sus relatos de "Bajo la Tienda" estén presentados tan a lo vivo. Quien los lea verá las penurias sin cuento que debieron soportar nuestros soldados en la defensa de la patria allá por el 79. No podría presentarse la historia de aquellos hechos gloriosos sin recurrir a estas narraciones de Riquelme, testigo de muchos de los acontecimientos realizados en estas proezas.

Para suavizar lo fuerte del relato, matiza el contenido con algún gracejo o hecho pintoresco, el que brota espontaneamente de su pluma. La actual edición de este libro, ya clásico en nuestra literatura, se debe a la Editorial del Pacífico.

Alberto Arraño, S. J.

"LA CASA VIEJA", por *Jenaro Prieto*.—Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1957, 54 págs.

Nadie se hubiera imaginado que el humorista Jenaro Prieto escribiera también confesiones íntimas: sin embargo, es así; y este libro "La Casa Vieja", revela en él innegables dotes de novelista y poeta. Es un libro pequeño, de solo 54 páginas, en que nos cuenta algunos episodios de su niñez; rememora a sus tías, doña Merceditas y doña Milagros, con quienes se crió, inculcándole ellas una serie de máximas para la vida; habla de su padre, un señor con cierto aire de ausencia y cuya voz de acentos graves parecía venir de lejos, a quien nada del mundo parecía interesar.

El autor de "El Socio" se muestra un gran maestro del diálogo en esta obrita literaria. Al reflejarnos las conversaciones de antaño, sabe usar las palabras anticuadas, de entonces, para darle un matiz de tiempo pasado a lo mismo que va relatando.

Muerta su madre, cuando Jenaro sólo tenía dos años, este triste suceso parece haberle marcado una huella muy honda para toda la vida. ¡Quién sabe no se deba a ese luctuoso hecho el tono algo gris y desolado que impregna estas páginas!

Alberto Arraño, S. J.

LIBROS RECIBIDOS

RELIGION

El Cura de Ars. Texto de Su Excelencia Mons. Fourrey. Biografía ilustrada por Jean Servel, O.M.I., y René Perrin. — Barcelona, Herder, 1959, 215 páginas, 115 ilustraciones.

Alban Goodier, S. J. — Un corto camino de Santidad.— Trad. de Alberto Hurtado Cruchaga, S. J. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1959, 32 pág.

M. Philippon, O. P. — La Trinidad en mi vida. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1959, 93 pág.

Raúl Plus, S. J. — Dios en nosotros. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1959, 169 pág.

Madeleine Chasles. — Cómo leer el Evangelio. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1959, 70 pág.

FILOSOFIA

Frederick Copleston. — Filosofía Contemporánea.— Barcelona, Herder, 1959, 348 pág.

SOCIOLOGIA

Mons. Ancel, Obispo Auxiliar de Lyon.—El movimiento obrero. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1956, 109 páginas.

EDUCACION

Raúl Plus. — Hacia el matrimonio. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1959, 111 pág.

Bernardino Piñera. — Educación del Amor.—Santiago, Ediciones Paulinas, 1958, 31 págs.

J. E. C. F. — La Adolescente. — Santiago, Ediciones Paulinas, 1958, 36 págs.

LITERATURA

Jan Dobraczynski. — La santa espada. — Barcelona, Herder, 1959, 423 pág.

NOTA.—La *"Introducción a la historia de mañana"*, de Tibór Mende, de la cual hemos hecho una reseña bibliográfica en el número pasado de *"Mensaje"*, ha sido editada en 1959 por la Editorial del Pacífico.

DOCUMENTOS

El cristiano y los organismos internacionales

EN EL 40.º ANIVERSARIO DE LA O.I.T.

Discurso de Mons. Fco. Charrière, Obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo, en el 40.º aniversario de la Organización Internacional del Trabajo.

El 25 de enero de 1919, dos meses y medio después de haberse firmado el armisticio en el frente francés, la Conferencia Preparatoria de la Paz nombró una Comisión de quince personalidades "para que estudiase la legislación internacional del trabajo". El 29 de octubre la Conferencia Internacional del Trabajo se reunió por primera vez en Washington y en marzo de 1959, el Consejo de Administración de la OIT celebraba en Ginebra su 141ª reunión.

A lo largo de sus cuarenta años de existencia, la OIT ha trabajado continuamente para "consolidar los cimientos de la paz basada en la justicia social y procurar para ello que las naciones laboren de concierto a fin de mejorar las condiciones de trabajo y de existencia". Los peritos en cuestiones sociales saben cuan eficaz fue esta acción de la OIT. La América latina, desde la Conferencia Regional de los Estados de América Miembros de la OIT celebrada en Santiago de Chile en 1936, fue objeto de una atención especial. La ratificación por numerosos países latinoamericanos de los convenios internacionales del trabajo, la intensa asistencia técnica del "Programa Andino" en favor de las naciones andinas más necesitadas, la Conferencia Interamericana de Seguridad Social reunida por primera vez en Santiago de Chile en 1942, se cuentan entre las numerosas actuaciones de la OIT en América del Sur.

MENSAJE se complace en conmemorar este aniversario de un organismo al cual debemos tanto y se alegra de poder hacerlo dando a conocer a sus lectores el importante discurso que Mons. Fco. Charrière pronunció con esta ocasión.

NOS es particularmente agradable asociar a los católicos a la celebración del quadragésimo aniversario de la Organización Internacional del Trabajo. ¿No tienen ellos motivo de regocijarse con la vitalidad de la que da pruebas al recibir siempre nuevos miembros, cuando el catolicismo social se encuentra entre las fuerzas que contribuyeron a su establecimiento?

Les fue rendido este homenaje por la Oficina Internacional del Trabajo misma cuando se asoció en 1931 a otro quadragésimo aniversario: el de la Encíclica "Rerum Novarum". Recordando este homenaje, queremos volver a mencionar, más especialmente aún, la voluntad de los cristianos de colaborar con toda lealtad a la consecución de los fines de la Organización. El trabajo en común en un espíritu de verdadera solidaridad fraternal "sobrepasa" para nosotros "la simple obediencia" a la obligación moral de los deberes cívicos; se eleva hasta la dignidad de un postulado de la conciencia cristiana sostenida y guiada por el amor de Dios y del prójimo" (Pío XII, 1.º-IX-44). Los sucesos actuales, la espera ansiosa de los pueblos en las incertidumbres por las que atraviesan no hacen más que dar un vigor nuevo a estas exigencias permanentes de la conciencia.

Participación del cristiano en las Instituciones Internacionales.

El cristiano está obligado, se nos dice, a cooperar en la actividad de las instituciones internacionales. Esta obligación recibe toda su fuerza del hecho de encontrarse estrechamente articulada con las verdades más fundamentales de nuestra Fe. ¿Cómo quedará indiferente el cristiano ante la evolución del mundo? ¿Cómo no reconocerá él allí un avance providencial hacia esta unidad invocada por Cristo la tarde del Jueves Santo? Si el cristiano debe acelerar cuanto pueda el advenimiento de la comunidad en formación, es porque ella le permite reconocer que todos los

hombres son sus hermanos, hijos de un mismo padre, participantes de una misma naturaleza, llamados a una misma vida sobrenatural.

Estas razones justificarían por si solas vuestra participación en los trabajos de la Conferencia Internacional del Trabajo. Más aún, dos Papas han hecho expresamente mención —en circunstancias solemnes— de la semejanza de inspiración que hay entre las Encíclicas sociales y la Constitución de la Organización Internacional del Trabajo. Mientras algunos sospechaban que la O.I.T. difundía ideas contrarias a la religión y favorecía el establecimiento de una sociedad donde Dios no tendría ya un lugar, Pío XI afirma en la "Quadragesimo Anno" que "los autores de vuestra Constitución habían adoptado un gran número de disposiciones en acuerdo tal con los principios y las directivas de León XIII, que parecen expresamente sacadas de allí" (Quadragesimo Anno. — Edit. L'Action Populaire. par. 24.)

¿De dónde procede que las reglas que presiden vuestros trabajos tengan una conformidad tal con los principios cristianos? Pío XII nos lo dice en su discurso al Consejo de Administración: "la coincidencia notable de los principios expuestos" en la Constitución de la O. I. T. "con los de la Encíclica Rerum Novarum", reside en el hecho que "la Organización Internacional del Trabajo no ha querido representar a una sola clase social, ni convertirse en el medio de expresión de una tendencia exclusiva, sino que recibe todo lo que es constructivo, todo lo que responde a las necesidades reales de una sociedad armoniosamente estructurada."

Colocada diariamente ante la obligación de juzgar y de escoger, vuestra conciencia, ha podido plantearse el problema de la legitimidad de vuestra participación en las actividades de este organismo. Algunas decisiones u orientaciones han podido parecerle inspiradas en principios diferentes o contrarios a los vuestros. ¿Cómo no temerá el cristiano, que siente cuan totales son las exigencias de su fe, puesto que ella debe marcar con su impronta el conjunto de sus acciones, cómo no temerá este cristiano entonces participar sin recelo en las actividades de instituciones internacionales donde coexisten ideologías diferentes e incompatibles, mientras la verdad no sufre por sí misma ni mezcla ni error?

El deber de cooperación podría parecer claro en su principio pero el enfrentamiento con problemas concretos ¿no incluye el peligro de que se vuelvan un tanto inciertas las obligaciones prácticas que dicho deber os impone?

En esta alocución querríamos contribuir a disipar esta duda.

La sociedad internacional —como la mayor parte de las sociedades nacionales contemporáneas— une hombres de inspiraciones diversas, a veces aún opuestas, en la búsqueda de un mismo bien común.

Hay ahí una situación relativamente nueva.

Antiguamente la sociedad nacional se caracterizaba por la unidad. Concebida de un modo rígido, se extendía hasta el plan doctrinal, y los juristas del Renacimiento creían poder resumir esta exigencia en el proverbio bien conocido: *cujus regio, ejus religio.* La opinión pública tenía poca parte en el gobierno. El pueblo se identificaba con el príncipe, una de cuyas prerrogativas era fijar soberanamente los objetivos que la nación debía alcanzar. Guerra o paz, anexiones o alianzas..., he ahí lo que constituía la mayor parte de la vida internacional.

El Estado moderno está construído sobre principios diferentes. La mayor parte de los Estados reconocen —es un hecho— a sus habitantes el derecho de expresar sus opiniones por la palabra o por sus escritos. Los medios modernos de difusión del pensamiento permiten a tendencias e ideologías diversas, aún opuestas, expresarse y coexistir en el seno de las sociedades. La política no es ya negocio de un solo hombre; se elabora según métodos nuevos —llamados democráticos— de libre discusión.

Mientras antiguamente la diversidad de las ideologías parecía comprometer irremediablemente la unidad de la sociedad, actualmente parece completamente compatible con ésta, en la medida en que el Estado ha sustituído los objetivos sociales a sus preocupaciones de hegemonía política. El segundo carácter de las sociedades modernas consiste en que el bien común no puede ya hacer abstracción de las preocupaciones económicas y sociales, y que en la sociedad contemporánea el progreso material y espiritual de *todos* los miembros de la comunidad se obtiene por la cooperación de todos para determinarlo y realizarlo.

Las transformaciones profundas acaecidas en el interior de los Estados han afectado profundamente a la sociedad internacional. Más de diez Instituciones especializadas de las Naciones Unidas reunen hombres pertenecientes a familias filosóficas diferentes. Sus discusiones versan menos sobre problemas de política pura, que sobre los medios prácticos de promover el bien de los pueblos en los campos más variados: salud, educación, cultura y todo lo que se relaciona con lo económico y lo social.

La primera de todas estas Instituciones, la Organización Internacional del Trabajo, apareció hace 40 años. No es exagerado decir que su nacimiento marca una etapa en la historia del mundo. Los tratados internacionales o convenciones que allí se elaboran, no se refieren sólo a los derechos de los Estados. Determinan sus obligaciones respecto a los individuos, a todos los individuos —a cualquier nación que pertenezcan añadiremos— queriendo subrayar así el cambio de perspectiva realizado en las preocupaciones de los gobernantes, y hasta qué punto "el hombre" —con sus derechos, sus obligaciones, su dignidad— se ha convertido en objeto de su solicitud.

En la O.I.T. este cuidado no está exclusivamente reservado a los gobiernos. Gracias al tripartismo, son los representantes de los patronos

y de los trabajadores, a cualquier tendencia que pertenezcan los que se unen con los gobiernos para "escucharse mutuamente" y "proponer de común acuerdo los medios necesarios para el mejoramiento de la condición de los pueblos y su progreso material y espiritual" (Pío XII, Discurso al Consejo Administrativo). Este deseo de encontrar una solución colectiva a los problemas planteados, hace del espíritu de cooperación un rasgo fundamental de vuestra Organización. Debe inspirar vuestra conducta. No podéis, por tanto, adoptar una actitud de reserva sistemática ante el hecho de que esta Institución no reconozca a Dios explícitamente como autor y legislador del universo. Siempre que los principios fundamentales de las leyes naturales sean respetados, en la teoría y en la práctica, tendréis a gala como miembros de la comunidad internacional, el reforzar su cohesión en la medida de lo posible.

No tendréis ninguna dificultad en trabajar en común por el alivio de todas las miserias materiales con la adopción de una legislación protectora de los trabajadores; exigiréis la defensa y la mejora de sus condiciones de vida y de trabajo, especialmente de los más desheredados; favoreceréis todas las medidas de avance social, en una palabra, procuraréis luchar por todo aquello que da al hombre ese mínimo de bienestar, sin el cual llega a perder el sentimiento de su dignidad, hasta el punto de no poder elevarse ya hasta Dios. Que, a la vista de los resultados considerables que habéis obtenido ya en este campo, vuestro entusiasmo no se enfríe. Al contrario, que el sentimiento de las necesidades inmensas que quedan por satisfacer, os persuada que es vuestro deber no descuidar nada para acrecentar los medios y las posibilidades de acción de la Organización Internacional del Trabajo.

Los problemas del mundo actual no se limitan a los planteados por el mejoramiento de las condiciones de vida material de los pueblos. El mundo está en camino hacia una mayor unificación, a pesar de los obstáculos que retardan su marcha. La técnica, la economía, la política... le empujan en un movimiento inexorable que impone al hombre el inventar nuevas soluciones, imaginar nuevas estructuras, proponer nuevos tipos de relaciones, para alcanzar los nuevos fines que se ha fijado. Las tareas que incumben al hombre de hoy son tales que requieren un espíritu de comprensión mutua que vaya hasta la unión más íntima de los espíritus. Sólo ella puede elaborar soluciones aceptables para todos. La sociedad moderna exige de todos sus miembros que unan sus fuerzas para crear y mantener organismos adaptados a las dificultades presentes, la orientación de los cuales será decidida por todos, y no reflejará las opiniones propias de algún grupo.

Pertenecéis a la comunidad, participad, pues, al esfuerzo común.

Como católicos no sois la comunidad toda entera, no busquéis, pues, dominar, ¡Cooperad!

El mundo actual no puede triunfar de sus dificultades sino gracias a decisiones comunes larsamente maduradas y preparadas; que brille, pues, v u e s t r a "aptitud extraordinaria" para "crear este ambiente de comprensión mutua sin la cual una acción común no puede tener ni cimiento profundo, ni porvenir durable" (Pío XII, 16-VII-1952 (4347). La Organización Internacional del Trabajo espera —estamos seguros— que participéis en este sentido a sus trabajos. La diversidad de escuelas y de síntesis que allí convergen hacen estas disposiciones de espíritu indispensables.

La fidelidad a esta directiva no se realizará sin imponeros sacrificios reales. Os será necesario criticar sin piedad esas idea tradicionales a las que se identifica demasiado fácilmente con los principios fundamentales del orden y de la reclama la justicia y la caridad. Todo lo que favorece la unidad, sin franquear los límites impuestos por Dios en el orden natural y sobrenatural (Pío XII) debe ser objeto de nuestras aspiraciones. ¿No es la preocupación por la unidad la más sólida garantía de la comprensión mutua, y de los rasgos fundamentales que la acompañan: "el respeto recíproco, la lealtad que reconoce en los otros los mismos derechos que uno exige para sí mismo, la disposición a la benevolencia hacia los hombres de otras naciones, como hacia sus hermanos y hermanas?" (Pío XII, 16-VII-52-47).

La búsqueda de la comprensión mutua debe ser vuestra preocupación más profunda. Si permite responder a esta exigencia de universalidad que es nuestra —católico quiere decir universal— la prudencia le impone, sin embargo, límites que es necesario examinar brevemente.

La cooperación, hemos dicho, supone la igualdad y el respeto a los otros. Por esto no nos permitimos pensar y obrar como si estuviéramos solos en la comunidad internacional. Al contrario, no habría cooperación sino subordinación, si se nos obligara a participar en empresas inciertas, usando de nuestra buena fe para "acreditar un sistema político o social inadmisible" (Pax Romana). Es claro que un cristiano no puede dejarse arrastrar hasta consolidar un régimen que combate los fundamentos de la sociedad, tal como las luces de la razón y de la fe nos los hacen descubrir.

Hay igualmente una forma muy sutil de coexistencia que se nos querría a veces imponer. El cristiano debería dejar para la vida privada las manifestaciones de la vida religiosa que impiden el acuerdo unánime de los miembros de la comunidad. Ellas no serían sino un factor de división.

Digámoslo francamente: no podemos comprender que tal actitud se dé aún hoy día.

¿Es, en primer lugar, igualdad en la cooperación pedir a una de las partes que renuncie a lo que tiene de más esencial? ¿La vida de fe no es uno de los principios sobre los que debe construirse una verdadera coexistencia?

Pero sobre todo, el mundo de mañana que debemos construir todos juntos, ¿aceptará todavía estar dividido por una línea de demarcación religiosa? Estos conflictos nos parecen de otra edad. Aunque todo hombre abierto a las necesidades de la sociedad de mañana no pueda reconocer las virtudes cívicas y humanas que allí serán necesarias: honradez, responsabilidad social, perseverancia en el esfuerzo cotidiano monótono y deslucido, queda sin embargo en pie el hecho de que la religión es particularmente apta para hacer nacer y desarrollar dichas virtudes. A los que lo duden les pedimos aceptar lealmente en un espíritu de comprensión mutua el hecho de la existencia del factor religioso, como nosotros aceptamos tener en cuenta otras concepciones de la sociedad. Verán entonces lo que puede la unión de las buenas voluntades para el mundo de mañana.

En el interior de los límites que acabamos de trazar, nadie duda que existe un vasto campo en el que sea fácil encontrarse y entenderse con otros hombres libres de prejuicios y de pasiones, "de almas generosas y espíritus superiores", decía Pío XII, que son susceptibles de elevarse por encima de las preocupaciones materiales, de comprender que un destino verdaderamente colectivo de la humanidad supone el valor absoluto de las personas que la constituyen, y el establecimiento fuera del tiempo de la verdadera sociedad, de la cual la comunidad terrestre no puede ser sino el reflejo y el esbozo. (Pío XII — Pax Romana).

LE COURRIER. Genève, 15 juin 1959.

(De la Pág. 313)

factores de la producción y por obtener una justicia real en la organización económica, levantando al trabajo, por tanto tiempo injustamente pospuesto.

Con Pío XII continuamos en la misma línea de promoción del trabajo. En realidad mantenido el concepto de unión —"el trabajo entendido así es capaz por su misma naturaleza, de unir a los hombres real e íntimamente" (Carta, 18-VII-1947)— afirmada su particular dignidad, como lo hemos señalado más arriba, avanza hasta reclamar para los obreros un puesto razonable en la vida económica nacional:

"Se sigue de esto que las dos partes tienen interés en hacer que los gastos de la producción nacional estén en proporción con su rendimiento; pero desde el momento en que el interés es común, ¿por qué no se podría traducir en una expresión común?, ¿por qué no sería legítimo atribuir a los obreros una justa parte de responsabilidad en la constitución y desenvolvimiento de la economía nacional?" (Disc., 7-V-1949).

Podemos concluir del pensamiento pontificio que:

1. El trabajo "como actividad de la persona humana inteligente y libre, debe indudablemente tener en el campo de la producción, el primado sobre los factores puramente instrumentales. (29)

2. "En razón de la primacía de lo espiritual, la producción que recurrirá al trabajo humano no podrá emplearlo de cualquier manera, según su único interés, sino que deberá tener cuenta de la naturaleza y del fin humano de este trabajo. Aún más, deberá organizarse de manera que esta naturaleza sea perfectamente respetada y que dicho fin humano sea realizado lo más plenamente posible." (30)

3. Que el verdadero agente de la producción es el trabajo; sólo él es activo, transformador, verdaderamente productivo. Todo capital es fruto de un trabajo efectuado antes.

4. En la desarrollada economía actual, el capital es necesario para el trabajo, pero sólo a título de instrumento; su oficio es el de servir.

5. Si es necesario que el capital sirviendo se acreciente, su beneficio debe subordinarse a las necesidades y posibilidades del trabajo humano y al interés de la sociedad humana.

6. Si entre trabajo y capital, que deben colaborar a un mismo fin, afirmamos la superioridad del trabajo, entre el capitalista o su representante y el trabajador afirmamos que debe reconocerse fundamental igualdad, por ser ambos personas, y mutuamente deben respetarse los derechos y cumplir cada uno sus deberes.

---

(29) Mons. Montini: Il messaggio pontificio alla XX Settimana. Il Lavoro, ob. cit. pg. 12.

(30) J. Villain: ob. cit., pg. 60.

CORRESPONDENCIA CON LOS LECTORES

O. A. S.: "He leído con sumo interés el artículo del P. José I. Cifuentes, "Estados Unidos, país de trabajadores bien retribuídos". Siempre había pensado que una de las causas de nuestro estancamiento económico se debía precisamente al bajo standard de vida de nuestro pueblo, pues esto se traduce en falta de poder comprador que movilice nuestra industria y nuestro comercio. El problema está en saber cómo romper el círculo vicioso que se nota siempre que se suben los sueldos y es que suben también los precios y todo termina en una inflación que no aumenta en nada el poder adquisitivo de los salarios. Esto, a mi parecer, se debe al excesivo afán de lucro de algunos, que con poca visión no quieren disminuír transitoriamente sus ganancias y a la larga son perjudicados por la inflación y falta de poder comprador de la masa, y por otra parte creo que se debe a la falta de capitalización que impide disminuir los costos o hacer frente a un aumento de sueldos sin aumentar los precios para compensarse. ¿Cómo solucionar esto? Tal vez con mayor espíritu social y con un aumento del ahorro y del trabajo que facilite la capitalización que con algunos préstamos podría romper el círculo vicioso". — *(Lector de Puerto Montt).*

—Alude al artículo aparecido en el número de junio de 1959.

M. A. M. P.: He leído con sumo interés el editorial del mes de julio: "Verdad y Periodismo". Aunque allí se hace sobre todo referencia al periodismo escrito, creo que bien se puede aplicar al periodismo hablado, del que tanto se usa y "abusa" en nuestro país. ¿Es posible que locutores, con fama de "profetas", hablen tan ligeramente y de cosas tan serias de su "tribuna" radial?

La precipitada y en gran parte falsa información del Sr. Luis Hernández Parker acerca de una "imaginada" actuación del Nuncio es realmente algo que no sólo irrita sino obliga a reflexionar. De nada sirven los categóricos desmentidos y las reacciones de los periódicos. Con hábil esquive y humo de palabras el locutor sale —no avergonzado— sino con aire de triunfador. Había afirmado "enfáticamente" —como siempre— que el Nuncio era culpable de haber negado funerales religiosos a un distinguido diplomático, y esto a pesar de que los oficios religiosos estaban concedidos por los Padres Franceses. Al oír esto los radioescuchas, lógicamente se tenían que sentir indignados frente a tal "estrechez". ¿La verdad? Ni los Padres Franceses habían dado tal autorización ni el Nuncio había negado nada ya que ni siquiera fue consultado por la familia. El "profeta" había errado esta vez totalmente el blanco. Pero ¿desdecirse? Cortina de humo, mezcla de dos asuntos diversos, cita "entre comillas" (??) de un "senador católico", etc... etc... Da la impresión de que el locutor habla de su "tribuna" como el Sumo Pontífice "ex cathedra", es decir, "infaliblemente". El que un periodista se equivoque es humano; el que no se rectifique es cobardía humana. Pero hay más: tratar por todos los medios y *sacrificando la información veredigna*, de lanzar "noticias" sensacionales para dar la impresión de saber todo y ser el primero en saberlo, es simplemente inmoral. Esto es, a mi modo de ver, lo más grave: transformar la objetividad periodista en vulgar "sensacionalismo". No importa de donde venga la noticia, no importa que la noticia sea o no verdadera, no importa que esa noticia sea falsa y afecte a personas dignas de todo respeto, lo único que importa es que "yo" periodista sea el primero en lanzarla; si acierto es un triunfo, si me equivoco nadie me podrá atacar porque gozo de la *inmunidad* periodista; el que ataca a un periodista, por mucho que éste mienta, es automáticamente declarado enemigo de la "libertad de prensa" y por consiguiente enemigo de la "Democracia". ¡Ojalá que nuestros periodistas y que el Sr. Luis Hernández Parker leyese y *meditase* el editorial de "Mensaje"! Que comprendan que el periodismo es órgano de la "verdad" y de la "caridad" como dice el actual Sumo Pontífice; que sepan que "difamar" es algo muy serio y que no se arregla con un encogimiento de hombros y un par de frases melifluas. — *(Lector de Santiago).*

—Nos alegramos que nuestro Editorial sirva para orientar a nuestros lectores y constituya un "criterio", que les permita juzgar hechos de actualidad. Evidentemente que lo que en dicho Editorial decíamos del periodismo escrito se aplica en igual forma al periodismo radial.

LA COMPAÑIA DE GAS ESTÁ CON USTED!

Dondequiera que usted viva -dentro de la provincia de Santiago- y aun cuando no haya red de gas instalada, tendrá usted gas... gas envasado... el moderno y portátil SUPERGASCO, el gas sin cañería que instala, distribuye y sirve la Compañía.
Siendo SUPERGASCO -el gas envasado de la Cía de Gas- jamás le faltará este combustible moderno en su hogar.

PIDA A SU DISTRIBUIDOR GASCO DE SU SECTOR EL SERVICIO DE RECAMBIO DE BALONES

COMPAÑIA DE GAS

Sto. Domingo 1061, Teléfonos 82121 y 60679. Gasco Estación: Alameda 3309 Fono 92886.- Gasco-Providencia 2023 Fono 45761.- Gasco Ñuñoa: Irarrázaval 3239 Fono 46553.- Gasco Matta: Avda. Matta 1028 Fono 51174

TAURUS Publicidad

ASEGURAUTO

Prevéngase de los accidentes

CONSULTE NUESTRO PLAN COOPERATIVO

HAGASE SOCIO Y APRECIARA LOS BENEFICIOS

EDIFICIO AUTOMOVIL CLUB — FONO 391024

ARROZ!!!

EXIJA QUE SEA **"Miraflores"**

el mejor arroz.

Ahora en envase de 1 Kilo y en Cajitas de 20 saquitos. — Haga sus pedidos a:

ECHAVE S. A. C.
AGUSTINAS 814 (Entrepiso)
FONO 30274 - SANTIAGO

IBAÑEZ Y CIA.
AMUNATEGUI 72
FONO 86235 - SANTIAGO

CIA. ARROCERA E INDUSTRIAL MIRAFLORES S. A.